

ARQUITECTURA

ORGANO OFICIAL DE LA
SOCIEDAD CENTRAL DE
ARQUITECTOS.

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

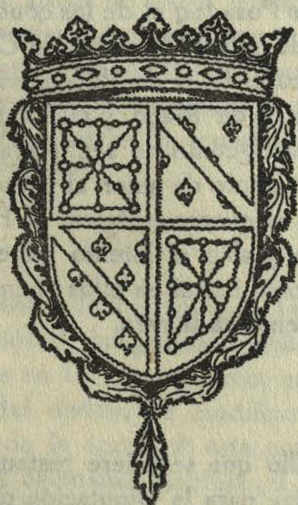
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PRÍNCIPE, 16

AÑO VI

Madrid, septiembre de 1924.

NÚM. 65

La restauración del Palacio Real de Olite



De la memoria presentada al concurso convocado
por la Diputación Foral de Navarra.



MPENSO digno de todo encomio es, sin duda, el de la Excma. Diputación de Navarra al querer conservar aquellos monumentos que, como el Palacio Real de Olite, tan expresivamente hablan al espíritu de la región. Esas piedras, que la acción implacable del tiempo y la incuria de otras épocas han convertido en ruinas, son como páginas dispersas de la historia de Navarra, y es deber imperioso que sus hijos se apresten a conservarlas con verdadero amor, como recuerdo glorioso de las pretéritas grandezas. No bastaría, sin embargo, impedir que el monumento se derrumbara, porque ello equivaldría a borrar tácitamente muchos capítulos de nuestro pasado. Lejos de consentirlo, Navarra está obligada, por imperativo patriótico, no sólo a procurar que esas páginas históricas, hoy mutiladas y dispersas, no sean aventadas por el soplo de la indiferencia común, sino también a reconstituirlas con cuidadoso esmero, dándolas, con la ayuda de una investigación tenaz, unidad cronológica, forma y espíritu. Conservar lo que del Palacio Real de Olite subsiste en la actualidad, sería muy poco; tanto como poseer desordenada e incompletamente la ya escasa documentación de un archivo. La restauración supone, en cambio, resucitar lo pretérito, reconstruir la historia para admiración de extraños y estímulo de propios. Pese a las dificultades y deficiencias de las restauraciones, serán siempre preferibles a ese espectáculo deprimente que Andalucía y ambas Castillas nos ofrecen, dejando derrumbarse, cuando no entregando a la codicia de chamarileros y anticuarios, ejemplares tan hermosos de nuestra antigua arquitectura como los palacios de las Navas del Marqués; el de Medina de Pomar; el del cardenal Espinosa, en Martín Muñoz de las Posadas; el de los condes de Miranda, en Peñaranda de Duero; el de Canena; el de Vélez Blanco; el de Cuéllar; el de Cogolludo; el de Curiel de los Ajos; el de Ribadavia; el de Villanueva de Cañedo; el de Calahorra; el de Andújar; el de Coca; el de Riaño, y tantos más que harían interminable la lista. Frente a ese abandono, ¿cómo no sentir gratitud hacia la Diputación de Navarra por este elocuente ejemplo de amor al pasado que de modo tan gallardo brinda a las demás regiones al querer restaurar el Palacio Real de Olite? No se llevara a efecto el propósito, y sólo el intento merecería el aplauso unánime de cuantos aman a Navarra, mucho más si en ellos alienta ese sano regionalismo que es devoción que afirma e intensifica la raza.

* * *



ERECE el castillo que se quiere restaurar el esfuerzo y el sacrificio económico que para la Diputación de Navarra implica esa magna obra? A nuestro juicio, sí. Porque no se trata de un palacio más o menos interesante, como tantos otros que los magnates se construyeron en sus años de poderío feudal. El Palacio Real de Olite es, sin disputa, uno de los más notables de cuantos subsisten en la región. Su importancia no radica exclusivamente en el mérito artístico, sino también en su significación histórica. Si técnicamente es uno de los contados y verdaderos modelos

de la arquitectura cívicomilitar de la Edad Media, históricamente está íntimamente relacionado con la vida de los que fueron reyes de Navarra, por haberles servido de residencia en memorables ocasiones. Artísticamente, es de un conjunto grandioso y solemne, severa y armónicamente concebido. Su extensión, sus múltiples torres, sus espléndidas estancias, la distribución de sus cuerpos de edificio, claramente lo revelan como morada de soberanos. Pero esas construcciones dicen algo más, pues que muestran el nivel cultural y el refinamiento artístico a que llegaron en sus gustos los reyes que habitaron el castillo. Desgraciadamente, el tiempo, aliado con las guerras, ha sido causa de que tanta grandeza se desplome. Tales ruinas bien merecen que un poeta regional las exalte con aquellos acentos elegíacos con que fueron cantadas las de Itálica famosa. Porque aquí, como allá,

«las torres que desprecio al aire fueron,
a su gran pesadumbre se rindieron.»

De las cámaras regias, testigos de acontecimientos históricos inolvidables, sólo quedan muros medio derruidos, con evidentes profanaciones de alarifes inexpertos. Quien, como nosotros, haya escudriñado en sus piedras y haya pasado largas horas de estudio y meditación en estas ruinas tan evocadoras, de seguro habrá sentido una tristeza infinita y habrá recordado aquellas estrofas de Jorge Manrique, que tan alto hablan al corazón y al cerebro de la fragilidad de las grandezas humanas. Esta emoción fué la que hubo de espolear nuestro regionalismo y despertar nuestra sensibilidad artística, con el inquieto afán de hacer perdurable lo que el tiempo se empeña en derruir. Y no por ansias de gloria — mucho menos por lucro —, sino por amor a la tierra en que nacimos, nos aprestamos a acometer empresa de tanta monta, como ésta de restaurar el que fué Palacio Real de Olite. Pusimos en el empeño toda nuestra voluntad y nuestros conocimientos. Muchas horas de vigilia nos ha costado la investigación documental. Si, a pesar de todo, no acertamos, sirva de disculpa nuestro amor a Navarra.

* * *



LAMORES reiterados de arqueólogos eminentes atrajeron en el pasado siglo la atención de los grupos selectos hacia nuestra riqueza monumental, que en las dos centurias anteriores había sido víctima, cuando no del olvido, de modificaciones arbitrarias con arreglo a los gustos de la época. A esta corriente de respeto y cariño a la tradición, creada por esas campañas, debióse el sinnúmero de restauraciones emprendidas, que si en muchos casos, por falta de recursos económicos, no pudieron realizarse en su totalidad, contuvieron la ruina de no pocos edificios históricos. Navarra no podía sustraerse al influjo de ese ambiente, y por conducto de la Comisión provincial de Monumentos hizo las oportunas gestiones para que el Palacio Real de Olite fuese declarado monumento nacional, bajo la guarda y protección del Estado. Sólo alabanzas merecen quienes tomaron a su cargo el propósito, muy principalmente D. Juan Iturralde y Suit, entusiasta y docto historiador, a

quien se debe una interesante monografía, publicada el año 70, que andando el tiempo ha servido de auxiliar para más acabadas investigaciones. También es acreedor a nuestra gratitud y recuerdo el marqués de Monsalud, por el brillante informe que presentó a la Real Academia de la Historia en apoyo de la petición formulada por la Comisión provincial. Como navarros, confesamos paladinamente que preferimos que lo que fué Alcázar suntuoso de nuestros reyes haya estado bajo la tutela de la Diputación, que al adquirirlo en propiedad, contrajo también el compromiso solemne de atender a su conservación y guarda. Porque de este modo la vigilancia ha podido ser efectiva, impidiendo su desmoronamiento progresivo, del que tanta culpa como la acción inexorable del tiempo, ha tenido también aquel censurable abandono que toleraba fuesen llevadas las piedras del castillo para construir case-ríos y cercas. Un poco tarde vino el remedio; pero aunque lo que queda no es sino una parte de la grandiosa morada de los reyes navarros, aun conserva bastantes elementos para formar juicio exacto de lo que fué.

Antecedentes históricos



IN conocer previamente el origen de Olite, no sería posible esto, ya que tan íntima conexión histórica tienen nuestros castillos con las vicisitudes y hechos de las ciudades en que se edificaron. Por lo que respecta a Olite, es tan remota su fundación, que difícilmente se podrá concretar la fecha. Por tradiciones verosímiles, se cree que fué reedificada por los romanos el año 620 — con el nombre de Oligito — a consecuencia de un tratado con el rey Suintila, obligándose aquéllos a disponerla en forma de plaza de armas para defenderse de las correrías de los vascos. Es de suponer que, aunque entonces se redujera a los recintos fortificados, propios de la época, su transformación en castillo se verificara paralelamente a los progresos combatientes, modificándose y ampliándose a medida que los elementos defensivos lo exigían. Así, cada época dejó huellas evidentes de su paso, convirtiéndose, en evoluciones sucesivas, desde primitivas torres de defensa, en espléndida morada de reyes.

Hasta el siglo XIII — coincidiendo con el incremento que, por la cultura religiosa, adquirieron los castillos-abadías de la región pirenaica — pocos hechos históricos podrían revelarnos con exactitud lo que era la fortaleza de Olite. Sólo tradiciones y leyendas, de crédito dudoso, llegan a nuestro conocimiento. Mas como son episodios no contrastados por una documentación de autenticidad irrecusable, y, por añadidura, habrían de aportar escasa o ninguna luz en la trayectoria de nuestra investigación, preferimos omitirlos, para no dar prolijidad a los antecedentes que interesan a la finalidad de nuestro trabajo.

* * *



s en junio de 1269 cuando por primera vez vemos a un monarca navarro en el famoso castillo. Fué éste el rey D. Teobaldo II, de cuya fecha es la carta por la cual otorga su consentimiento a la boda de su hermano Enrique con Blanca, hija de Roberto, conde de Artois (1).

En 1271, el rey D. Enrique — sucesor de D. Teobaldo —, a poco de su coronación en Pamplona, dicta desde Olite la carta de Juramento de los Fueros para los de Tafalla. Tres años después, en el mes de agosto, celébranse en el palacio Cortes convocadas por la reina viuda D.^a Blanca, para proveer de gobernador al reino, cargo que recayó en D. Pedro Sánchez de Monteagudo, señor de Cascante.

En 1275, ausente la augusta viuda, se reúnen en Cortes, en Olite, los tres Estados del reino, a consecuencia de la guerra con D. Alfonso de Castilla, por sus pretensiones a la sucesión de la corona de Navarra; y en ellas acuerdan, como reconocimiento de la defensa heroica de los de Viana, solicitar de D.^a Blanca la exención de las rentas que anualmente debían pagar vasallos tan leales.

En todo lo que resta de siglo, hasta el XIV, no hay hechos de relieve que mencionar. Pero esto no debe parecer extraño, porque, de una parte, la gran lucha civil de Pamplona entre los tres barrios en que estaba dividida — pugna narrada por Guillermo de Aneliérs en versos provenzales (2) — y de otra el que los reyes D. Felipe I (Philippo-le-Bel) y su esposa, D.^a Juana, por serlo de Francia también, no vinieran a coronarse ni juraran sus fueros, como era costumbre, justifican la insignificante intervención del castillo de Olite en ese período. A la muerte de D.^a Juana, su hijo D. Luis de Hutín, en vida de su padre, Felipe I, fué coronado en junio de 1307 en la catedral de Santa María, de Pamplona, y en la visita que hizo a los principales pueblos del reino, pasó por Olite en noviembre de dicho año, regresando a Francia en 1308. El fallecimiento de su augusto padre, cuyo trono heredó, hubo de obligar al joven rey a ocuparse del gobierno de su país, lo que le impidió volver a sus Estados de Navarra. Ni durante el reinado siguiente de D. Felipe II *el Luengo*, ni en el de su hermano Carlos *el Calvo*, llamado en Francia *el Hermoso*, hay datos que puedan interesarnos. Ello se debe a que ambos no vinieron a posesionarse del reino por no ignorar con cuánto disgusto soportaban los navarros su soberanía, pues no teniendo para ellos ningún valor la ley sálica, sólo reconocían como única heredera a la princesa D.^a Juana, hija de D. Luis de Hutín y nieta de la esposa de *Philippo-le-Bel*, señora natural de Navarra y legítima heredera de la Corona.

Luego, Felipe III *el Noble* y su esposa, la mencionada princesa, se coronan en Pamplona en marzo de 1329, previo el juramento de sus fueros. En mayo del mismo año trasládanse a Olite, y en su palacio fechan documentos importantes que han sido reproducidos por el sabio investigador padre Moret, y que demuestran que las reales personas permanecieron en el castillo hasta fines de septiembre. Esto

(1) El hallazgo de este documento, que se conserva en el Archivo Nacional de París — Tesoro de Chartres, año 1269. Cart J. 614, pièce 5 —, se debe al docto investigador D. Carlos de Marichalar.

(2) El manuscrito original se conserva en la Real Academia de la Historia.

nos afirma en la creencia de que entonces ya poseía el palacio las necesarias condiciones de comodidad y lujo para ser considerado como morada digna de reyes.

A partir de esta estancia, la importancia arquitectónica del Real Palacio de Olite se acentúa. Esta reina D.^a Juana — y es dato que conviene mencionar — mandó construir en Evreux, capital de su condado en la Normandía, un castillo que el padre Moret cita como muy notable por la belleza de su construcción, y del que hemos podido adquirir detalles interesantes en la obra de D'Avannes *Esquisse sur Navarre*, escrita en 1835. En recuerdo de su soberanía, la reina lo hizo llamar Castillo de Navarra, siendo construido en el valle de Iton, a una media legua de Evreux, terminándose, según los informes más dignos de crédito, hacia el 1334. De su arquitectura — que sería muy útil conocer para establecer comparaciones y analogías con la del palacio de Olite — no hay indicios ciertos. Es de suponer que fuese apropiada a la época y gustos de entonces, armonizando los medios de defensa y seguridad exterior con las condiciones de comodidad necesarias para ser habitado por una reina. Unicamente se sabe — y esto que cita D'Avannes lo confirma en un manuscrito D'Aviron — que la real dama hizo vaciar, en derivación del curso natural del río Iton, un canal que iba desde el castillo hasta la misma catedral de Evreux. Este palacio era la residencia veraniega de los augustos esposos, y a él iban durante sus largas estancias en Francia, cuando el buen gobierno de este país les obligaba a estar ausentes del reino navarro.

En tiempos de Carlos III *el Noble*, nieto de los mencionados reyes D. Felipe III y D.^a Juana, cuando la Normandía pasó a dominio de la corona de Francia, el castillo quedó bajo la guarda del Estado, pasando después a poder del duque de Bouillon, que lo reedificó en 1681 con arreglo a los gustos de entonces, volviendo a adquirir de nuevo su primitivo esplendor. Actualmente, del hermoso castillo no queda en el lugar de su emplazamiento sino una columna que recuerda lo que allí hubo.

Parecerá extraño que nos hayamos detenido a consignar detalles relacionados con el castillo de Navarra. Tanto por ser obra de una soberana de este reino, como porque ese palacio no pudo ser ignorado para su nieto, D. Carlos *el Noble*, a quien se deben las más importantes reformas del castillo de Olite, creemos útil anotar esos antecedentes, que más de una vez han de servirnos para explicarnos ciertos extremos.

* * *



CARLOS II, llamado *el Malo*, que sucedió a sus padres, D. Felipe III y D.^a Juana, se coronó en Pamplona; pero nada dicen los historiadores de sus estancias en Olite. Bien es cierto que pasó muchos años en Francia, donde casó con una hija del rey D. Juan, con quien, a pesar de la alianza de sangre, sostuvo grandes luchas, como igualmente con el hijo de dicho monarca, su cuñado, por querer recuperar los condados de Champaña, Bria y Angulema, que le fueron usurpados. Su reinado, por lo que a los Estados franceses se refiere, fué muy turbulento, hasta el punto

de ser hecho prisionero en dos ocasiones, por lo que no debe extrañar la carencia de noticias, por parte de los historiadores, respecto a sus estancias en Navarra.

Sin embargo, los datos que hemos recogido demuestran que más de una vez residió en el castillo de Olite. En el extracto de índices de los libros de Comptos, confeccionado en 1805 por D. José de Vargas y Ponce para la Academia de la Historia, figuran cuatro reales cédulas dadas por Carlos II en dicho castillo los días 14, 15 y 16 de noviembre de 1380 (1). En 15 de enero de 1381, hallándose enfermo el monarca, dirigióse al recibidor de Estella pidiéndole el envío de un físico extranjero (2). El 21 partió el cirujano, y el 25 — según consigna D. José de Yanguas y Miranda en su *Diccionario de Antigüedades de Navarra* — se le pagaron diez libras por hacer alguna medicinas para el rey.

Existe otro testimonio muy interesante que confirma asimismo que la estancia de Carlos II en Olite fué de larga duración. El original de ese documento se encuentra en el Tesoro de Chartres, y ha sido reproducido en la *Histoire de Charles II, Roy de Navarre et Conte d'Evreux*. La autenticidad de ese manuscrito no está realmente contrastada, aunque todo induce a aceptarlo como veraz. Es una confesión de Robert de Wourdreton, inglés, fechada en París en 20 de marzo de 1384. El relato es muy extenso, y en él habla de su viaje, en unión de otros compatriotas, por España. De paso por Aulit quisieron ver al rey de Navarra. Al llamar a la puerta de l'oftel, salió un escudero que les preguntó quiénes eran, respondiendo ellos que *menefries* de Inglaterra. «Los ingleses no deben permanecer fuera», dice Wourdreton que hubo de contestarles, y les franqueó la entrada (3). Penetraron, y otro escudero les condujo a una sala, y de allí a otra cámara donde se hallaba el rey, que disponíase en aquel momento a comer en compañía de su augusto hijo. El soberano mostróse afectuoso con ellos, les hizo varias preguntas y, después que tocaron en su presencia, ordenó que se les sirviera comida en una sala inmediata a la cámara donde estaba Carlos II. Cuando terminaron, volvieron a presencia del rey, a quien rodeaban ya varios nobles, que también les preguntaron de dónde venían, a lo que ellos contestaron que de Inglaterra y Francia y que iban a Santiago de Compostela. Entonces el monarca les interrogó nuevamente sobre aquellos países, si conocían al rey de Francia, camino que habían traído, etc., detalles que omitimos porque darían excesiva extensión a esta referencia.

Relata después su entrevista a solas con Carlos II, quien le tomó de la mano y le llevó delante de su cama, sobre la cual, a los pies, había un leoncillo, que le fué regalado al monarca de Navarra por el de Aragón (4). Sin testigos hablaron, y el rey le dijo: «Cuando te vayas a París, me podrás hacer un gran servicio si tú

(1) Por la primera, manda a Ramón de Zuriquegui, recibidor de Estella, pague a Juan García de Laguardia, mazonero y maestro de obras, por trabajos ejecutados por el mismo en el palacio de Olite.

(2) El documento decía así: «Recibidor: Entendido habemos que en Estella hay un bono cirúrgico de Portugal, el qual vos mostrará o sabrá decir do es la Abadesa de Santa Clara, segunt habemos oido; et vos mandamos firmement que vista la present, fablades, con ell et vos fagades venir a Olit, alogándole una bestia de cabalgar si menester la hobiere.»

(3) Se explica la buena acogida dispensada a los ingleses por cuanto que Carlos II estuvo aliado con ellos durante sus luchas con el rey de Francia.

(4) En aquella época era frecuente ver fieras domesticadas en castillos y palacios. Entre los documentos del Archivo de Navarra hay una cédula de Carlos II, dada en Olite, en marzo de 1384, por la que ordena que se envíe a Guillén de Agreda cincuenta florines de oro para Arneniz, ciudadano de Valencia, que había llevado al castillo una leona regalada por el rey de Aragón, dato éste que confirma lo que Robert de Wourdreton refiere.

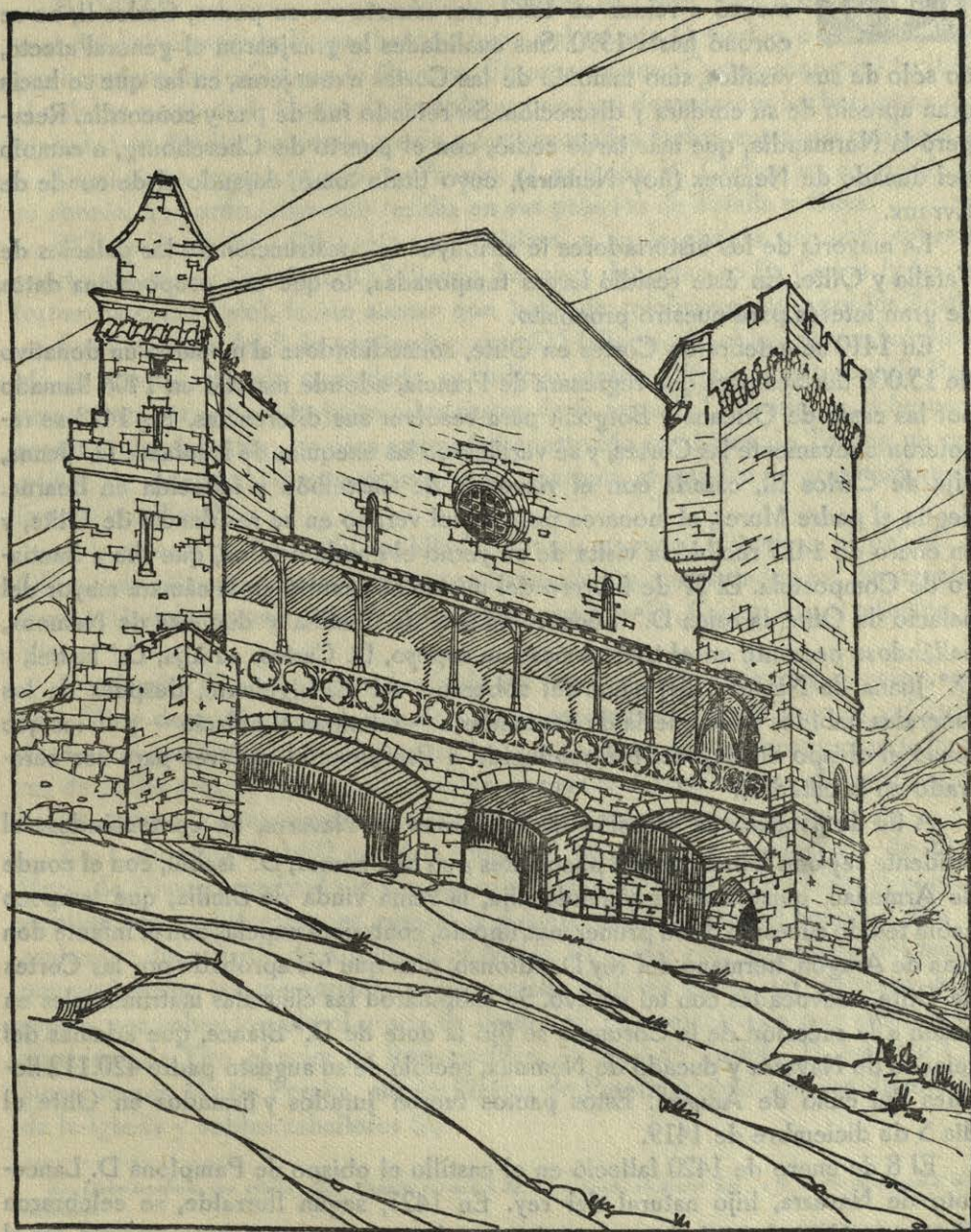
quieres.» A lo que contestó Wourdreton: «Señor, en todo lo que yo pueda, lo haré muy gustoso.» Entonces el soberano se expresó así: «Tú me jurarás y prometerás por tu fe solemnemente que guardarás secreto sobre lo que te voy a decir, sin revelarlo a nadie.» Y como hubiera de prometerlo tal como se le demandaba, añadió el rey: «Tengo en Francia pocos amigos y muchos enemigos, que también son los vuestros, y si tú haces lo que voy a decirte, te haré muchos favores. Hay una cosa que se llama arsénico sublimado, y si un hombre toma una insignificante cantidad, como un guisante, jamás vivirá. Tú lo encontrarás en Pamplona, Burdeos, Bayona, en todas las buenas ciudades por donde pasares; toma de aquello, hazlo polvo, y cuando estés en la casa del rey, del conde de Valois, su hermano — aquí una relación de personajes —, procura entrar en la cocina, botillería o aquellos sitios en los que puedas depositar esos polvos en las viandas, potajes, etc., en caso de que veas que lo puedes hacer con seguridad.»

Hemos traducido estos detalles de esa *Historia de Carlos II, rey de Navarra y conde de Evreux* — facilitada amablemente por nuestro querido amigo D. José María de Azcona, competentísimo en estas materias — no con el propósito de aportar testimonios documentales que justifiquen el dictado de *el Malo* que aplicaron los franceses al batallador monarca, sino para reiterar nuestro convencimiento de que en esa época el castillo de Olite poseía ya las comodidades necesarias para alojamiento de reyes, que, por sus continuos viajes a Francia, conocían perfectamente los palacios más notables de entonces.

El propio rey D. Carlos poseía en París uno, el llamado Real Palacio de Neele (después de Nevers) (1), que se le cedió el Delfín, su cuñado, en unión de otros condados y tierras como compensación de los gastos hechos durante su prisión y mientras se le devolvían sus plazas de Normandía. También residió varias temporadas en Evreux, donde fundó un hospital de peregrinos y viajeros, que es ahora hospicio. No obstante los enormes gastos que sus luchas le ocasionaban, comenzó a construir en Ujué, según refiere Garibay (2), el colegio de Santa María, con intento de crear allí Universidad para todo género de letras, obra malograda por haberse agotado las reservas de la Hacienda real en la guerra sostenida con el rey de Francia a raíz del fallecimiento del de Inglaterra, y en la que sólo pudo salvar de sus estados en Normandía el puerto de Cherebourg, merced a la tenaz defensa de los navarros e ingleses que lo guarnecían. Prueba esto que Carlos II no era insensible a las artes constructivas, como demuestra también que el monarca no creyó preciso realizar reformas en su residencia accidental de Olite, por hallarla, sin duda, bastante confortable y suntuosa para su real persona. Lógicamente hay que suponerlo así, por cuanto que hemos visto que este rey no escatimó sus caudales para verificar otras construcciones que él no había de disfrutar. En cambio, en el castillo de Navarra, en Evreux, sí hizo mejoras para adaptarlo a sus gustos durante su permanencia en aquel condado.

(1) Una descripción de este palacio trae la obra de Guillebert de Metz *Description de la Ville de Paris au XV siècle* (Biblioteca Nacional, París).

(2) Hay una crónica de García López de Roncesvalles, del año 1403, en la que habla de este colegio de Santa María (Academia de la Historia).



Iglesia fortaleza de Santa María de Ujué (siglo XIV)



S, sin duda, la parte histórica más interesante del castillo de Olite, aquella que corresponde al reinado de Carlos III *el Noble*, que mereció también el renombre de *Segundo Salomón*. Aunque comenzó a reinar en 1387, por muerte de su padre, Carlos II, no se coronó hasta 1390. Sus cualidades le granjearon el general afecto, no sólo de sus vasallos, sino también de las Cortes extranjeras, en las que se hacía gran aprecio de su cordura y discreción. Su reinado fué de paz y concordia. Recuperó la Normandía, que más tarde cedió, con el puerto de Cherebourg, a cambio del ducado de Nemoux (hoy Nemurs), cuyo título tomó, dejando el de conde de Evreux.

La mayoría de los historiadores le atribuyen la construcción de los palacios de Tafalla y Olite. En éste residió largas temporadas, lo que nos proporciona datos de gran interés para nuestro propósito.

En 1410 se celebraron Cortes en Olite, concediéndose al monarca un donativo de 15.000 florines para que regresara de Francia, adonde marchó en 1408 llamado por las casas de Orleans y Borgoña para resolver sus diferencias. En 1413 se reunieron nuevamente las Cortes, y se verificaron las exequias de la infanta D.^a Juana, hija de Carlos III, casada con el vizconde de Castelbón y fallecida en Bearne. Según el padre Moret, el monarca pasó aquel verano en su residencia de Olite, y en enero de 1415 recibió la visita de su yerno el conde de Fox, que iba a Santiago de Compostela. El 27 de febrero del mismo año murió en la cámara mayor del palacio de Olite la reina D.^a Leonor, infanta de Castilla y duquesa de Nemoux, hallándose presente en el triste suceso su esposo, D. Carlos; su hija, D.^a Isabel, y D.^a Juana de Navarra, hermana del soberano. Al día siguiente, después de los funerales habidos en la iglesia de Santa María — contigua al palacio — y en los que ofició el obispo de Bayona, fué conducido a Pamplona el cadáver para ser enterrado en la catedral.

A fin de asegurar la sucesión de la Corona de Navarra, no contentándose el prudente rey con haber casado poco antes a su hija menor, D.^a Isabel, con el conde de Armeñac, quiso que su segunda hija, la reina viuda de Sicilia, que tampoco había tenido sucesión de su primer matrimonio, contrajera nupcias con el infante don Juan de Aragón, hermano del rey D. Alfonso, plan que fué aprobado por las Cortes de Olite, convocadas con tal motivo. Se estipularon las cláusulas matrimoniales en orden a la sucesión de la Corona y se fijó la dote de D.^a Blanca, que además del reinado de Navarra y ducado de Nemoux, recibió de su augusto padre 420.112 florines del cuño de Aragón. Estos pactos fueron jurados y firmados en Olite el día 5 de diciembre de 1419.

El 8 de enero de 1420 falleció en el castillo el obispo de Pamplona D. Lanceloto de Navarra, hijo natural del rey. En 1421, según Iturralde, se celebraron Cortes en Olite, ignorándose el motivo que las reuniera, que bien pudiera ser el feliz alumbramiento de la infanta D.^a Blanca, en Peñafiel, el 23 de mayo del mismo año, acontecimiento que produjo gran satisfacción al reino, y muy especialmente al noble monarca, por cuanto vino a la vida su nieto D. Carlos, que fué luego príncipe de Viana.

En las celebradas en 11 de junio de 1422, los tres Estados juraron por heredero al infante D. Carlos, y deliberaron sobre la manera de poner fin a las luchas encarnizadas que sostenían las tres clases de población que formaban la ciudad de Pamplona.

En 1423 se reunieron nuevamente las Cortes en Olite, para aprobar la fundación del Principado de Viana, hecha a favor del infante D. Carlos, a quien declararon heredero de la Corona de Navarra. En estas mismas Cortes se aprobó también el célebre pacto de la Unión de Pamplona, que hizo desaparecer los barrios en que la ciudad se dividía, poniendo así fin a las enconadas luchas entre sus pobladores.

Desde este tiempo se crió en Navarra el príncipe D. Carlos, en compañía de su abuelo, que ordinariamente residía en sus palacios de Tafalla y Olite.

El 9 de junio de 1424 nació en el último, y en la cámara que está sobre la puerta del mismo, la infanta D.^a Blanca, hermana del príncipe D. Carlos (y tan infortunada como éste), fausto suceso que hubo de celebrarse con grandes fiestas.

En la mañana del 8 de septiembre de 1425 falleció el noble rey que fué ejemplo de cordura, siendo trasladado su cadáver desde Olite a la catedral de Pamplona, para ser enterrado junto a los restos de la reina D.^a Leonor, en el hermoso sepulcro de alabastro que para ambos fué construído por Lôme de Tornay, un gran artífice de quien hablaremos en momento oportuno al estudiar la arquitectura del famoso castillo (1).

A la muerte de Carlos III, su hija D.^a Blanca convocó Cortes en el palacio de Olite, y en ellas renovaron los representantes de los tres Estados sus juramentos, reconociéndola como reina de Navarra, y a su hijo D. Carlos como príncipe de Viana.

Continuó Olite siendo la Corte de los reyes y residencia del príncipe, que en 1439 se desposó con D.^a Ana de Cleves con extraordinaria pompa, celebrándose en el castillo grandes fiestas, en las que tomaron parte moros y moras, juglares de Játiba y otros elementos de solaz, porque D. Carlos era tan aficionado a dar bailes como a la caza mayor, para lo que mostró siempre gran pericia (2).

En 1 de abril de 1442 murió la reina D.^a Blanca en el monasterio de Santa María de Nieva, heredando la Corona el príncipe de Viana, que a la sazón contaba veintiún años, y fué entonces cuando el palacio de Olite renovó aquellos días de esplendor del reinado de Carlos III *el Noble*. El nuevo rey, entusiasta del fausto, organizó fiestas tan memorables como aquella dada en honor del confesor de su esposa por haber tomado el grado de doctor en Teología, y a la que asistieron el arzobispo de Tiro, el prior de Roncesvalles, el deán de Tudela, D. Juan de Carmona, mosén Martín Peralta, mosén Pierres de Peralta y otras muchas dignidades de la Iglesia y nobles caballeros (3).

(1) Dicho sepulcro, que estaba antes colocado en medio del coro, puede admirarse hoy en la cocina monumental de los canónigos.

(2) Anota Iturralde que, en 1440, el rey consorte, padre de D. Carlos, mandó pagar el gasto de «doce torchas para alumbrar en una danza que fizo el príncipe nuestro muy caro fijo, con ciertos cabailleros e gentiles hombres, en presencia de Nos, la Reina, e de Juan Mon Senior».

(3) Según consta en las cuentas de Mayordomía, que se conservan en la Cámara de Comptos de Navarra, se consumieron 11 cabritos, 10 lechones, 2 becerros, 120 gallinas, 3 pernils, 15 libras de tocino gordo, 8 libras de almendras, etc. Otro banquete tan fabuloso como éste se había ya dado en 1426, en tiempos de D.^a Blanca, para celebrar la consagración del obispo de Pamplona, concurriendo más de trescientos comensales, muchos de ellos obispos, delegados del papa y embajadores.

A poco de ocurrir la muerte de la reina D.^a Blanca, comenzaron las diferencias del príncipe con su padre D. Juan II. En 1442 protesta D. Carlos ante las Cortes reunidas en Olite contra la usurpación de que era víctima, lo que dió lugar a la sangrienta lucha fratricida que se entabló en Navarra entre agramonteses, partidarios de D. Juan II, y beaumonteses o lusetanos, que lo eran del príncipe, lucha que duró muchos años y que prosiguió aún después de la muerte de D. Carlos, ocurrida en Barcelona el 23 de septiembre de 1461.

El 6 de abril de 1448 falleció en Olite la princesa de Viana D.^a Ana de Cleves, sin dejar sucesión, y desde entonces deja de ser el palacio residencia de los reyes de Navarra, por haber trasladado su Corte y Tribunales el príncipe viudo a Sangüesa, hasta que, al estallar la guerra con los partidarios de D. Juan, fué hecho prisionero en la batalla de Aibar, y recluído, sucesivamente, en los castillos de Tafalla, Mallén y Monroy (1).

A la muerte del príncipe de Viana quedó heredera de la Corona su hermana D.^a Blanca, nacida, como ya dijimos, en Olite. Pero su padre, D. Juan II, a fin de privarla de sus derechos, se apoderó de ella y la recluyó en el castillo donde viniera al mundo, convirtiendo así la que fué grata morada de la infanta en lúgubre prisión. Fué luego sacada con engaños del palacio y conducida al castillo de Orthez, en Bearne (Francia), donde murió envenenada el año 1464.

Por ausencia del rey D. Juan II, que fué a hacer la guerra a los catalanes, quedaron como gobernadores de Navarra su hija D.^a Leonor y el esposo de ésta, príncipe D. Gastón, conde de Fox; pero habiéndose enconado la lucha entre agramonteses y beaumonteses, fué el rey, en mayo de 1471, a Olite, donde le esperaba la princesa, conviniendo entonces el célebre pacto en virtud del cual se restablecía la paz en Navarra, reconociendo como soberano a D. Juan II, con la condición expresa de que el reino fuera gobernado por D.^a Leonor y su esposo. Este convenio fué publicado por el rey y la princesa, y sus bases se acordaron en el salón del palacio de Olite, jurándose el día 30 de dicho mes y año, a presencia del obispo de Olorón.

No por eso cesó la discordia en Navarra. Para buscar medio de acabar aquella lucha fratricida, D.^a Leonor reclamó la presencia de su marido, que se encontraba en Francia, y que, al acudir al requerimiento de su augusta consorte, murió en Roncesvalles.

En vista de estas nuevas dificultades, la princesa convocó Cortes generales en Olite en 1472, acordándose en ellas reclutar gente de guerra para reducir a los rebeldes y recuperar los lugares que tenían ocupados.

Por fallecimiento de D. Juan II y de su hija, D.^a Leonor, heredó la Corona de Navarra el príncipe de Viana, D. Francisco Febo, nieto de esta última. Por no contar más que doce años, su madre, D.^a Magdalena, decidió acompañarle, prepa-

(1) Este infortunado príncipe, cuya celebridad histórica debióse tanto a su talento como a sus desventuras, aunque hizo las paces con su padre, ya no volvió a Navarra. Además de la crónica de los reyes de este reino y de la traducción de la *Ética*, de Aristóteles, tenía meditado el plan de una obra de moral universal. Era también muy aficionado a los animales extraños: papagayos, jirafas, leones, osos, camellos, etc. En un documento que hemos visto, manda al tesorero que pague a Abrahán, judío de Olite, 45 sueldos por cada mes, mientras tuviese la guarda de los leones del príncipe D. Carlos.

rándose en Olite con tal motivo grandes fiestas (1), tanto para festejar al joven príncipe y a la augusta viajera como a su cuñado el infante cardenal D. Pedro de Fox, designado para virrey por ser el monarca demasiado niño. Por muerte prematura del príncipe, heredó la Corona de Navarra su única hermana, D.^a Catalina, que casó después con el príncipe francés D. Juan de Labrit, siendo estos los últimos reyes navarros.

Los antecedentes que poseemos revelan que ya en 1500 residió la reina en el palacio de Olite, en tanto que su esposo viajaba y trataba de los negocios del reino en la Corte de Castilla (2). También consta en documentos que el rey estuvo en Olite en 1501 acompañado de varios personajes que le ayudaban en el arreglo del real patrimonio. Luego, en los años sucesivos, tan adversos para Navarra, hasta 1512, en que fué entregada Pamplona, y con ella el castillo de Olite, al duque de Alba, jefe del ejército castellano, no hay testimonio de nuevas estancias de nuestros últimos reyes en el palacio que fuera prisión de la desgraciada D.^a Blanca.

* * *



L. incorporarse definitivamente el reino a la Corona de Castilla, en las Cortes celebradas en Burgos por Fernando el Católico el 15 de junio de 1514, el palacio de Olite pasó a ser residencia de virreyes.

Sólo muy de tarde en tarde era visitado por las reales personas. La primera de las visitas que registran las crónicas es la de Carlos V, en un viaje efectuado por Navarra en 1542 (3). El 5 de junio de 1565 pasó por el castillo la reina Isabel, tercera mujer de Felipe II, la cual iba con dirección a Francia, y pernoctó en Tafalla. Transcurre después casi un siglo sin que el palacio de Olite reciba la visita de las reales personas. El 22 de abril de 1646 pasaron por allí, sin detenerse, con dirección a Pamplona, Felipe IV y el príncipe su hijo, volviendo a pasar de regreso el 28 de mayo (4). En 1719, por haber movido guerra

(1) El acuerdo de 8 de agosto de 1479 dice así: «Por cuanto la señora princesa de Viana, madre y tutora del rey, está en Zaragoza para verse con el rey de Castilla para las paces, y quiere volver por Tudela y Olite, se decreta que se corran toros para festejarla.» No era la primera vez que así se hacía. Según consta en la Cámara de Comptos, ya en 1387 se dieron 30 libras a tres «matadores» que D. Carlos III había hecho ir a Olite desde Zaragoza.

(2) Una nota sacada del Archivo de Olite, y que cita el padre Moret, dice así: «Por cuanto aquel día (9 de junio de 1500) entraba en la villa el señor rey que volvía de Sevilla de verse con los reyes de Castilla a donde había partido de esta villa viernes a tres del mes de abril último pasado, y venía fatigado del camino, se manda salgan al recibimiento todos los ballesteros con la bandera y los demás que se pueda de la villa a caballo, y que se haga presentar en el aposento y se corran toros, y aquel día se le dé colación.»

(3) Es curioso el itinerario seguido por el emperador, y por estimarlo de interés lo traducimos de la *Colección de viajes de Soberanos*, de Gachard. Dice así: «Entró en Navarra el 10 de junio por Los Arcos. El día 11 estuvo en Estella, donde le visitó el marqués de Falces. El 12, en Puente la Reina, donde le presentó sus respetos el condestable de Navarra. El 13 fué recibido en Pamplona por el virrey, el obispo, el presidente y Consejo del Reino, los habitantes y 1.500 soldados. El 14 visitó el castillo y fortificación de la ciudad. El 15, octava del Corpus, S. M., acompañado del príncipe, fué a oír misa a la Gran Iglesia (la catedral), y por la tarde visitó las afueras de la población, ordenando lo que estimó necesario sobre las fortificaciones. El 16 fué a Tafalla, villa en la que los reyes de Navarra solían residir. El 17, pasando por Olite, se detuvo para ver la casa (palacio), que es muy bella, en la que los monarcas de la dinastía de Navarra habían residido tantas veces, y fué a pernoctar al monasterio de la Oliva, último lugar del reino de S. M. El 18 salió para Sádaba, villa del reino de Aragón.»

(4) El presbítero D. Juan Albizu, en sus *Apuntes históricos de la ciudad de Olite*, reproduce el documento donde consta este viaje. En él se dice que comió el rey en el palacio y, tan en público, que lo vieron todos cuantos llegaron. Por la tarde hubo recepción, estando el rey y el príncipe de pie en la primera sala del cuarto nuevo. Este cuarto lo hemos visto citado en las cuentas de las reparaciones y reformas efectuadas en siglo XVI. Seguramente habrá que atribuir su construcción al tiempo en que habitaban el palacio como virreyes los marqueses de Cortes.

los franceses, pasaron por el castillo Felipe V y su esposa, D.^a Isabel, yendo hasta Fuenterrabia; pero al ser tomada esta plaza y luego la de San Sebastián por las tropas francesas, se retiraron los reyes, llegando a Olite el 4 de agosto. Pernoctaron en el palacio, y al día siguiente recibieron la visita de la ciudad, dedicando la tarde a recorrer todo el castillo, con singular gusto, según consta en documento que existe en la parroquia de San Pedro de Olite (1). Por último, el 24 de abril de 1739 (2) hizo noche en el palacio la reina viuda de Carlos II *el Hechizado*, doña D.^a Mariana de Neuburg, que por orden de los reyes salió de Bayona, donde estaba, para residir en Guadalajara. Al siguiente día le ofreció sus respetos la ciudad y el Cabildo (3), marchándose muy contenta, lo mismo que su séquito, del buen hospedaje y agasajos recibidos.

Por los datos que dejamos consignados, se demuestra que el palacio de Olite, puesto que servía de alojamiento circunstancial a las reales personas, se conservaba en bastante buen estado, aunque con grandes transformaciones. No así la última vez que fué visitado por un monarca, Fernando VII, en 1828, cerca de cien años más tarde, que ya había sufrido grandes destrozos a causa de la guerra de la Independencia, durante la cual fué incendiado, lo mismo que el de Tafalla, por Espoz y Mina, según consta en sus Memorias (4).

Con este resumen de sucesos históricos, que no ha sido hecho como alarde de erudito, sino para la mejor comprensión de nuestras conclusiones de carácter técnico, damos fin a la parte preliminar de nuestro estudio. Ese resumen nos dice todo lo que el castillo de Olite fué, y cómo hubo de llegar a morada suntuosa de los reyes navarros. Nos dice también cómo pereció en holocausto a la patria, sacrificado a las exigencias de la guerra. Por su historia y por su valor artístico, bien merece que su recuerdo perdure, y que vuelva a ofrecerse a la admiración de todos como un glorioso airón del antiguo reino de Navarra.

Evolución constructiva.



AGAMOS ahora un análisis razonado de la evolución constructiva del castillo. Un detenido examen de sus ruinas nos demuestra que, anterior al que Carlos III *el Noble* convirtió en espléndida mansión real, existió otro, emplazado en el mismo sitio, y en el que se observan tres épocas diferentes bien marcadas.

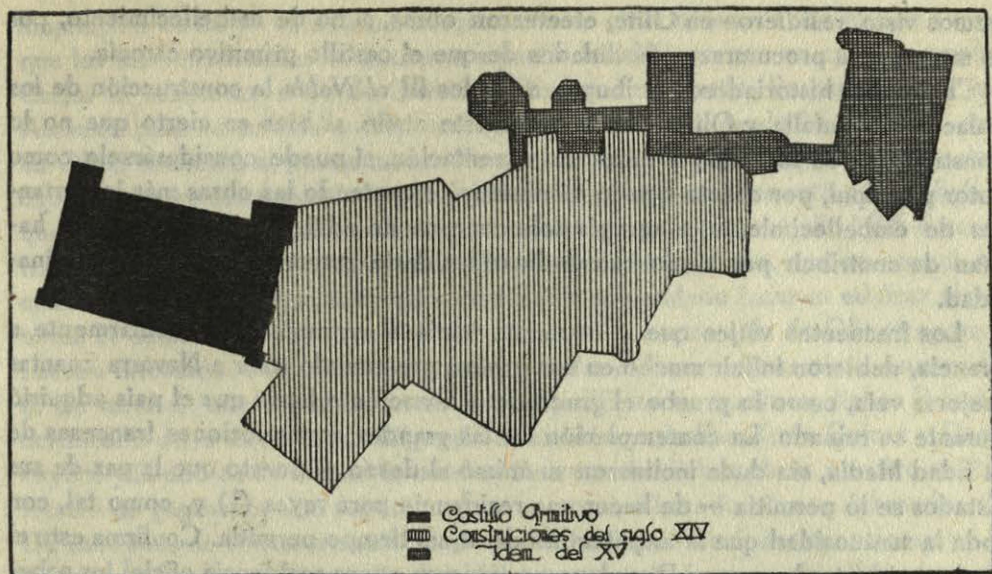
La más primitiva corresponde al cuerpo de edificio que hay frente a la Placeta. Su disposición es un rectángulo irregular, con torres en sus cuatro ángulos. De ellas, las dos de testero, que dan al campo, conservan todavía su carácter primitivo, y en

(1) *Apuntes históricos de la ciudad*, por D. Juan Albizu.

(2) Relación escrita por el entonces vicario de San Pedro D. Jerónimo Mendivil.

(3) El documento consigna que la augusta señora, por ser de muy avanzada edad, «yacía sentada».

(4) Hablando de los sucesos de febrero de 1813, dice que el 6 de dicho mes se dirigió desde Estella a sitiar a Tafalla. El fuerte que había construido el enemigo en el convento de San Francisco estaba ligado con un castillo por medio de un camino abierto y guarnecido con todas las reglas del arte militar. El asalto se dió a las once de la mañana del 10, y al amanecer del siguiente se rindieron conforme a las ordenanzas que tenía expedidas la regencia. Inmediatamente se destruyeron todas las fortificaciones, y otro tanto mandó que se hiciese con las de Olite, que fueron abandonadas por el enemigo.



sus muros, restos de lo que constituían los sistemas defensivos en los siglos XII y XIII. Por otra parte, la capilla que subsiste en uno de estos torreones, de planta sensiblemente cuadrada y dimensiones reducidas, con sus capiteles y nervios de la bóveda de un gótico claramente primitivo, nos persuade de que esta parte existió ya de una manera bien definida un par de siglos antes del reinado de Carlos III. En cuanto a los sistemas defensivos de que hablamos — y que a título de curiosidad reproducimos — habían sido desechados en absoluto en tiempo del noble monarca, tanto porque la aparición de las flechas de fuego (falaricas) a fines del siglo XIII hizo que se suprimieran los *cadahalsos*, sustituyéndolos por las *barbacanas* y *matacanes* de piedra, a fin de evitar que aquéllos se incendiaran (1), como porque en las postrimerías del XIV comenzaron a usarse en Navarra los cañones (2). Las exigencias defensivas, y los gustos de épocas posteriores, obligaron a agregar cuerpos de edificio y transformar otros, hasta constituir un castillo amplio, con sistemas defensivos más perfectos, cual se observa en el otro cuerpo de edificio que corresponde a la Gran Torre, siendo muy difícil concretar la época en que tales reformas se efectuaron.

Sin embargo, su forma, fortaleza y disposición, así como su recinto amurallado y torres de flanco, recuerdan las fortificaciones del siglo XIV.

Este cuerpo de edificio, que fué posteriormente destinado a habitaciones privadas de los soberanos, tuvo, sin duda, igual destino en su época primitiva, para rodear de las mayores seguridades al señor que ocupaba el castillo.

De seguro que D. Felipe III de Evreux, y su hijo Carlos II *el Malo*, que, como

(1) *Apuntes históricos sobre la Artillería española en los siglos XIV y XV*, de Aróategui.

(2) En 1378, según consta en la documentación de la Cámara de Comptos, Carlos II mandó pagar a la villa de Olite 100 florines por un cañón de los tres que había mandado emplazar para guarnecer dicho pueblo, donde él y su hermano D. Luis solían pasar temporadas.

hemos visto, residieron en Olite, efectuaron obras, si no de embellecimiento, por lo menos para procurarse comodidades de que el castillo primitivo carecía.

Todos los historiadores atribuyen a Carlos III *el Noble* la construcción de los palacios de Tafalla y Olite. Por lo que a éste atañe, si bien es cierto que no lo construyó en su totalidad y desde su cimentación, sí puede considerársele como autor principal, por cuanto que lo reconstruyó ejecutando las obras más importantes de embellecimiento, y agregándole cuerpos de edificio y torreones, que habían de contribuir por modo extraordinario a darle mayor importancia y originalidad.

Los frecuentes viajes que el monarca hacía al extranjero, particularmente a Francia, debieron influir mucho en sus gustos, procurando traer a Navarra cuantas mejoras veía, como lo prueba el grado de civilización relativa que el país adquirió durante su reinado. La contemplación de las grandes construcciones francesas de la Edad Media, sin duda inclinaron su ánimo al deseo — puesto que la paz de sus Estados se lo permitía — de hacer una residencia para reyes (1) y, como tal, con toda la suntuosidad que la arquitectura de aquel tiempo permitía. Confirma esto el hecho evidente de que en Pamplona no tuvieron nunca residencia oficial los soberanos, pues la actual Capitanía general fué siempre el palacio de los obispos, hasta que el prelado Barbazano la abandonó, por no prolongar demasiado sus diferencias con los reyes D. Felipe y D.^a Juana, que lo pretendían y habitaron entonces, siendo después devuelto por su hijo D. Carlos II *el Malo*, en 1366, al obispo don Miguel Sánchez de Asaín.

* * *



RESPECTO a la fecha en que se ejecutaron las obras en Olite, dice el padre Moret, apoyándose en algunos historiadores, que fué en 1406, al regresar Carlos III de un viaje a Francia, empleando en la construcción las sumas que había traído de aquel país, en virtud del pacto establecido con sus reyes (2). Parece, en efecto, que las circunstancias eran las más propicias para realizar las obras; pero hay documentos que demuestran que, bastantes años antes, había emprendido el monarca algunas reformas (3), sin que esto quiera decir que por esa fecha no las reanudase para

(1) El padre Moret afirma que D. Carlos pensó en fijar su corte en Olite y Tafalla (cuyo palacio se construyó también por entonces), debido a la benignidad del clima, la feracidad del terreno y ser el centro del reino. A estas razones añade Iturralde otras muy atendibles, como eran el espíritu turbulento de los pamploneses y la peste, que en 1358 y 1401 había hecho enormes estragos en la capital, obligando a los reyes a habitar en las aldeas. Y agregamos nosotros, que puesto que Carlos II, por estos u otros motivos, como antes D. Felipe III y su esposa, D.^a Juana, residió en Olite, nada más natural que Carlos III quisiera convertir en palacio real lo que seguramente era entonces el castillo más importante de Navarra.

(2) El convenio consistió, como ya dijimos en otro lugar, en renunciar al condado de Evreux a cambio del de Nemoux, con título de duque y par de Francia; que por sus derechos a los condados de Champaña y Bria se le diesen 120.000 francos de renta cada año, y como indemnización por el tiempo que no fueron percibidas las rentas, se le entregara al contado una gran suma de dinero.

(3) En los libros de Comptos hay datos que prueban que en 1389, o sea a los dos años de comenzar su reinado, se efectuaron mejoras en el palacio de Olite. Entre varios documentos consta así:

«por ciertas obras en los palacios de N^o Señor Rey en Olit. Es a saber: Reparar en su cámara do eil duerme un *retraigt* (palabra antigua francesa que significa *retréte*) de caja de roble en la torre de los soleramientos.»

«et recalcar el muro de la gran cámara de las damas et en luengo de la *ajaria* (?) un caimon por do vaya el agos en la

ampliación de las ya ejecutadas o realización de otras nuevas. Todo induce a creer que las más importantes se iniciaron a partir de 1400, porque en ese año nombró Carlos III comisarios a Gil de Quesmel, abad de San Martín, Pascual Moza y Juan Amauxxi para tal propósito (1), y en 1406, por Real cédula de 16 de mayo, dada en Olite, concedió al pintor maese Henxie, en vista de sus buenos servicios, doce *cayces* de trigo cada año durante su vida. Sin embargo, aunque esto parece indicar que las obras ya se habían terminado, otro documento del mismo año 1406 demuestra, coincidiendo con la fecha indicada por los historiadores, que no era así, por cuanto en él se dice que habiendo «ordenado et mandado facer et edificar ciertas obras et edificios en nuestros Palacios Reales de nuestra villa de Olite et agora es nuestra intención, Dios queriendo, *de acabar las dichas nuestras obras empezadas*, et de facer de nuevo edificar otros cuantos edificios en nuestros dichos Palacios, certificado de la dirección y diligencia de su clérigo de Escudería Guinot y Destabaylles y fiando en su lealtad le nombra tesorero de dichas obras a cuatro sueldos fuertes de gages por día, pagaderos por su mano, labrando et non labrando» (2). De esos años se conservan en la Cámara de Comptos relaciones minuciosas, en las que se consignaron, día por día, los obreros que trabajaron, y de ellas entresacaremos los datos que puedan sernos útiles cuando lo hayamos menester para nuestro estudio.

* * *



O que se ignora es quién fué el arquitecto de este grandioso edificio. De un modo concreto, nada se sabe (3). Pero los datos por nosotros recogidos revelan que no tuvo que hacer un plano completo, sino que se aprovechó en gran parte de lo que ya existía, agregando nuevos cuerpos de edificio, ventanales, galerías, etc., siendo probable que estas agregaciones fueran planeadas sin tener en cuenta el conjunto y sí como cosa completamente independiente.

Sospechamos, fundadamente, por lo que luego se verá, que quién tomó parte

carrera de esta ajaria, et otro caimon en el corral delante el establo de los cavaillos del Rey por do vaya el agón al dº corral por de sus lestable et el muro de la villa con la *taillada*.»

«una treylla de fusta, piedra, puertas e finyestras en la cámara del Rey e por un banco todo nuevo e por poner la banera (de *banners*, palabra antigua francesa que significa *estandarte*) sobre la torre et por cobrir la torre.»

«Al maestro dos Reloges de Pamplona por far la verga de la banera o *guimpla* (debe proceder de *guimpre*, del francés antiguo) que es de cuyvre.»

Hay otro pago que, en cierto modo, aclara el significado de esas palabras: «A Alfonso pintor de Pamplona por pintar la banera o *guimpla* a las armas de Navarra e de Evreux», que eran las armas reales.

(1) Del año 1401 hay documentos que hablan de la cera blanca para encerar telas para las ventanas de sus palacios de Olite, y de estaño dorado y clavos, grandes y pequeños, para esas mismas ventanas. De esa época existen muchos otros de Gil de Quesmel, que son como libramientos por los que se puede saber el coste de las obras realizadas, y que no reproducimos por carecer de interés. En 1402, el 20 de abril, comenzaron las obras en la galería de los Nogales, según consta también en documento de esa fecha.

(2) Sea día de fiesta o de labor.

(3) En algunos documentos figuran nombramientos de mazoneros de sus obras. Así en cédula real dada en Pamplona a 29 de octubre de 1387 a favor de Juan García Laguardia, como su maestro de mazonería, por la buena fama y renombre que había tenido de su lealtad y diligencia, asignándole tres sueldos por día. Hay otro nombramiento a favor de Martín Pérez Desteylla, con fecha 15 de junio de 1389, con los gajes que solía tener Juan García Laguardia, lo que parece indicar que éste ya había muerto. Iturralde cita a Senén Lezano, o Lezcano, mazonero que trabajó en las obras del castillo de Tafalla, y que, por haberse construido por aquel tiempo, bien pudo ser el que dirigiera las obras de Olite. Sin embargo, las obras del palacio de Tafalla se empezaron

muy principal en la construcción del palacio fué el artista Johan Lôme de Tornay, que en 1411 era en Navarra *taillador* de imágenes (1). Recuérdese que Carlos III *el Noble* estuvo en París varias veces — 1378, 1387, 1404 y 1408 —, tanto para negociaciones políticas por razón de sus Estados de aquel reino como para recreo de su persona. Su última estancia de 1408 se prolongó hasta 1411, y tal vez entonces conociera a Lôme de Tornay, porque los artistas del Norte iban a París en busca de trabajo. En dicho año ya aparece en las cuentas de gastos de las obras realizadas en Olite. Dicho artifice se dió a conocer principalmente por el mausoleo de los reyes D.^a Leonor y D. Carlos III, primorosa obra que ejecutó por encargo del propio monarca unos meses antes del fallecimiento de la reina, acaecido, como se sabe, el 27 de febrero de 1415. Aparte el valor artístico como tal mausoleo, tiene el valor histórico de que la imagen de Carlos III que en él figura es reproducción exacta del original. Al mismo tiempo que este mausoleo, el soberano le encomendó otro para su padre, Carlos II, que por cierto ha desaparecido, sin que se tenga ninguna noticia de su paradero (2). Mas es de suponer que no fueran solamente estos sepulcros y el del hermano natural de Carlos III, D. Lionel (3), que también se le atribuye, las obras que el gran artista realizara, porque en el Archivo aparece su nombre después de 1411 hasta 1424, es decir, trece años de trabajos. En 1423 se le paga por obras ejecutadas en el palacio de Olite, lo que nos demuestra que su intervención no fué solamente como escultor o imaginero, sino que, ante la importancia de las reformas proyectadas, tal vez fuese el encargado de planear y dirigir la ejecución de esas bellas galerías y ventanales que aun hoy admiramos, toda vez que los motivos escultóricos escasean, como veremos después al ocuparnos de este aspecto de la construcción.

Lo que no admite duda es que en las obras del palacio de Olite intervinieron artistas franceses y germanos, particularmente los primeros; cosa bien natural, por que la Corte de Navarra llegó a ser el centro del intercambio entre las civilizaciones de Oriente y Occidente. Lo mismo que Lôme de Tornay, encontramos otros muchos artistas y obreros extranjeros reunidos en las obras de Tafalla y Olite (4). También los había musulmanes, que dejaron pruebas de su actuación en los atau-

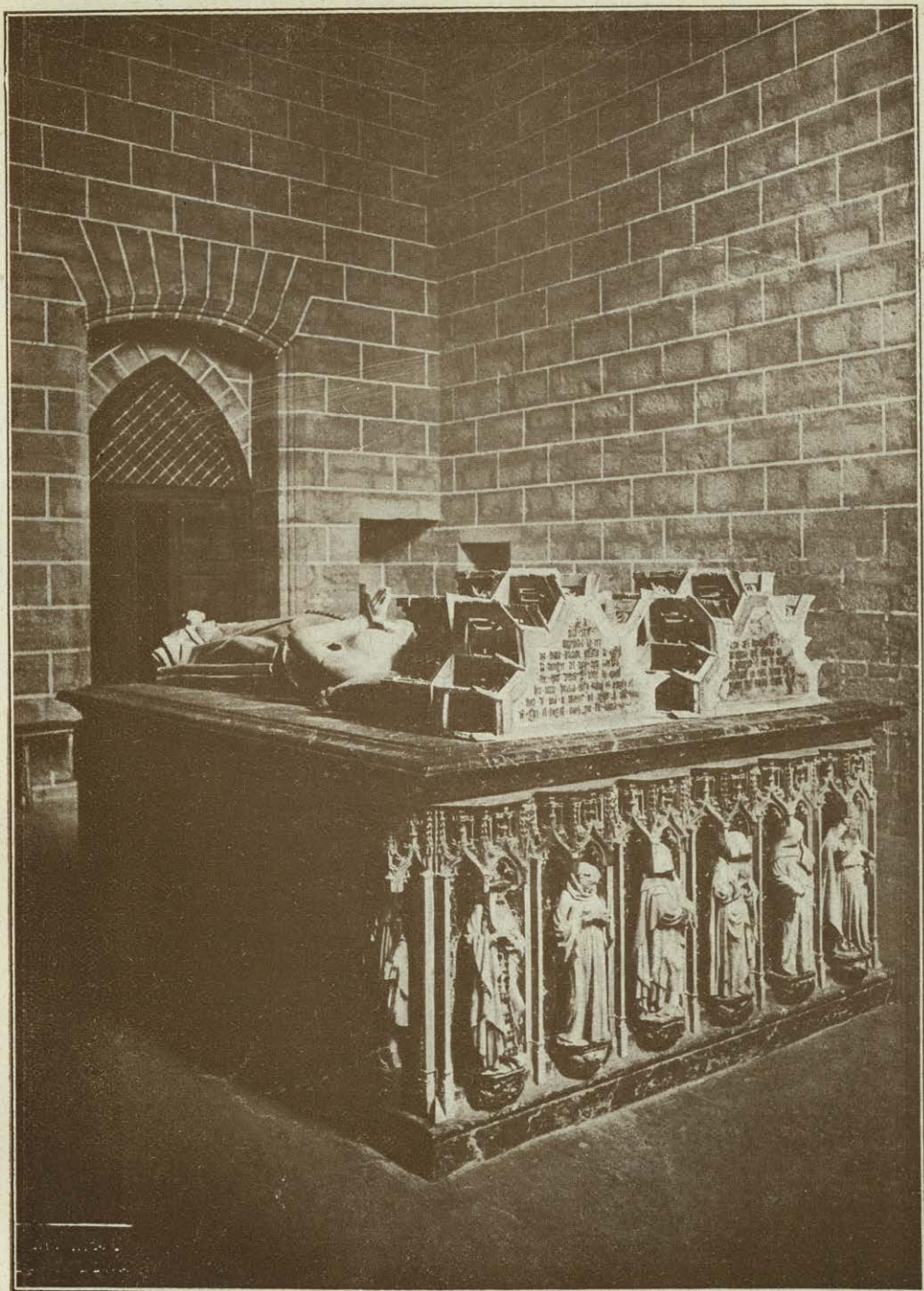
algo después, y aunque, por ser poca la diferencia, pudiera haberse encargado de las dos, no hay que olvidar que en las cuentas del palacio de Olite siguió figurando Martin Pérez Desteylla, su maestro de mazonería en el reino, a quien, en 1425, por otra real cédula archivada, se le manda que vaya, en unión del oidor de Comptos D. Juan García de Lizasoain, al lugar de Arazuri y certifique de unas obras allí realizadas. Nuestra opinión es que estos mazoneros mayores eran lo que nuestros maestros de obras o constructores, esto es, que dirigían los trabajos, pero no los planeaban.

(1) No olvidamos que Lôme de Tornay apareció en Navarra en 1411, y que por entonces ya se habían realizado obras importantes en el palacio; pero esto no deshace nuestra sospecha, puesto que después siguieron ejecutándose trabajos en los que figura el mencionado artista.

(2) Bertaux, en su monografía *El mausoleo de Carlos III «el Noble», en Pamplona, y el arte francoflamenco en Navarra* — trabajo interesantísimo dedicado por entero a Lôme de Tornay y sus obras — tomándolo del *Catálogo de los Obispos de Pamplona* (1614), de Sandoval, dice que existía el mausoleo de Carlos II al comienzo del siglo XVII. Tanto este sepulcro como el de Carlos III fueron labrados en Olite, siendo trasladados después a Pamplona, como se comprueba en los libros de Comptos por los jornales pagados a los mazoneros que en ellos trabajaron.

(3) Muerto en 1413 y enterrado en Pamplona en el mausoleo que está en los claustros de la catedral.

(4) Entre los tapiceros que trabajaron al comienzo del siglo XV en Pamplona y Olite, Iturralde, Madrazo y E. Privat citan el maestro André Jean de Nozon y a Lucien Bertholomieu. Como orfebres, Thomas D'Anglaterra, a Daniel de Bonte. Además, el relojero Thierry de Boldue (probablemente, Bois-le-Duc, según Bertaux). Obreros había muchos, como se colige de las distintas nacionalidades de sus apellidos.



CATEDRAL DE PAMPLONA. — MAUSOLEO DE CARLOS III «EL NOBLE» Y DE D.^a LEONOR,
OBRA DE JUAN DE LÔME DE TORNAY.

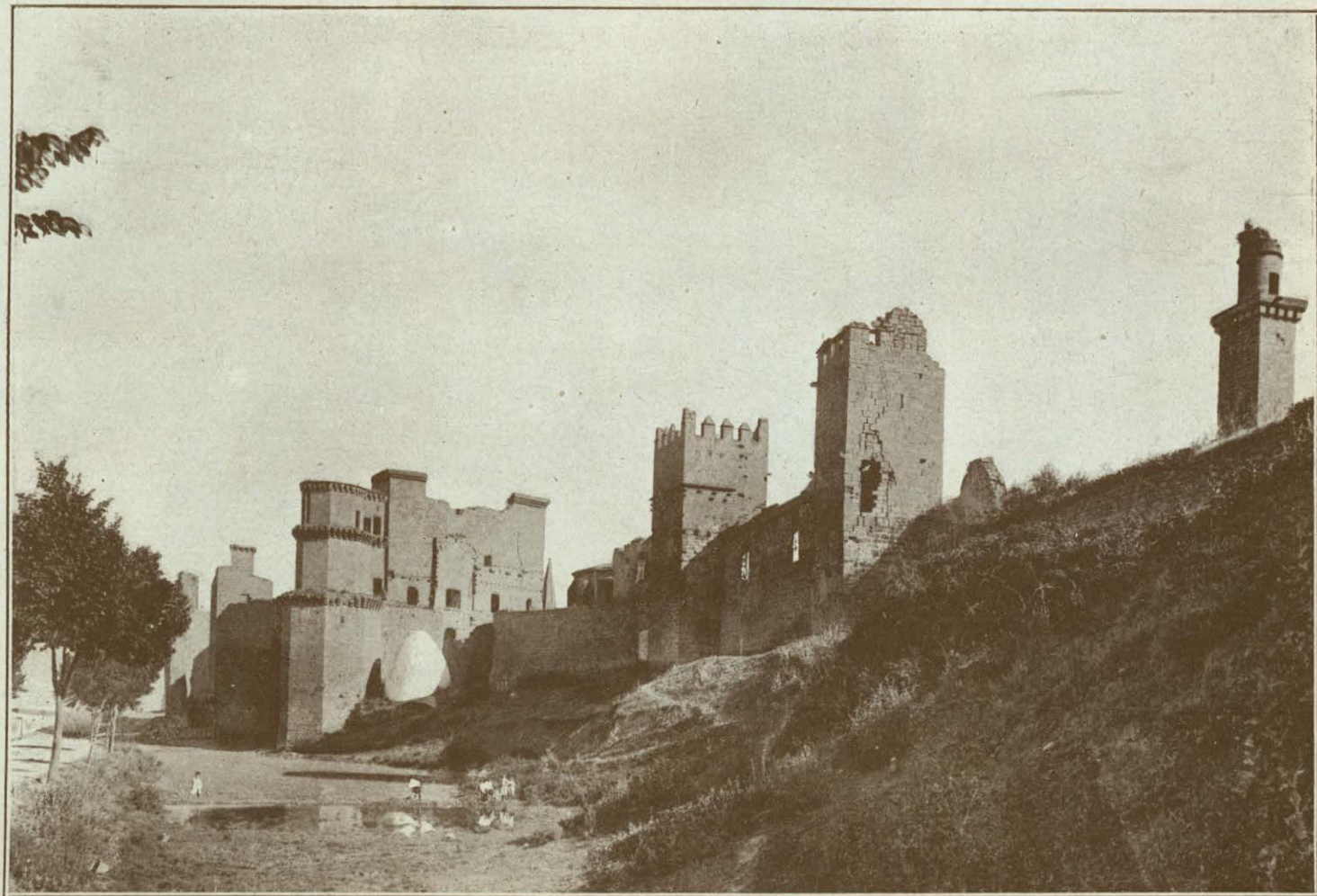
Fot. Mas.





CATEDRAL DE PAMPLONA. — SEPULCRO DE LOS REYES D. CARLOS Y D.^a LEONOR. ESTATUAS YACENTES.

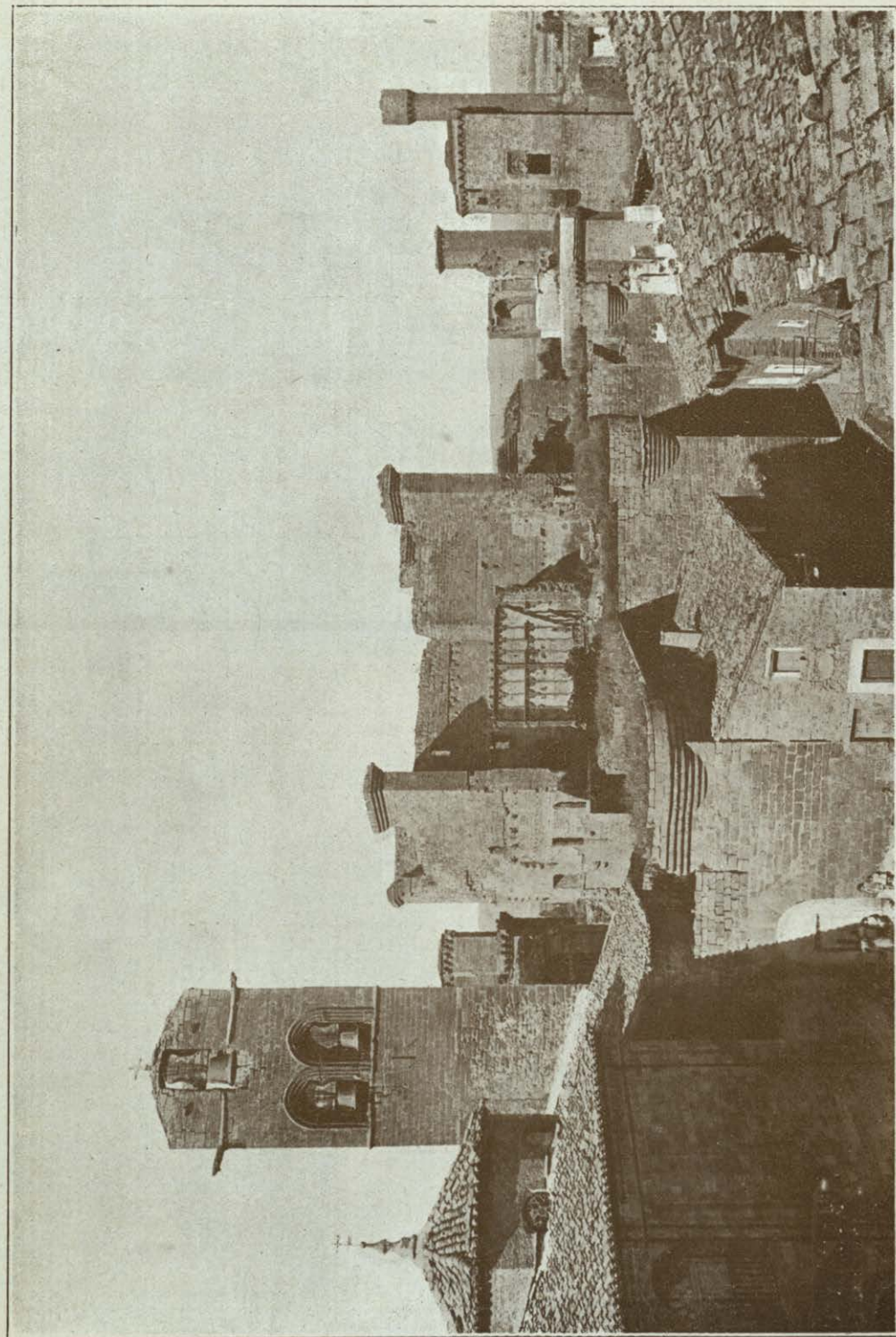
Fot. Mas.



CASTILLO DE OLITE. — VISTA EXTERIOR.

Fot. Mas.

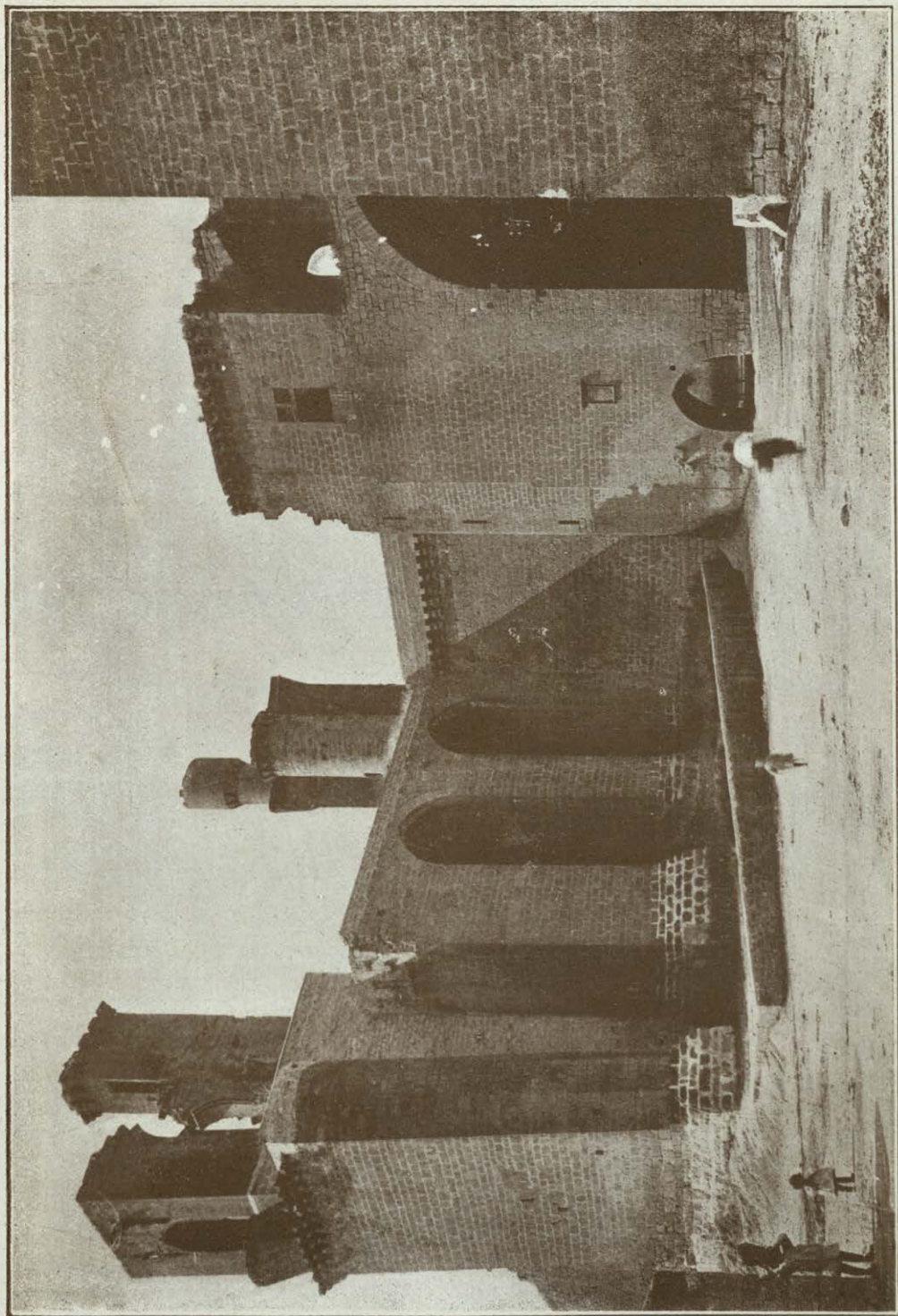




CASTILLO DE OLITE. — VISTA DESDE EL INTERIOR DE LA CIUDAD.

Fot. Mas.





CASTILLO DE OLITE. — TORRES DE LOS CUATRO VIENTOS, DE LA ATALAYA Y SOBRE EL PORTAL.

Fot. Mas.

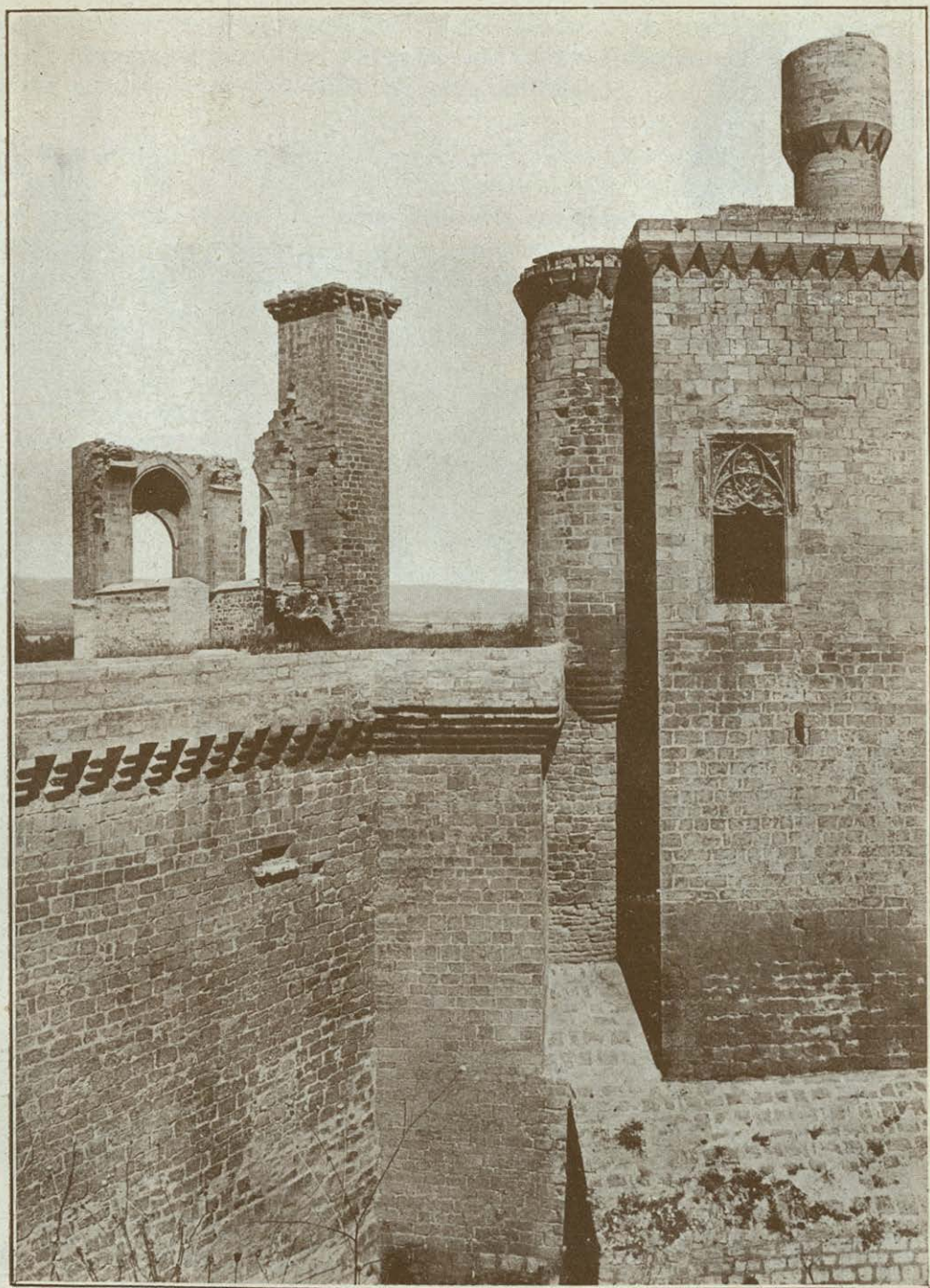




CASTILLO DE OLITE. — TORRE DE LAS TRES CORONAS.

Fot. Mas.

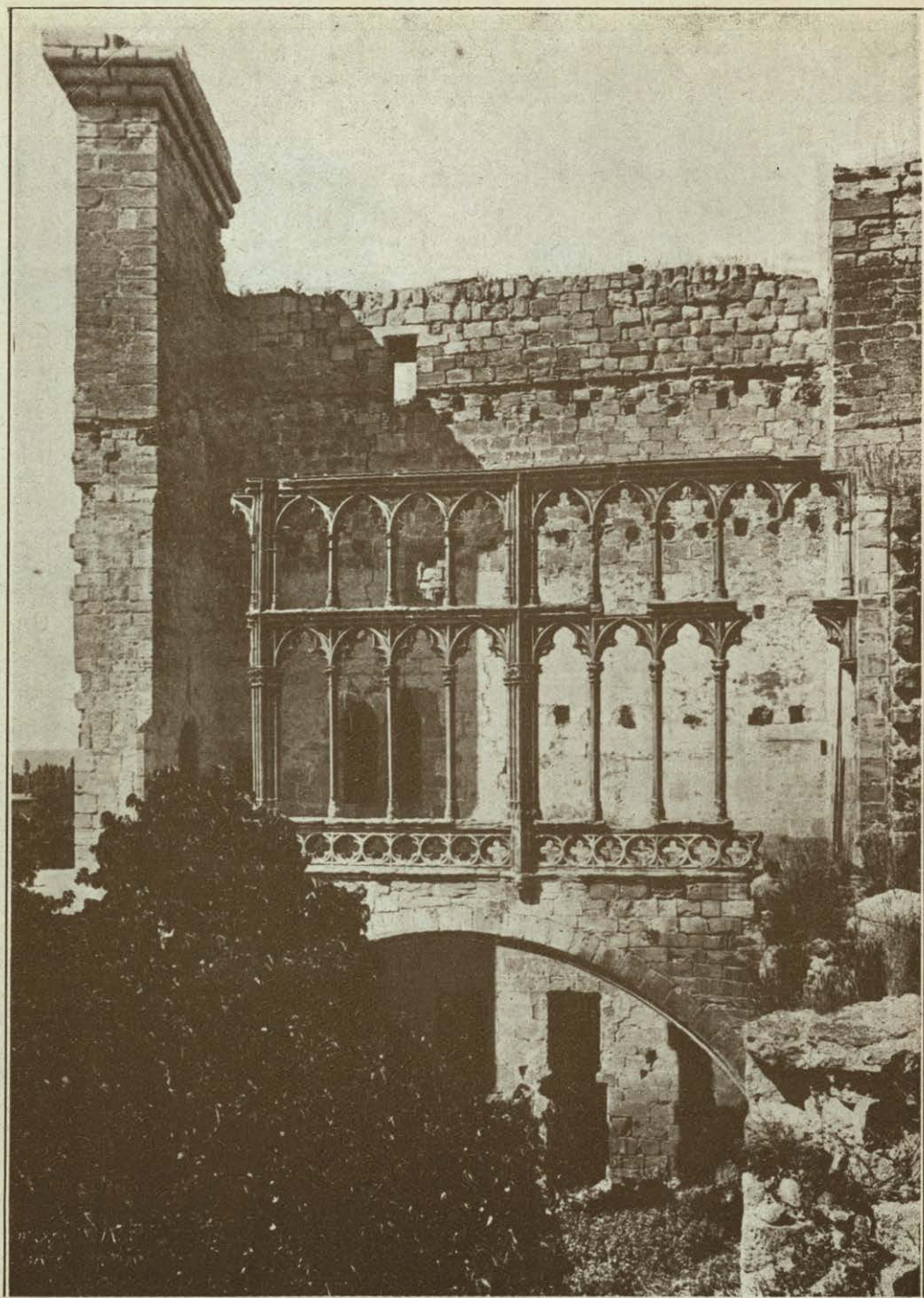




CASTILLO DE OLITE. — TORRES DE LA ATALAYA Y DE CUATRO VIENTOS, VISTAS DESDE
EL INTERIOR DE LA CIUDAD.

Fot. Mas.





CASTILLO DE OLITE. — GALERÍA DEL REY, LLAMADA TAMBIÉN DEL SOL.

Fot. Mas.



riques y azulejerías que ornamentaron algunos salones, de lo cual hay todavía restos (1). Esta participación de los moros de Tudela y Zaragoza nada tiene de extraña, por razones de vecindad y de orden artístico.

* * *



VIDENCIADA la enorme influencia que ejercieron las artes y costumbres de Francia en nuestro antiguo reino, no debe sorprender que la arquitectura del palacio de Olite sea francamente francesa, dentro del estilo gótico florido peculiar de la época.

Su disposición en planta es sumamente irregular, sin que pueda uno explicarse a qué debióse esto, como no fuera a esa falta de unidad con que se agregaron las construcciones, hasta formar el conjunto que hoy apreciamos.

Dentro de esta irregularidad, que, si no tan acentuada, es propia de las edificaciones de aquella época, se advierte cierta proporcionalidad y armonía en la planta general, haciéndola grata a la vista (2).

En cuanto a la semejanza en la disposición general con los palacios y castillos de su época, no hemos encontrado ninguna en los que existen en Francia (3), ni mucho menos en los que había en Castilla y Aragón. Pero si no en el conjunto de su disposición general, en el detalle de sus agrupaciones se advierte que obedecieron a las distribuciones adoptadas entonces en esta clase de edificios. Una parte destinada a recepción y dependencias generales, salas de guardias, cuadras, cocinas, con sus anejos de botillería, repostería, bodega, lagares, despensa y guardarrropas (4). Existe otra parte de esta disposición general, que es la capilla, intermedia entre la primera y las habitaciones privadas de los reyes, con acceso a la iglesia de Santa María, que, aunque anterior a la época que sirve de base a nuestro estudio, formaba parte del palacio. La de las cámaras privadas de los soberanos era, como dijimos anteriormente, la parte más fuerte del castillo (5).

La parte última — unida a la anterior por un paso independiente —, por la naturaleza de sus construcciones ligeras y ricas en ornamentación, nos demuestra que

(1) Madrazo y el conde de la Viñaza, en *Adiciones al Diccionario de Cean Bermúdez*, refieren que «el jefe de los obreros musulmanes, maitre Lope de Tudela, fué enviado una vez por Carlos III, en compañía de un arquitecto (?) navarro, a París, en donde el rey tenía un *hofel*, y a Namours, de donde era duque, para ver ciertas obras». El *hofel* a que aluden es seguramente el de Neele, o Neela, cedido por el regente y delfín de Francia D. Carlos a su cuñado Carlos II, según carta que encontramos en la *Histoire de Charles II, con pruebas de las memorias sobre el mismo*. — En París, chez-Durand, 1755.

(2) La idea exacta de su forma puede apreciarse en los planos de planta correspondientes, que han sido hechos con la mayor minuciosidad y sin omitir medio alguno para que resulten con la mayor exactitud posible.

(3) El arzobispo de Narbonne, el de los Papas en Avignon, el palacio primitivo de los reyes de Francia (reconstruido por Carlos V de Francia justamente en la época del de Olite), el de Coucy y el de Pierrefond (reconstruido por el duque de Orleans en los comienzos del siglo XV).

(4) De ésta no quedan vestigios en Olite. Su desaparición ha sido completa, tal vez por la facilidad que ha habido para llevarse los materiales, por ser la estancia contigua a la puerta de la Placeta. Sólo han quedado las cuatro paredes, y, en ellas, restos de chimeneas, ventanas y garfios de piedra para apoyo de las vigas de los pisos, elementos que, aunque no con grandes seguridades, proporcionan medios para reproducirlo en forma parecida a su primitivo estado.

(5) Mucho había perdido el feudalismo por entonces de sus despóticas prerrogativas; por eso el castillo de Olite puede considerarse como modelo de tipo de transición arquitectónica entre las construcciones feudales y los palacios urbanos del siglo XVI. No obstante, por tradición, y para las mayores garantías de seguridad, seguía conservándose la gran torre como alojamiento privado de los reyes, ya que abundaban las luchas con los reinos vecinos y Navarra no estaba interiormente libre de contiendas peligrosas.

estaba destinada a esparcimiento y recreo de los monarcas. No hay acceso a ella como no sea por la gran torre, quedando, por tanto, completamente aislada del resto del palacio.

Por lo que se refiere al aspecto exterior, produce, aun en el estado ruinoso en que se encuentra actualmente, una impresión de grandeza y suntuosidad, que dicen por sí solas que aquello no pudo ser construido para otros fines que albergar dignamente a los soberanos.

Esta fachada de la parte exterior de la ciudad, desarrollada, es de un aspecto soberbio, constituyendo una de las más sugestivas construcciones de la época gótica. Su silueta resulta animada y movida, por el gran número de torres que en ella se destacan, contrastando con la masa de la gran torre, que domina a todas, la esbeltez y finura de las denominadas de las «Tres coronas», «Cuatro vientos» y «La Atalaya».

Todo en el edificio contribuye a dar mayor realce al conjunto, porque hasta la parte de construcción más antigua (1) armoniza tan bien con el resto, que, lejos de restarle importancia, le da una atractiva variedad.

Observando el castillo desde el interior de la ciudad, la impresión es más pobre, con daño evidente del conjunto, que aparece interrumpido por la iglesia de Santa María. Sin embargo, su examen desde ese punto de vista es curioso, porque muestra una parte de recinto amurallado que evoca las construcciones militares de la Edad Media. Su trazado es originalísimo: un cuerpo amurallado que avanza y que en su interior tiene grandes patios y jardines como no recordamos haber visto en ninguna construcción análoga. Sin duda, la edificación de esta parte es anterior a Carlos III *el Noble*, lo que pone de relieve y avalora la ponderación de este monarca, y el mérito de los artistas que secundaron sus iniciativas, puesto que consiguieron sacar extraordinario partido de lo que ya existía, convirtiendo lo irregular en armónico.

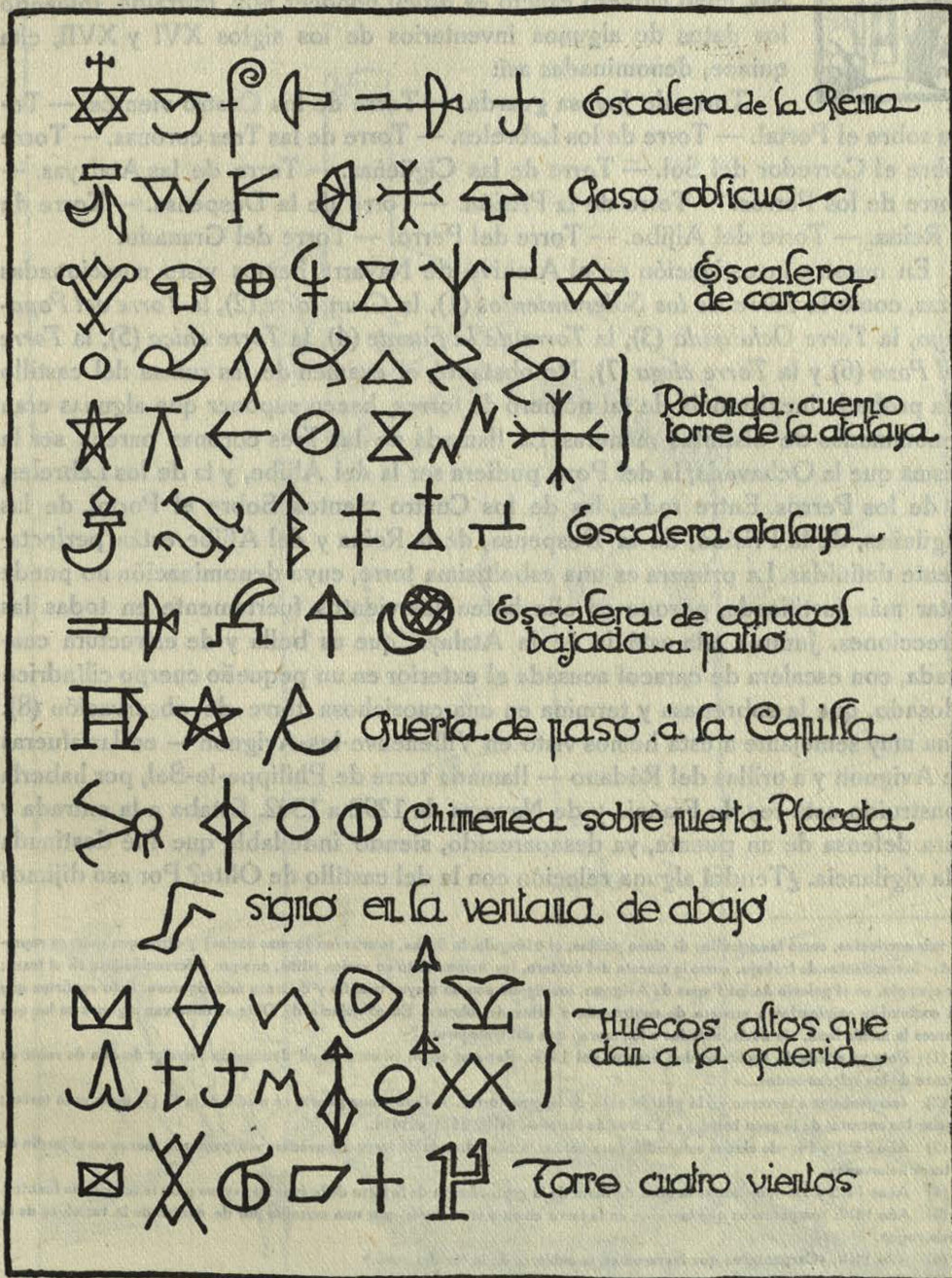
Lo extraño de esa disposición general y su falta de unidad, son demostración palmaria de que las distintas partes que integran el castillo no fueron edificadas en una misma época, convencimiento que se adquiere viendo la diferencia de sus aparejos, sistemas constructivos, calidad de los materiales, como también la independencia con que fueron hechas puertas, ventanas y chimeneas, y lo defectuoso de los enlaces de sus fábricas en los muros donde se abrieron.

El examen de los signos lapidarios — por cierto muy abundantes y algunos muy notables por lo caprichosos — confirma nuestra opinión. Por ellos se deduce dónde trabajó cada uno de los obreros y hasta se puede apreciar su categoría por la calidad de la obra que dejaron ejecutada (2).

(1) En esta fachada norte es donde mejor se aprecia la diferencia, conservando un marcado carácter de castillo de las postimerías del siglo XII y principios del XIII.

(2) Creemos conveniente llamar la atención acerca de la identidad de estos signos, de los cuales hemos visto reproducidos algunos en el claustro de la catedral de Pamplona, cosa no extraña, porque la mitad de dicho claustro y parte de la catedral fueron reconstruidos por Carlos III. Cabe, por tanto, suponer que los que trabajaron en estas obras tomaron también parte en las del castillo de Olite.

En Santa María de Ujué también hemos visto algunos signos análogos, pero de trazo diferente, lo que indica que no fueron hechas por los mismos obreros. (La obra es anterior, pues se debe a Carlos II, mediados del siglo XIV.) Algunos de estos signos,



Algunos de los signos lapidarios que existen en el castillo.



OS fuertes muros del castillo estaban guarnecidos de torres cuadradas, cuyo número exacto es difícil conocer hoy. Iturralde, tomando los datos de algunos inventarios de los siglos XVI y XVII, cita quince, denominadas así:

Torre de Joyosa guarda. — Torre de los Cuatro vientos. — Torre sobre el Portal. — Torre de los Lebreles. — Torre de las Tres coronas. — Torre sobre el Corredor del Sol. — Torre de las Cigüeñas. — Torre de las Atalayas. — Torre de los Perros. — Torre de la Prisión. — Torre de la Despensa. — Torre de la Reina. — Torre del Aljibe. — Torre del Perro. — Torre del Granado.

En nuestra investigación en el Archivo de Navarra hemos visto mencionadas otras, como la *Torre de los Soleramientos* (1), la *Gran torre* (2), la *Torre del Papagayo*, la *Torre Ochavada* (3), la *Torre de la Fuente* (4), la *Torre chica* (5), la *Torre del Pozo* (6) y la *Torre ciega* (7). No obstante, el examen de las ruinas del castillo y la probada inexistencia de tal número de torres, hacen suponer que algunas eran denominadas de distintas maneras. La llamada de las Tres coronas parece ser la misma que la Ochavada; la del Pozo pudiera ser la del Aljibe, y la de los Lebreles, la de los Perros. Entre todas, las de los Cuatro vientos, Sobre el Portal, de las Cigüeñas, de la Prisión, de la Despensa, de la Reina y del Aljibe están perfectamente definidas. La primera es una esbeltísima torre, cuya denominación no puede estar más justificada, porque en ella baten los vientos fuertemente en todas las direcciones. Junto a ella está la de la Atalaya, que es bella y de estructura cuadrada, con escalera de caracol acusada al exterior en un pequeño cuerpo cilíndrico adosado, que la sobrepasa y termina en una caprichosa torre de observación (8). Una muy semejante a ésta hemos visto en Villeneuve-les-Avignon — en las afueras de Avignon y a orillas del Ródano — llamada torre de Philippe-le-Bel, por haberla construido este rey de Francia y de Navarra de 1292 a 1302. Estaba a la entrada y para defensa de un puente, ya desaparecido, siendo indudable que fué destinada a la vigilancia. ¿Tendrá alguna relación con la del castillo de Olite? Por eso dijimos

los más corrientes, como las estrellas de cinco puntas, el triángulo, la flecha, la cruz (en formas varias) y otros que quieren representar herramientas de trabajo, como la maceta del cantero, las hemos visto en varios sitios, aunque diferenciándose en el trazo; por ejemplo, en el palacio de los Papas de Avignon, los signos son de mayor tamaño y de trazo más vigoroso. Esto confirma que era costumbre emplearlos a manera de contraseña o firma del obrero. En el palacio de Olite se observan algunos en los que aparece la media luna, sin duda, debidos a los moros que allí trabajaron.

(1) Nota ya citada de los libros de Comptos del 1389: «Reparar en su cámara do eil duerme un *retraigt* de caja de roble en la torre de los soleramientos...»

(2) «carpenteros e lavraron en la guarda ropa de la gran torre...»; «hacer una puerta en medio de la Pi (?) de la gran torre»; «baciár los corrales de la gran torre...» Y otros de los años 1410, 1413 y 1414.

(3) Año 1413 y 14: «de clavos estañados para sentar la obra dorada de torre ochavada»; «carpenteros moros en el jardín de la torre ochavada».

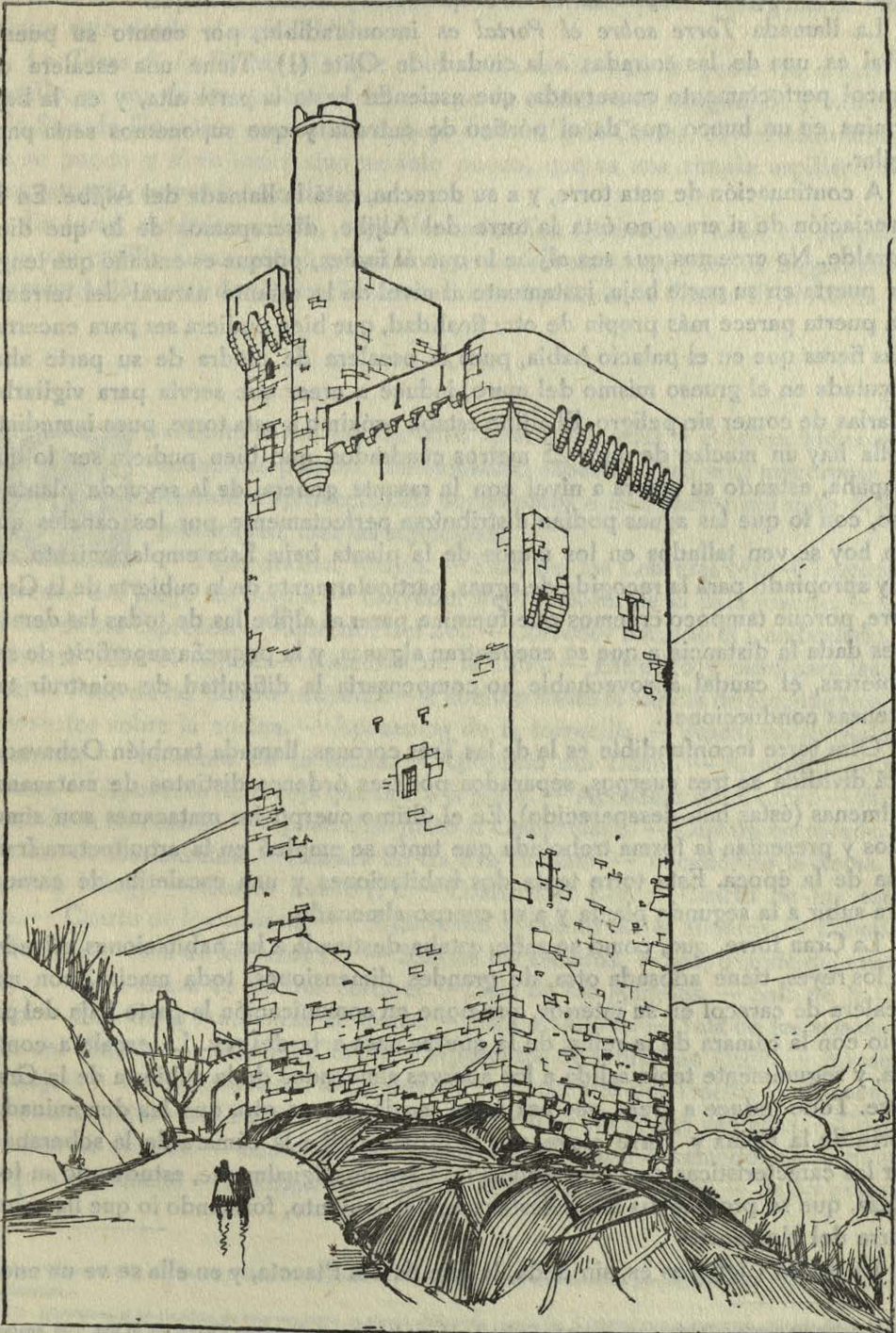
(4) Años 1413 y 14: «por labrar la obra de fusta de la gran cámara de la torre de la fuente»; «yeso para la torre de la fuente».

(5) Año 1410: «carpenteros que lavraron en la torre chica a chabelar»; «por una cerralla por de dentro de la tor chica de la guarda ropa».

(6) Año 1410: «Carpenteros que lavraron en la cubierta de la tor del pozo.»

(7) Año 1910: «Mazoneros que paymentaron en la tor ciega.»

(8) En esta torre, situada en extremo y punto dominante del castillo, solía estar el centinela o vigía, que cuidaba de la seguridad de sus habitantes y les advertía con un cuerno o bocina en casos de alarma. Según Iturralde, esta misión de *goaitar* no se confiaba más que a hombres de reconocida lealtad. La aplicación de ese verbo lo justifica, por haber encontrado en las cuentas de pagos una que dice así: «una capa para Pedro Gurpin, *goai* continuo en el castillo de Tafalla, para vestirse al *goaitar* de noche.» Procede de *guetter*, palabra francesa que es sinónima de vigilar.



Torre de Philippe-le-Bel, en Villeneuve-les-Avignon.

que entre las construcciones ejecutadas en éste en tiempos de Carlos III *el Noble*, pudo haber algunas inspiradas en otras que viera durante sus viajes.

La llamada *Torre sobre el Portal* es inconfundible, por cuanto su puerta ojival es una de las entradas a la ciudad de Olite (1). Tiene una escalera de caracol perfectamente conservada, que asciende hasta la parte alta, y en la baja termina en un hueco que da al pórtico de entrada y que suponemos sería para vigilar.

A continuación de esta torre, y a su derecha, está la llamada del Aljibe. En la apreciación de si era o no ésta la torre del Aljibe, discrepamos de lo que dice Iturralde. No creemos que sea aljibe lo que él indica, porque es extraño que tenga una puerta en su parte baja, justamente al nivel de la rasante natural del terreno. Esa puerta parece más propia de otra finalidad, que bien pudiera ser para encerrar a las fieras que en el palacio había, pues la escalera de piedra de su parte alta, ejecutada en el grueso mismo del muro, induce a creer que servía para vigilarlas y darlas de comer sin peligro. El aljibe estaba próximo a esta torre, pues inmediato a ella hay un macizo de unos 25 metros cuadrados, que bien pudiera ser lo que ocupaba, estando su solera a nivel con la rasante general de la segunda planta o piso, con lo que las aguas podían distribuirse perfectamente por los canales que aun hoy se ven tallados en los muros de la planta baja. Este emplazamiento era muy apropiado para la recogida de aguas, particularmente de la cubierta de la Gran torre, porque tampoco creemos que fueran a parar al aljibe las de todas las demás, pues dada la distancia a que se encuentran algunas, y la pequeña superficie de sus cubiertas, el caudal aprovechable no compensaría la dificultad de construir tan extensas conducciones.

Otra torre inconfundible es la de las Tres coronas, llamada también Ochavada. Está dividida en tres cuerpos, separados por tres órdenes distintos de matacanes y almenas (éstas han desaparecido). En el último cuerpo los matacanes son simulados y presentan la forma trebolada que tanto se empleó en la arquitectura francesa de la época. Esta torre tenía dos habitaciones y una escalerita de caracol para subir a la segunda planta y a su cuerpo almenado.

La Gran torre, que, como se sabe, estaba destinada a las habitaciones privadas de los reyes, tiene adosada otra, de grandes dimensiones, toda maciza, con una escalera de caracol en su interior, que pone en comunicación la parte baja del palacio con la cámara de la reina, de la que se pasa a la del rey. La escalera continúa, y seguramente tenía salida a los adarves almenados de la cubierta de la Gran torre. Todo induce a creer que esa torre maciza no es otra que las denominadas Torre de la Reina y Torre ciega, por la proximidad a la cámara de la soberana y por las características de su construcción. Creemos, igualmente, estudiando su fortaleza, que se prolongaba hasta destacarse del conjunto, formando lo que llamaban Torre del Homenaje.

La de las Cigüeñas es, sin duda, la que da a la Placeta, y en ella se ve un enor-

(1) Sobre esa puerta está labrado el escudo de Carlos II y III, con las armas de Navarra y Champaña, lo que hace pensar si su ejecución será anterior a la cesión que hiciera del condado de Evreux y tierras de Normandía el noble monarca a cambio del ducado de Nemours.

me nido de esas aves que, por generaciones sucesivas, vienen albergándose en el mismo sitio desde el siglo XVI.

La *Torre de la Prisión* (1), que sólo debía servir para la gente de armas del castillo, es una de las cuadradas del cuerpo de edificio más antiguo. Su proximidad a la Sala de Guardias, que estaba debajo de la sala de Cortes, el reducido tamaño de su puerta y el no tener sino un solo hueco, que es una simple aspillera, está demostrando su verdadero destino.

La torre, simétrica a ésta, cuya denominación ignoramos, tiene en su planta baja una capilla de un gótico primitivo que nos revela su antigüedad. Seguramente correspondió a uno de los castillos anteriores al palacio de Carlos III *el Noble* (2).

* * *



N cuanto a las habitaciones interiores, salas y galerías, todas eran conocidas por una denominación especial. Eran muy numerosas (3). Iturralde, aprovechando documentos e inventarios del siglo XVI y posteriores, cita las siguientes:

Paso de San Martín. — Paso de los Lebreles (4). — Terrado y corredor del Juego de pelota. — Corredor del recibidor de la Sala grande. — Corredor de los Cipreses. — Corredor del Sol. — Corredor llamado el Cambrelado. — Cubierto cabe el Aljibe. — Pasadizo de la Caba. — Estrecho y paso para las torres. — Paso de las Cuatro ventanas. — Pabellón sobre la capilla de los Ángeles. — Aposentos sobre la cocina. — Aposentos de la torrecilla. — Aposento llamado *el Oratorio*. — Aposento de la Reina. — Aposento del Dosel. — Aposento de los Perros. — Aposento de la reja que sale a la plaza. — Aposento del Cancel. — Aposento de la Necesaria. — Aposentillo junto al Cambrelado. — Cámara entablada. — Cámara de los laureles. — Cámara de las tres coronas. — Tocador de la Reina. — Cambra luenga. — Cuarto nuevo (?). — Cuarto del Rey. — Cuarto de los escudos. — Cuarto de los tapices. — Pabellón del aposento de las mujeres. — Pabellón de la Nao. — Sala de los lazos (5). — Sala de los escudos. — Sala grande del cuarto viejo. — Sala nueva de las tres coronas. — Sala de los Ángeles. — Sala de la Celosía. — Sala de la Audiencia de Corte. — Sala de Corte. — Sala de las armas. — Sala del Vínculo. — Sala del Cierzo. — Aposentos de sobre San Jorge. — Aposentos bajos. — Aposentos sobre los graneros. — Aposentos del Tinelo. — Aposentos del cuarto viejo. — Aposentos de la Nao. — Cuarto de las cuatro ventanas. — Cuarto del *Retrait* dorado. — Camarilla del Archivo. — Camarín o peinador de la Reina. — Juego de requeta. — Antesala al subir de la escalera principal. — Salón grande,

(1) «Una cerrailla con su barroillo para la puerta de la presson e una otra cerrailla par de dentro de la segunda puerta e sus planchas.»

(2) Ignoramos si en tiempos de este monarca se siguió utilizando la capilla. Creemos que sí, porque, además de la de San Jorge — de la que ya hablaremos — existían otras capillas y oratorios.

(3) La exagerada fantasía del pueblo hizo que se conservara la creencia de que eran tantas como días tiene el año.

(4) Revestido de azulejos.

(5) Con techo dorado.

con tres aposentillos contiguos. — Dormitorio del Rey, con ventana a la Paxarera. Dormitorio de la Reina.

De la revisión de los libros de Comptos, nosotros hemos entresacado algunos más que los que se mencionan en la relación anterior, y son los siguientes:

Cámara de las Damas. — Galería de la Joyosa guarda (1). — Cámara dorada (2). Gran Cámara de la Torre de la Fuente (3). — Aposento de la Cofradía (4). — Oratorio de la capilla dorada (5). — Galería dorada (6). — Cámara de D.^a Juana (7). — Cámara de las doncellas de D.^a Juana (8).

Hay también otros departamentos sin importancia — retretes, guardarropas, etcétera — mencionados en los libros de Comptos. Desde luego no es posible establecer una comparación entre los aposentos que se encuentran en esas cuentas de las obras y los que se sacan de los inventarios hechos a partir del siglo XVI (9). Indudablemente, dada la extensión del palacio y el número de personas que albergaba, los aposentos debieron ser muchos; y aunque la contemplación de esos grandes espacios rodeados de simples muros no lo revela así, hay que tener presente que entonces solían hacerse separaciones dentro de un mismo aposento con madera o tapices, y que por la naturaleza misma de estas separaciones es lógico que no haya subsistido (10).

* * *



ARACTERÍSTICA especial de la residencia de Carlos III *el Noble* eran sus jardines, que formaban parte de la misma construcción, hasta el punto de que alguno, como el próximo a la cámara de la Reina, estaba materialmente suspendido, aprovechándose, para hacerlo así, y con mucho acierto, una gran nave — que ya existía — de hermosos y robustos arcos ojivales, espaciados a unos 50 centímetros de distancia. Sobre dichos arcos se sentaron losas de piedra, echando encima la tierra para las plantaciones, en cantidad de unos dos metros de espesor. Este jardín, que sin duda se hizo para solaz de la reina, estaba rodeado de una galería gótica, de cuyos arranques se conserva todavía uno muy bello. La vasta sala sobre cuya nave se formó

(1) Años 1413-1414: «... tablas de haya para la galería de la Joyosa guarda.»

(2) Años 1413-1414: «... por una puerta para el Retrayt viejo de la Cámara dorada.»

(3) Años 1413-1414: «... por labrar la obra de fusta de la gran cámara de la Torre de la Fuente.»

(4) De origen francés; proviene de *coffre*. *Coffre du carroffe*, lugar cerrado donde se guarda todo lo necesario para el servicio de carruaje. (*Dictionnaire Universel*, de M. Antoine Furetière.) Años 1413-1414: «carpenteros en la cofradía e andamios, mañoneros en larguetería (?), etc.»

(5) Años 1413-1414: «para la finiestra del oratorio de la capilla dorada.»

(6) Años 1413-1414: «por aparejar la puerta de la galería dorada.»

(7) Años 1413-1414: «carpenteros que lavaron la obra de fusta et mañoneros, que abrieron la finiestra de la cámara de doña Juana». Esta D.^a Juana debió ser la infanta hija de Carlos III, casada con el vizconde de Castelbon.

(8) Años 1413-1414: «por tablas para facer una cámara para las doncellas de Doña Juana»; «carpenteros adosando fustas para la Cámara (de D.^a Juana) sobre la puerta et facet las dichas cámaras (de las doncellas).»

(9) En las cuentas anteriores al siglo XVI, rara vez se da un nombre determinado al aposento que se quiere mencionar, pues dicen siempre: «aposento sobre la puerta», «sobre el patio», «junto a la torre», en tanto que en dicho siglo se designan con las denominaciones que eran conocidas, las cuales, si algunas se conservaron tradicionalmente, otras fueron modificándose y ampliándose a medida que las obras de adaptación y las agregaciones fueron aumentando, lo que no permite conceder mucho crédito a los inventarios posteriores de esa época.

(10) Según costumbre de la época, los aposentos, corredores, galerías, etc., tenían siempre una denominación, que se les daba por alguno de los objetos que contenían o por algún asunto de los tapices y pinturas que los decoraban.

el jardín, desprovista de huecos aparentes y cuyo primitivo destino se ignora, debió utilizarse, dada la clase de vida que en tales tiempos se hacía en los castillos, a depósito de armas, municiones y abastecimientos en casos de asedio.

Había también otros jardines y huertos, según se desprende de la documentación que hemos investigado en los libros de Comptos, los cuales eran denominados así:

Huertecillo de los Baños (1). — Jardín de los Naranjos (2). — Jardín de la torre Ochavada (3). — Jardín de la Fuente (4).

Precisar el lugar de estos huertos y jardines no sería empresa fácil. El de los Naranjos pudiera ser el suspendido junto a la cámara de la reina, tanto por su orientación como por estar resguardado de los vientos fríos, siempre dañosos para esos frutales.

El de la torre Ochavada — llamada también de las Tres coronas — estaría próximo a ella, y, dado su reducido espacio, cabe asegurar que no era muy grande.

El denominado huertecillo de los Baños debió estar en el más pequeño de los dos patios a que da la espléndida galería del Rey, llamada así por su proximidad a la cámara del mismo, y la que, por su orientación, creemos fuese la misma que llamaban del Sol. No hemos podido descubrir indicio alguno de la existencia de tales baños, lo que nos inclina a pensar si estarían en el aposento contiguo a la cámara de la reina, aposento cuyas ventanas daban al que suponemos huerto de este nombre, y que, según se colige de la documentación revisada por nosotros, era el tocador de la soberana (5).

Iturralde cita también el jardín del Cenador, en el que dice había un surtidor. Debió estar emplazado entre las torres de los Cuatro vientos y de las Atalayas, por haber allí amplio espacio y porque la primera de ambas es la única, a nuestro juicio, que pudo dar tal denominación al jardín.

Formando parte de estos jardines se habían construido también diversas galerías y claustros, que con las plantas y árboles frutales de variadas especies debían constituir un conjunto propio de tan suntuosa morada (6). Se dice también que había una «paxarera» que debía de ser muy grande, puesto que se criaban en ella cisnes y pavos reales. En las cuentas del año 1556 (7) se ve que trabajaron en ella; pero el hecho de no haberla visto mencionada en las cuentas del siglo XV, hace suponer que esta «paxarera» se construyó en tiempo de los marqueses de Cortes. Por otra parte, el que en la cuenta diga que se ocuparan en *hacer* y no en *reparar*, afirma nuestra suposición (8).

(1) Años 1413-14: «pague a los mazoneros que hicieron el enlosado del huertecillo de los baños»; «por acabar de solar el huertecillo de los baños».

(2) 1413-14: «braceros que meten tierra en el jardín de los toroncales»; «que meten e suelo alto de la torre del Castillo e facen tablas e escomellas para el jardín de los toroncales».

(3) 1413-14: «moros que sientan aradriellos en el jardín de la torre ochavada».

(4) 1413-14: «braceros que sacan tierra del jardín de la fuente».

(5) El otro patio, que es amplio y tiene en su centro una morera, seguramente fué dedicado a huerto para recrear la vista de los reyes cuando se asomaran a la galería mencionada.

(6) Estas galerías y claustros tomaban asimismo la denominación de las plantas o árboles que en ellos predominaban.

(7) «Pague a D. Juan de Orbaiceta por lo que se ocupó en hacer (?) la paxarera de Palacio por él y por un mozo por mes y medio que anduvieran en ella..., etc.» «Pague a maese Pedro de Santander por los hierros que hizo por asentar la red de la paxarera..., etc.»

(8) En las cuentas del 1395 se habla de que se criaban en la villa de Olite cinco cisnes, pero no aseguran que fuera en el mismo palacio, lo que tampoco pudiera constituir un dato a favor de su existencia.



AS cuadras y las dependencias para las gentes de armas y la servidumbre del palacio estaban situadas en planta baja; pudiendo verse hoy, en la parte más derruida — que es la contigua a la Placeta — unas pesebreras construidas en el grueso del muro, las cuales, por sus reducidas dimensiones y el tener sólo dos plazas, hacen suponer que eran destinadas a las cabalgaduras de los extraños que llegaban al castillo, y que las caballerizas de éste tendrían sus pesebres más amplios y en gran número, con su correspondiente corral, como cumplía a la importancia del servicio de los reyes y gente armada de a caballo.

La cocina, que debía ser de grandes proporciones, dada la esplendidez de los banquetes y fiestas que en palacio se celebraban, estaba igualmente, según creemos, en la planta baja, en el cuerpo de edificio contiguo a la Placeta, porque en él existe una chimenea bastante bien conservada que, por sus dimensiones y forma, parece propia de tales menesteres (1).

Nos induce a afirmarnos en esta creencia el que, a pesar del examen minucioso que hubimos de realizar en todas las ruinas del castillo, no hemos encontrado vestigio alguno de que pudiera haber sido construida en otro lugar. Otra razón que abona nuestra suposición, es la de su proximidad a la bodega, que estaba debajo de la capilla de San Jorge. Lo que no cabe duda es que su capacidad debió ser extraordinaria, si hemos de dar fe a los datos recogidos respecto a los banquetes, puesto que la condimentación de tal abundancia de manjares no podía hacerse en dependencias improvisadas (2).

No se sabe tampoco que hubiera un aposento destinado exclusivamente a comedor propiamente dicho. En las cuentas de las obras no hay ninguna referencia. Por las costumbres de aquellos días deducimos que de ordinario los reyes comían en sus mismas cámaras (3), y que en las solemnidades se habilitaba para los festines la gran sala o sala de Cortes, que estaba situada en la parte izquierda del cuerpo que da a la Placeta, encima de la sala de guardias. No obstante, creemos que dicho salón — que afecta una forma rectangular y es de regulares dimensiones — no era suficiente para un banquete de trescientos comensales, lo que nos mueve a opinar que no serían tantos los invitados, aunque luego en la recepción sobrepasaran este número.

La comunicación entre unas y otras dependencias era, según lo poco que hoy puede apreciarse, sumamente complicada y tortuosa, propia de los temores y prevenciones de aquella época turbulenta. Los pasos, estrechos y construidos en el grueso de los muros; las puertas, extremadamente reducidas; las escaleras, de caracol; dispuesto todo perfectamente para evitar sorpresas.

(1) En las cuentas de los años 1580 al 83 dice: «al cerrajero por cuatro barras para una reja en la ventana nueva abierta en la cocina grande baja», y es de suponer que esta dependencia seguiría en el mismo lugar que la primitiva del palacio.

En aquella época se daba mucha importancia a tales dependencias, y hay algunos tipos realmente notables por su monumentalidad, como la cocina de los Canónigos en la catedral de Pamplona y la que se conserva en el palacio de los Papas en Avignon.

(2) Seguramente hay exageración en cuanto a la voracidad pantagruélica de los comensales, porque no hay proporción entre el número de invitados y la cantidad de viandas. Lógico es suponer dada la munificencia de aquellos tiempos, que una gran parte de la comida se repartiera entre gente necesitada extraña al palacio.

(3) Recuérdese el relato de Wourdreton describiendo su visita a Carlos II.



ESTA por examinar entre las dependencias importantes la llamada capilla de San Jorge, de la que sólo queda en pie un muro, y en tal estado, que no es posible formarse cabal idea de lo que aquélla fué. Los ventanales que subsisten, a excepción de los de la parte baja, sólo sirven, por el desorden en que están colocados, para concertar; pues aunque en esta clase de construcciones todo, o casi todo, era irregular, sin que a ello se le diera importancia, los huecos que vemos en esta capilla parecen ser los de los aposentos que se mencionan en las cuentas del siglo XVI, correspondientes a obras que hicieron desaparecer por completo la primitiva estructura. Lo indudable es que tuvo dos pisos o plantas, siendo éste, según afirma Iturralde — y bien poco es — su único parecido con la Santa Capilla de París. En lo demás no se advierte ninguna semejanza, pues ni siquiera tiene los contrarrestos necesarios para una cubierta abovedada, lo que nos hace suponer que interiormente estuvo artesonada y al exterior cubierta con plomo o teja (1). El piso de la capilla, por lo que del examen de las ruinas se deduce, estaba formado de grandes vigas de madera, con sus tornapuntas apoyadas en ménsulas de piedra, a modo de garfios, de los que todavía se conservan algunos. Se conoce que posteriormente hicieron alguna bóveda, porque quedan restos de yeso que acusan un estilo renacentista.

Esta capilla tenía comunicación con la de Santa María por medio de una tribuna emplazada a la altura de la segunda planta, y cuya galería de paso estaba revestida de pequeños azulejos, de los que se conservan restos y huellas evidentes.

La parte baja de la capilla se destinaba a la servidumbre y la alta a los reyes (2). Esta parte superior también tenía un zócalo de azulejo, pues hay señales que así lo prueban.

Debajo de la capilla de San Jorge debió estar, sin duda, la bodega, porque aun se ven los nichos para la colocación de las cubas.

* * *



ENTRE los restos de la parte ornamental del Palacio hay algunos detalles notables que demuestran su esmeradísima ejecución. La galería inmediata a la cámara del rey — que, como ya dijimos, suponemos fuera la denominada del Sol — es muy bella; consta de dos cuerpos ojivales superpuestos, es de admirables proporciones, y se apoya sobre un enorme arco rebajado (3). De la que rodeaba al jardín de los Naranjos, queda también otro hermoso fragmento — del que ya hicimos mención — que es el arranque del arco de la galería, apoyado en una repisa, en la que hay una figura de profeta, perfectamente modelada, atribuida a Lôme de Tornay.

(1) Claro es que su decoración interior pudo ser muy rica. De algunas notas de pagos de cristales — que también pudieron adquirirse para construir vidrieras — deduce Iturralde que se empleó el vidrio aplicado a los muros, curioso sistema que imita el esmalte y que fué utilizado en la mencionada capilla de París.

(2) Hay quien afirma que podían llegar hasta la puerta en literas o carruajes; por el estado actual, no sólo no nos atrevemos a asegurarlo, sino que lo ponemos en duda.

(3) Su estado es deplorable, y si no se acude con urgencia a consolidarla, muy pronto desaparecerán estos hermosos restos. Acompañamos un detalle a una escala suficientemente grande para que se pueda apreciar mejor.

Entre los ventanales hay dos — que dan a la Placeta y que correspondían a la gran sala de Cortes — con detalles muy interesantes. Uno es de un gótico florido, admirablemente trabajado. El otro, el más próximo a la torre de las Cigüeñas, es, sin duda, anterior, y hasta nos ha parecido ver en sus perfiles cierta semejanza a la arquitectura de Santa María de Ujué, lo que, de ser así, revelaría que fué construido en tiempos de Carlos II *el Malo*. Que ambos ventanales no son de la misma época lo demuestra, principalmente, el que, a pesar de su proximidad, las alturas de sus hiladas no se corresponden, y el enlace entre las dos fábricas es defectuosísimo, hasta el extremo de haber empleado tacos de piedra de pequeñas dimensiones (1).

Como la generalidad de las ventanas del palacio, y siguiendo la disposición que era costumbre en los edificios de la época, tienen interiormente, en el espesor del muro y en el hueco que forman, dos bancos de piedra. Uno de estos ventanales está cubierto con una caprichosa bóveda de crucería, en cuya clave aparece el escudo de las armas de Navarra y Champaña, de pequeñas dimensiones y delicadamente ejecutado. La ornamentación la constituyen graciosos trepados de hojas de vid y encina — entre los que se ven caracoles e insectos — combinados con molduras y medias cañas que encuadran el hueco. Al exterior, y a ambos lados, se elevan dos ligeros pináculos, entre los cuales, y a la terminación del arco, hay en relieve dos escudos sostenidos por lebreles.

Uno tiene labradas las armas reales, pero el otro está tan deshecho que no es posible saber cuál era su alegoría heráldica (2). En la torre de la Atalaya hay otra ventana ojival que es digna asimismo de mención, y a la que falta la columna o mainel central. Por su delicada tracería, recuerda mucho la que existe en el sepulcro de D. Lionel, en los claustros de la catedral de Pamplona, obra atribuida a Lôme de Tornay.

Hay también notables restos de chimeneas en las cámaras del rey y de la reina y en otros aposentos. La característica de esas chimeneas es la sencillez, la carencia de ornamentación, pues son simplemente molduradas. Por los signos lapidarios que en ellas figuran, se deduce que fueron construídas casi todas en una misma época. Unicamente había una — hoy desaparecida, pero de la que existe un apunte de Iturralde — que estaba en la que era sala de guardias, situada, como es sabido, debajo del salón de Cortes. Los capiteles de esa chimenea, sostenidos sobre ligeras repisas, eran de una arquitectura análoga a la de la capilla que existe en una de las torres, que, por ser de un gótico primitivo, demuestra que ambas fueron construídas con anterioridad a Carlos III.

Por los restos que quedan del apoyo de las vigas, y el arranque de ventanas y

(1) Los sistemas defectuosos de construcción abundan mucho en las obras del palacio de Olite, pues hay torreones y muros completamente sueltos, sin ningún enlace con los inmediatos, hasta el punto de que en alturas de doce y catorce metros no existe ni siquiera una piedra que sirva de trabazón entre los muros que hacen ángulo. Así, no es de extrañar que la acción del tiempo haya sido tan destructora.

(2) Tal vez fueran las que había en la parte interior de la capilla. Acompañamos un ligero detalle, sacado de los croquis hechos por Iturralde y que fueron presentados, si nuestros informes son ciertos, en unión de unos planos de D. Aniceto Lagarde, al solicitar de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando que el castillo de Olite fuese declarado monumento nacional. En cuanto a los lebreles de esos escudos, deben tener relación con una de las dos órdenes de Caballería creadas por Carlos III, la del Lebel Blanco y la del Collar de la Buena Fe.

chimeneas, se puede reproducir el nivel exacto de los pisos y la altura de las habitaciones, que fué, sin duda, grande (1).

En el interior sólo restan en algunas habitaciones las ranuras hechas en los muros para los listones de sujeción de los zócalos de madera, que con los tapices, pinturas y artesonados de los techos, constituían el decorado de la época (2). No obstante la escasez de vestigios, puede asegurarse que el dorado predominaba en la decoración, como lo demuestran algunas cuentas registradas en los libros de Comptos (3).

Los historiadores en general atribuyen a Carlos III *el Noble* la idea de unir los palacios de Olite y Tafalla por medio de una galería, y hasta hay quien dice que la obra se empezó. Empresa grande, digna del emprendedor monarca, hubiera sido la de unir ambos castillos, a los que separaba una distancia de cuatro kilómetros, y nada de extraño tiene que le sugiriera ese propósito la obra realizada por sus abuelos D.^a Juana de Francia y D. Felipe de Evreux, desviando el cauce del río Iton, para llegar desde su castillo de Navarra a las mismas puertas de la catedral. Lo indudable es que la iniciativa, si la tuvo, no llegó a realizarse.

Restauración.



ESEÑADO someramente el estado actual del palacio de Olite, cúmpenos exponer nuestro criterio respecto a la restauración del mismo. Los antecedentes que hemos recopilado — aun a trueque de que su lectura resulte fatigosa — revelan, de modo evidente, la importancia histórica y arquitectónica del castillo. Pese a las lagunas informativas y a las trasposiciones cronológicas en que los investigadores pudieran haber incurrido, elementos hay, según nuestro leal entender, para intentar una reconstrucción, si no absolutamente fidedigna, si lo bastante acertada para que ni aun los más intransigentes la recusen.

Las restauraciones sólo son admisibles con el concepto moderno que ahora predomina. Restaurar, no es solamente conservar lo existente, sino reproducir para su perpetuación lo que antes hubo merecedor de perdurabilidad.

El sabio rey autor de Las Partidas, anticipándose a este deber que el amor al pasado nos impone, ordenaba en la tercera, título XXXII, ley XXV: «Casa o torre o otro edificio cualquier aviendo algund ome viella o en otro logar poblado deuelo mantener y labrar de guisa que non se derribe por culpa o por pereza dél...»

Hasta mediados del siglo pasado ningún pueblo se preocupó de tales deberes.

(1) Requiere, sin embargo, análisis minucioso, por no ser todos los agujeros que existen «entras» de vigas de pisos de aquella época, lo que obliga a diferenciar y concretar previamente cuáles pudieran pertenecer a las obras de reforma realizadas con posterioridad.

(2) El decorado de la cámara de la reina presentaba — según dicen — una particularidad. Del techo, que era dorado, pendían innumerables cadenillas que en su extremo inferior tenían un fino disco de cobre. Esas cadenillas, al ser movidas por el viento, entrechocaban, produciendo una extraña armonía.

(3) «por una puerta para el Retrayt viejo de la cámara dorada»; «dos finiestras para la torre ochavada y una para el oratorio de la capilla dorada»; «por aparejar la puerta de la galería dorada». (Esta galería debió ser la que hoy conserva restos de atauriques mudéjares, que estarían policromados y dorados como correspondía a su estilo.)

En los anteriores, lo que se hacía era transformarlos con arreglo a los gustos de la época, como se hizo con muchos de los construídos en los siglos XIV y XV. Las comodidades y refinamientos surgidos a medida que las costumbres evolucionaban, obligaban a adaptar los edificios de la Edad Media, construídos con miras esencialmente defensivas, en residencias confortables. El sentido de la utilidad era entonces más fuerte que el respeto a la homogeneidad artística. Los grandes señores aprovechaban sus castillos para convertirlos en fincas de recreo, sin cuidarse mucho de conservar su estructura primitiva.

Aun hoy, en que la idea de la restauración está bien arraigada, su concepto varía extraordinariamente entre los teóricos y los empíricos. Hay quien sostiene que restaurar un edificio es volverlo a su primitivo estado, con toda su pureza de estilo, aunque para ello haya que emplear sistemas de construcción a todas luces defectuosos y deshacer obras ejecutadas en épocas posteriores, a pesar de que por su arte sean dignas de admiración, o merezcan ser conservadas porque revelen un sistema constructivo de positiva valía. Hay, por el contrario, quienes sostienen — y por fortuna son los más — que la restauración no está reñida con la conservación de esos cuerpos de edificios o elementos interesantes, en cuyo caso la obra del restaurador debe adaptarse a cada uno de ellos, empleando el estilo propio de las diversas épocas en que los trabajos fueron ejecutados.

Este es, a nuestro juicio, el criterio prudente, ya que los principios absolutos en esta materia pueden conducir en muchas ocasiones al error o la arbitrariedad. La tendencia que nosotros sustentamos es la generalmente seguida en España, Francia, Alemania, Inglaterra e Italia. Viollet-le-Duc, el gran restaurador francés del pasado siglo, a quien se deben interesantísimos estudios y obras tan importantes como la del castillo de Pierrefonds y Cite Carcassonnes, expone sutilmente su teoría de que restaurar un edificio es restablecerlo en un estado completo, que pudo, sin embargo, no ser el mismo en un momento dado.

La labor principal del arquitecto encargado de una restauración es, sin duda, la previa investigación de antecedentes, el estudio detenido del estilo, la sucesión cronológica de las reformas efectuadas, los sistemas de construcción, hasta poder llegar a las máximas concreciones de detalles y datos. Después de esta tarea concienzuda ha de hacer la disección minuciosa de las ruinas, con igual serenidad que el médico hace una autopsia, que, al fin, estos castillos y palacios sin vida no son sino cadáveres, cuyos secretos fisiológicos sólo puede descubrir la experta mano del facultativo (1).

Por lo que al palacio de Olite se refiere, no hemos encontrado ninguna modificación posterior a la época de Carlos III que por su valor artístico merezca conservarse. Todo lo que existe — a excepción de pequeños detalles (2) — es del siglo XV y anterior, por lo que nuestro estudio se ha limitado a restaurar cada una de sus partes en el estilo propio de su época.

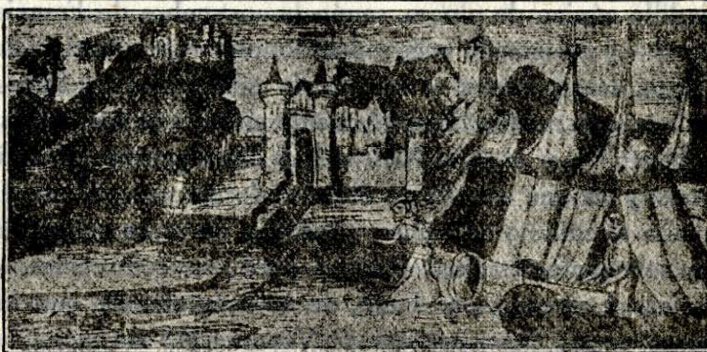
(1) El examen de los sistemas de construcción tiene para nosotros excepcional importancia, sobre todo los que se refieren a la Edad Media, ya que entonces todos los elementos eran actuantes, y al restaurar conviene, no sólo reproducirlos en el estilo, sino también en la estructura.

(2) De estos detalles hemos prescindido en nuestro trabajo por carecer de importancia artística e histórica.

Para la ejecución de nuestro trabajo hubiera sido un auxiliar poderoso alguna descripción de lo que fué el castillo en sus tiempos de esplendor; pero desgraciadamente, no existe ninguna, y ni en las cuentas conservadas con todo cuidado en el Archivo de Navarra, y mucho menos en las de las reparaciones efectuadas a partir del siglo XVI, hemos encontrado detalles suficientes.

La descripción del viajero alemán, sacada de un curioso manuscrito del siglo XV, hallado en el Museo Británico de Londres, nos habla del castillo de Olite; pero se ocupa tan ligeramente del palacio, que sólo puede deducirse de sus palabras que debía ser magnífico, cuando tal impresión hubo de causar en quien, seguramente, había visitado en Francia los más importantes de la época, como los de Coucy, Vincennes, Pierrefonds y Palacio Real de París (1).

Tal vez más intere-



Cleves. (6) El heraldo me hizo ver el palacio; seguro estoy que no hay rey que tenga palacio ni castillo mas hermoso, de tantas habitaciones doradas &. Vilo yo entonces bien; no se podria decir ni aun se podria siquiera imaginar cuan magnifico y suntuoso es dicho palacio.

Condujome el heraldo adonde estaba la Reina, la cual se hallaba a la sazón en el terrado del castillo, rodeada de sus doncellas solazandose y tomando el fresco debajo de un gran dosel. A su lado estaba el poderoso Conde de Fox, (6) con el cual habia estado yo antes. Arrodimilleme delante de la Reina; dijola el Conde que debia hablar aleman conmigo,

2.^a página del libro del viajero alemán.

(1) No obstante ser tan parco en detalles, el relato merece ser transcrito. La traducción, hecha por la Ilma. Sra. D.^a Emilia Gayangos de Riaño, hija del académico español D. Pascual, que fué quien encontró el manuscrito, la conocemos por un ejemplar — facilitado amablemente por D. José María Azcona — que dice así:

«Desde allí me fui al reino de Navarra, pasando por muchas poblaciones, en las que observé costumbres hartó raras. Hay en aquellas tierras pocas fuentes, y sus habitantes beben agua llovediza. Caminando, pues, por dicho reino, llegué a una buena ciudad llamada Olite, en la cual estaba el príncipe que por entonces era rey de Navarra (el príncipe de Viana), puesto que el reino entero le obedecía más que a su mismo padre (D. Juan II), el cual andaba siempre enemistado con su pueblo. Llévome un heraldo ante dicho príncipe o rey, el cual era muy joven; tratóme amistosamente; hizo lo que yo le pedí y mandó que me condujesen al aposento de su mujer, que era de nacimiento de la casa de Cleves. El heraldo me hizo ver el palacio; seguro estoy que no hay rey que tenga palacio ni castillo más hermoso, de tantas habitaciones doradas.

«Vilo yo entonces bien; no se podría decir ni aun se podría siquiera imaginar cuán magnífico y suntuoso es dicho palacio.

«Condujome el heraldo a donde estaba la reina, la cual se hallaba a la sazón en el terrado del castillo, rodeada de sus doncellas, solazándose y tomando el fresco debajo de un gran dosel. A su lado estaba el poderoso conde de Fox (casado con D.^a Leonor, hermana del príncipe de Viana), con el cual había estado yo antes.

«Arrodimilleme delante de la reina; dijola el conde que debía hablar alemán conmigo; pero a ella dióle vergüenza y no quiso. Insistió el conde diciéndome que debía así hacerlo, y entonces ella lo hizo oficialmente y como por ceremonia, de cuyos resultados el conde tuvo muchas bromas con ella, haciéndome saber, por medio de mi intérprete, que la reina deseaba que yo me despidiese de ella a la manera de mi tierra.

«Excusóse ella por vergüenza que la dió; pero el conde lo quiso así, y no cesó de divertirse y chancearse con la reina hasta

sante que ese relato sea para nuestros propósitos el grabado que figura encabezando la página que habla de Olite (1), porque, a pesar de la imperfección del dibujo, parece que quiere representar el palacio, y aunque, de seguro, no es un diseño fiel, revela que quiso recordar aquellos detalles más salientes de su silueta, como las torres y cubiertas de las mismas, por lo que vemos que éstas eran de tejadillo cónico de plomo, según la costumbre de Francia. Hay en el dibujo, a su derecha, y en tamaño más reducido, otra reproducción del mismo castillo-palacio. ¿Quiso, acaso, copiar el cuerpo de edificio de las torres de los Cuatro vientos y Atalaya, que resulta completamente aislado de los demás?

Hasta llegar al siglo XIX no hay descripciones ni noticias que pudieran orientarnos; y las que existen de dicho siglo carecen de interés, porque ya entonces se hallaba el edificio en ruinas, y los que de él se ocuparon lo vieron en un estado muy semejante al actual. De otra parte, las referencias no proceden de personas técnicas y carecen, por tanto, de la competencia que fuera de desear. Las que figuran en las *Descripciones de Navarra* (18 de junio de 1800), cuyo manuscrito se conserva en la Academia de la Historia, se deben, en lo referente a Olite, a los Sres. D. Justo y D. Carlos Martínez, sacerdote aquél. En ellas se dedica poca atención al palacio, del que dice el primero que mira a oriente y que es «de extraordinaria suntuosidad y magnificencia, con un jardín en su eminencia y nueve torres de orden gótico, muy elevadas, y paseos deliciosos de una a otra, de modo que por su fortaleza, bella arquitectura y delicados afiligranados que se advierten en ellas, se hace admirar de los curiosos».

El segundo da algunos más detalles, pues al hablar del palacio dice que «sus muros y torres son muy sólidos, terminando en terrados espaciosos adornados de almenas y de cenadores magníficos, con balcones volados cubiertos a manera de baldaquinos (2), decorados con columnas delicadas y con muchos calados y filigranas, y se elevan algunas torres que parecen destinadas para atalayas, sin más espacio interior que el de una escalera de caracol para poder subir al remate. Entre las piezas que formaban las habitaciones hay algunos patios muy enriquecidos de columnas delgadas, que constan de pequeños bocelos y filetes de adornos, ejecutados con todo el esmero y primor que cabe en la construcción. Los techos de los salones y gabinetes son dorados, con artesonados de madera, con adornos arabescos de mucha prolijidad, los cuales se han deteriorado, principalmente desde la última guerra (3), en que han padecido demasiados estragos, por la torpeza de los dependientes de almacén a que estuvo destinado este hermoso alcázar».

Esta descripción, si no todo lo completa que deseáramos, basta a dar idea de lo que era el castillo antes de ser incendiado en la segunda guerra con los france-

que, hincada la rodilla en tierra, la besé yo la mano según costumbre; fuíme después a sus doncellas, abracélas a todas, una después de otra, y besélas las manos, lo cual las disgustó sobremanera, más la reina quiso que así se hiciese.

»A la noche hubo danza, y la reina mandó por mí a mi posada para que asistiese; mas fué tal y tan fuerte la tempestad de lluvia y viento que se levantó, que, según entendí después, la fuerza del viento apagó las hachas.

»Después de esto seguí mi camino a caballo al gran reino de España, pasando por muchas y muy buenas poblaciones...»

(1) Véase la copia que se acompaña.

(2) Sin duda se refiere a la torre de los Cuatro vientos.

(3) Se refiere a la primera guerra con los franceses en 1794, en tiempos de Luis XVI y Carlos IV.

ses (la de la Independencia), por el general Espoz y Mina. Ella nos demuestra que existían entonces los artesonados, hoy desaparecidos por completo.

De la torre de los Cuatro vientos, la visión es bastante cabal, sin duda porque en aquellos días estaba bien conservada. En cuanto a las demás torres, la descripción nos revela que las antiguas cubiertas, más o menos peraltadas, forradas de plomo — que aparecen en las cuentas de que hicimos mención —, habían desaparecido, dando por eso la impresión de terrazas almenadas. Esto nada tiene de extraño, porque las necesidades de la guerra obligaron a fundir el plomo para hacer balas, y porque, según demuestra una real orden de 1718 (un siglo antes de la fecha de esas descripciones), por la que el virrey comunica a la Cámara de Comptos el deseo de que sean enajenados los palacios de Olite y Tafalla, era muy poca la estimación en que se tenía a ambos castillos.

En 1857 realizó un viaje arqueológico e histórico al antiguo reino de Navarra M. Cenac-Moncaut. La obra en que trata con gran detalle y competencia de los monumentos que visitó, es en extremo interesante. A los palacios de Olite y Tafalla y a la catedral de Pamplona dedicó mucha atención, aunque, por lo que afecta al primero, los detalles no son muchos, debido al estado ruinoso del castillo, que no debía ser muy diferente al de ahora. He aquí lo que dice:

«Al acercarse a la parte cercada que da al interior de la ciudad se observa una bella torre cuadrada (1) cubierta con una terraza y matacanes a diente de lobo; tiene una ventana ojival en el segundo piso, y le sobrepasa una torre de observación con una parte saliente de matacanes en su parte más elevada (2).»

Al hablar del recinto amurallado en el interior de la ciudad, dice que había unos torreoncillos cilíndricos en los ángulos provistos de ventanas treboladas (3).

Del castillo de Tafalla hace una relación muy completa, pues en la época en que lo visitó debía conservarse bastante, mientras que hoy ha desaparecido por completo. Cree Cenac-Moncaut que ese castillo era mansión de recreo, porque en él los jardines tenían gran importancia. Opina también que Carlos III *el Noble* no hizo más que embellecerlo en el interior y completarlo en los jardines.

La monografía de Iturralde y Suit, publicada, como dijimos, en 1870, es desde luego el estudio más completo que hasta esa fecha se había realizado; porque a su trabajo de investigador, muy estimable, unía grandes dotes artísticas, haciendo de su propia mano apuntes y acuarelas que tienen para nosotros la ventaja, como elementos de consulta, de poder apreciar en ellos ciertos detalles que hoy no existen.

Posteriormente se confeccionaron los planos del Sr. Lagarde, de los cuales ya hicimos mención, y que acompañaron al informe del marqués de Monsalud al solicitar que las ruinas del castillo de Olite se declararan monumento nacional. Aunque se hicieron ligeramente, tienen los suficientes datos para formarse idea de cómo estaba en aquella época. Por ellos puede apreciarse la existencia de algunos

(1) Se refiere a la de la Atalaya.

(2) Esta torre ha variado muy poco, pues todo lo que menciona Cenac-Moncaut se ve hoy perfectamente.

(3) Estos torreoncillos han desaparecido ya, pero se conservan todavía las repisas en que estaban colocados.

muros que han desaparecido totalmente, lo cual puede auxiliarnos en nuestra labor.

Don Pedro de Madrazo, en su obra *Navarra y Logroño*, se ocupa con bastante extensión de los palacios de Olite y Tafalla. Del primero no aporta ningún dato nuevo sobre los mencionados por Iturralde, y en lo que se refiere al segundo, su descripción resulta interesante por cuanto lo visitó cuando se conservaban bastantes restos, que hoy han desaparecido totalmente. Los fotograbados que acompaña tienen interés como elemento de consulta y para establecer cierta comparación con otros detalles análogos que hay en el de Olite.

A. Brutails, con motivo del IX Congreso Arqueológico celebrado en 1889 en Dax y Bayona, al hablar de la visita que hicieron a Pamplona y Olite, se ocupa aunque muy someramente, del palacio, sin que mencione dato alguno de interés (1).

El entusiasta y docto miembro de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra D. Julio Altadill, en su *Geografía del País Vasco-Navarro*, también habla del palacio de Olite; pero siendo otros los fines de su obra que los nuestros, se limita a hacer una ligera descripción de él.

El último que hubo de ocuparse con verdadera competencia de estas gloriosas ruinas fué el insigne autor de *La Arquitectura civil en España*, D. Vicente Lampérez y Romea, cuyo recuerdo será siempre tan grato para cuantos fuimos sus discípulos. El ilustre profesor, que hizo tan admirable exégesis de la arquitectura árabe, y cuya autoridad en estas materias es de todos reconocida, concede, como nosotros, gran importancia a la participación de los artistas musulmanes de Zaragoza y Tudela en la construcción del palacio de Olite (2).

Recogidos estos antecedentes, podríamos afirmar, coincidiendo con Iturralde, que no existen más referencias que las transcritas. Por nuestra parte, no hemos omitido medio alguno para investigar en todos aquellos lugares donde creímos hallar fuentes informativas. Justo es consignar, sin embargo, que nuestra labor tuvo que hacerse, por lo perentorio del plazo, sin la debida calma, supliendo con la voluntad y el tesón y hasta con el sacrificio del descanso corporal, la falta de tiempo para rebuscas más minuciosas. Ni en la Academia de la Historia, ni en la Biblioteca Nacional, ni en el Depósito de la Guerra (3), hemos hallado algo que ofreciera interés. No tenemos la pretensión de asegurar que no lo haya, como tampoco nos atreveríamos a negar que, con un examen más detenido de todo lo que referente a Olite se conserva en el Archivo de Navarra, pudiera encontrarse. Con esta salvedad, que nos pone a cubierto de toda jactancia, creemos en conciencia que nuestra investigación, por lo que a España se refiere, es bastante completa, como

(1) Su trabajo está ilustrado con la reproducción de un apunte del natural de la fachada exterior, hecho sin duda por algún congresista, pero que nada nuevo nos revela.

(2) Si la bibliografía no es, como queda demostrado, muy extensa, el material gráfico es todavía menos numeroso. En la Cámara de Comptos existen algunas fotografías de las más antiguas, pero que no aportan nueva luz a nuestra investigación por haber sido hechas cuando el palacio se hallaba en un estado muy semejante al actual, salvo alguna torre, como la de Cuatro vientos, que se conservaba algo mejor que ahora. Tenemos noticia de un dibujo o croquis de la fachada exterior, el cual, por su antigüedad (principios del siglo pasado) pudiera servirnos para apreciar algunos detalles que hoy no existen. Desgraciadamente ha desaparecido, suponiéndose que fué quemado entre varios documentos y dibujos al fallecer D. Florencio de Ansoleaga, arquitecto que fué de la Exema. Diputación de Navarra.

(3) Allí hemos visto un plano del castillo de Tiebas, pero no hemos encontrado dato alguno referente a Olite.

creemos también que, quizás en París, dedicándose pacientemente a examinar la documentación de sus archivos y bibliotecas, podría encontrarse algo — como ocurrió en el Museo Británico, de Londres, con el manuscrito hallado por el Sr. Gyangos — que aportara, si no detalles directos, al menos relacionados con el palacio de Olite. En nuestra excursión a Francia no tuvimos tiempo de intentar esa búsqueda de datos. Tal vez en la obra de Guillebert de Metz — *Descripción de la villa de París en el siglo XV* — que trata del palacio del Rey de Navarra en París (1), hallaríamos fundamento para lógicas deducciones o para afirmarnos en algunas otras. En la imposibilidad de hacerlo ahora, cúmplenos decir que no desistimos de una investigación ulterior, ya que, ajeno a este intento de restaurar lo que fué residencia de nuestros reyes, todo lo que con Navarra se relaciona tiene para nosotros interés extraordinario y estimula nuestra curiosidad.

* * *



UESTIÓN capital para nuestro amor propio facultativo era el estudio del estilo arquitectónico del palacio. Por eso, después de haber definido su estructura esencialmente francesa, decidimos visitar cuantos edificios de la vecina república pudieran servirnos de orientación.

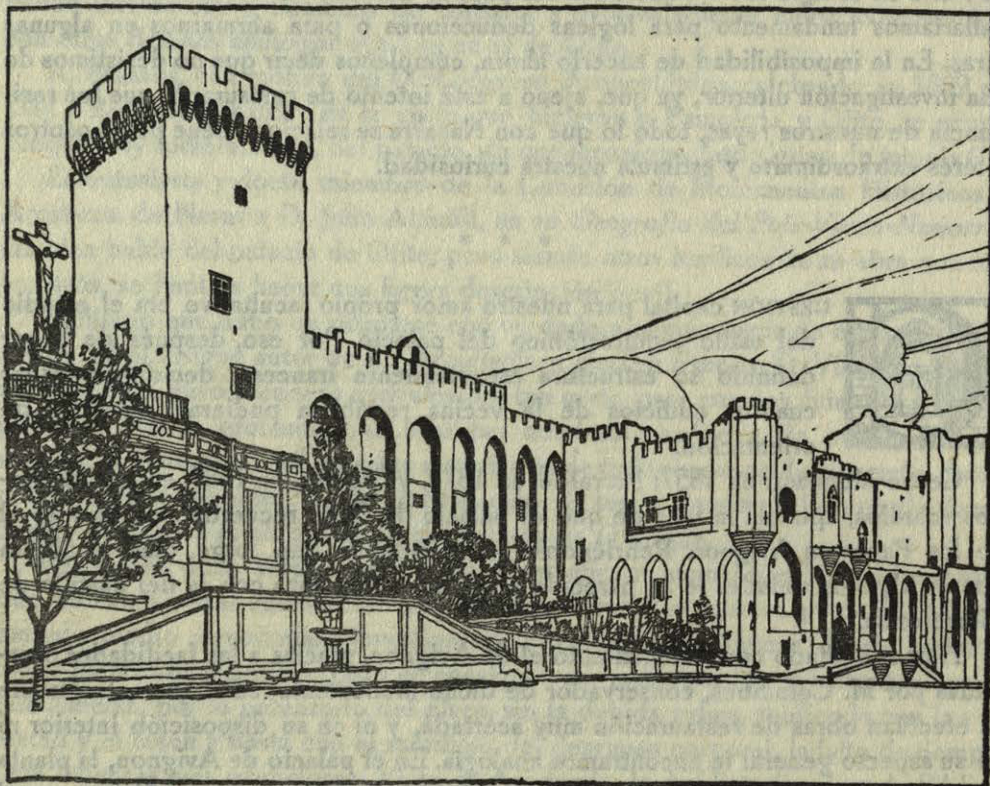
Cenac-Moncaut, en 1857; Iturralde, en 1870, y Brutails, en 1889, en sus ya citados estudios, apuntan la idea de que el palacio de Olite recuerda ligeramente al de los Papas en Avignon. Refiriéndose a la capilla de San Jorge, dice el último que en algunos detalles le ha parecido encontrar semejanza con la del castillo de Pierrefonds.

Hemos visitado con detenimiento el de Avignon, gracias a las facilidades otorgadas por M. Colombes, conservador de dicho monumento, en el que actualmente se efectúan obras de restauración muy acertada, y ni en su disposición interior ni en su aspecto general le encontramos analogía. En el palacio de Avignon, la planta es más regular y las fachadas no tienen el movimiento que las de Olite; por el contrario, forman una masa de grandes lienzos planos y pocas torres, que son cuadradas y de gran superficie. Hay un detalle que puede dar esa ligera semejanza que se le atribuye, y es la continuidad de los matacanes sobre grandes arcos ojivales, que recuerdan aquellos del palacio de Olite que servían para sustentación del jardín del Cenador. Los perfiles de las molduras y algunas ventanas también parecen recordar lo de Olite. Una de las galerías de paso tiene asimismo semejanza con la de Santa María de Ujué. Dada la influencia ejercida en Francia y Navarra por los Papas, y el haber residido en Avignon casi un siglo, nada de particular tiene que su palacio influyera en estos de su misma época.

En cuanto al castillo de Pierrefonds — construido por el duque de Orleans a principios del siglo XV y restaurado en tiempos de Napoleón III por Viollet-le-Duc — en su disposición interior y en su aspecto general se diferencia notable-

(3) Obra que en España no hemos podido consultar y que existe en la Biblioteca Nacional de la capital francesa.

mente del de Olite, a pesar de ser de la misma época y de seguro conocido por Carlos III por su intervención en las diferencias de las casas de Borgoña y Orleans. Sus torres circulares recuerdan muy vagamente a la de las Tres coronas, y es uno de los castillos de aquel tiempo en que la adaptación de los medios de defensa a los sistemas constructivos llegaron a la mayor perfección. En su disposición interna tiene, como todos los de entonces, cierta semejanza en la agrupación de sus



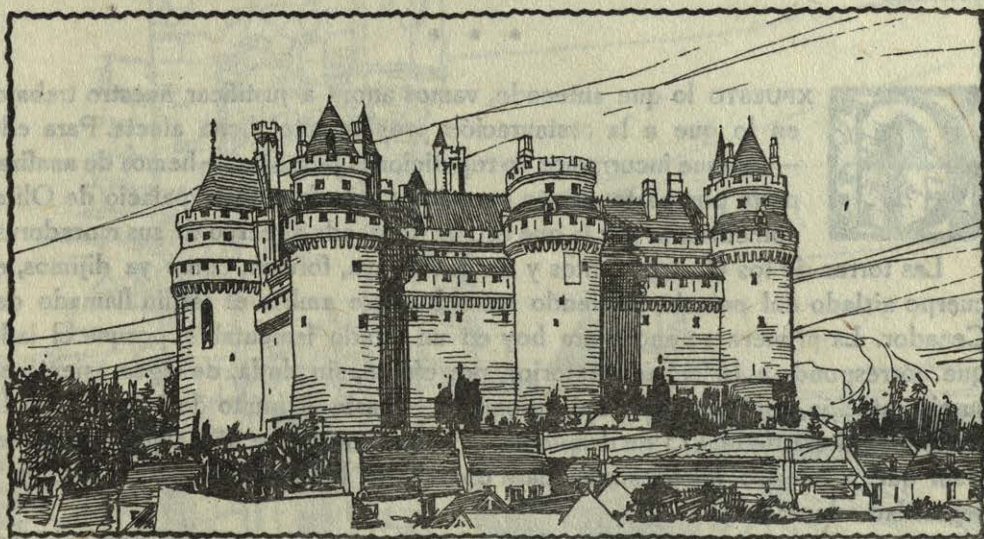
Palacio de los Papas en Avignon (Francia). (Siglo XIV.)

dependencias (1). En cuanto al parecido que quiso ver Brutails entre su capilla y la de San Jorge, no lo hemos encontrado ni en su conjunto ni en el detalle. Aquella es de grandes proporciones y un solo piso, con bóvedas y hermosos ventanales, en tanto que la de Olite era de planta irregular y sus pisos eran dos. Faltan vestigios por los que se pueda deducir que tenía bóvedas, y esto, unido a sus pequeños ventanales, nos demuestra que, aunque muy rica en pinturas y artesonados, no era comparable arquitectónicamente en su interior ni en su exterior a la del castillo de Pierrefonds, ni mucho menos a la Santa Capilla de París, obra maestra de Pierre de Montereau, digno intérprete y feliz ejecutor del pensamiento de San Luis, rey de Francia.

(1) Las cámaras del señor y demás habitaciones privadas, en la gran torre; la capilla, independiente, pero con acceso de dichas cámaras; está aparte la gran sala, y debajo, la de guardias; y el patio de armas, que en este edificio tiene importancia grande.

Evreux, de tantos recuerdos históricos para Navarra, no podía dejar de ser visitada por nosotros. Los edificios que de aquella época se conservan son: la catedral, reconstruida a fines del siglo XIV, por Carlos V de Francia, y el más bello monumento que la ciudad tiene; el Palacio Episcopal, inmediato a ella, de mediados del siglo XV y acertadamente restaurado en 1876; y la torre del Reloj, edificada sobre la base de una gran torre, que pudo haber pertenecido al castillo que, además del de Navarra construido por los abuelos de Carlos III *el Noble*, existía en tal lugar. Todos son modelos de la arquitectura gótica francesa de aquel tiempo (1).

Del palacio que fuera residencia de D.^a Juana y D. Felipe d'Evreux, no queda, como ya dijimos, sino la columna que lo recuerda. No muy lejos está la pequeña



Castillo de Pierrefonds (Francia). (Siglo XV.)

aldea de Navarra, con su plaza e iglesia de ese nombre, que a tanta distancia del país natal suena siempre con emotividad halagadora. Aun con la certidumbre de que no habríamos de encontrar datos que pudieran sernos provechosos, no quisimos dejar de visitarla, porque sobre nuestro espíritu ejercía una gran atracción aldea que así evocaba las pretéritas grandezas de nuestro reino.

No fuimos más afortunados en el hallazgo de detalles en lo restante de nuestra excursión. Ni en París, donde ha desaparecido el primitivo Palacio Real — reemplazado hoy por el Palacio de Justicia — y del que no queda más que la hermosísima Santa Capilla, admirable construcción gótica del siglo XIII, y las torres del Reloj, de César, de la Plata y de San Luis, únicos restos que al exterior nos dan una idea de lo que fué la morada de los reyes franceses en el siglo XV; ni en el

(1) A título de curiosidad, por tratarse de un monarca navarro, mencionaremos las hermosas vidrieras, de los siglos XIV y XV, del ábside de la catedral. Entre los varios personajes representados en ellas está Carlos II *el Malo* en actitud orante, siendo inconfundible por ostentar en la cota, a la altura del pecho, las armas de Navarra y Champagne. Este escudo se repite, como elemento decorativo y combinado con simples tracerías, en las vidrieras del triforium.

hermoso castillo de Coucy, construido por Enguerrand III a mediados del siglo XIII, y en el que seguramente fué inspirado el de Pierrefonds; ni en Carcassonne, con su admirable ciudad fortificada, el más completo ejemplo que se conoce de este género de edificaciones, hemos encontrado nada que pueda relacionarse directamente con el palacio de Olite, aunque sí nos han servido para formar cabal juicio de la arquitectura francesa de esa época en sus diversas regiones (1). Sin embargo, esta falta de relación directa no debe parecer cosa extraña, si se tiene en cuenta que el castillo de Olite llegó a su estado definitivo del siglo XV por modificaciones sucesivas, y que hasta el mismo Carlos III, que, como se sabe, ejecutó las obras más importantes, se amoldó a lo existente, siendo de creer que en las de nueva construcción recogiera impresiones, no de uno solo, sino de cuantos edificios conocía.

* * *



EXPUESTO lo que antecede, vamos ahora a justificar nuestro trabajo, en lo que a la restauración propiamente dicha afecta. Para ello — aunque incurramos en repeticiones fatigosas — hemos de analizar parte por parte cuanto constituye actualmente el palacio de Olite, comenzando por la que estaba destinada a recreo de sus moradores.

Las torres de los Cuatro vientos y de la Atalaya, forman, como ya dijimos, el cuerpo aislado del palacio, habiendo existido entre ambas el jardín llamado del Cenador. La primera se encuentra hoy en un estado lamentable, porque el lado que corresponde a la fachada exterior, por efecto, sin duda, de algún asiento en su cimentación, está sumamente desplomado — hasta el punto de que en 12 ó 14 metros de altura tiene 0,75 de desplome — lo que constituye un peligro constante, y sin que, a nuestro juicio, sirvan para contenerlo las medidas de precaución y seguridad adoptadas.

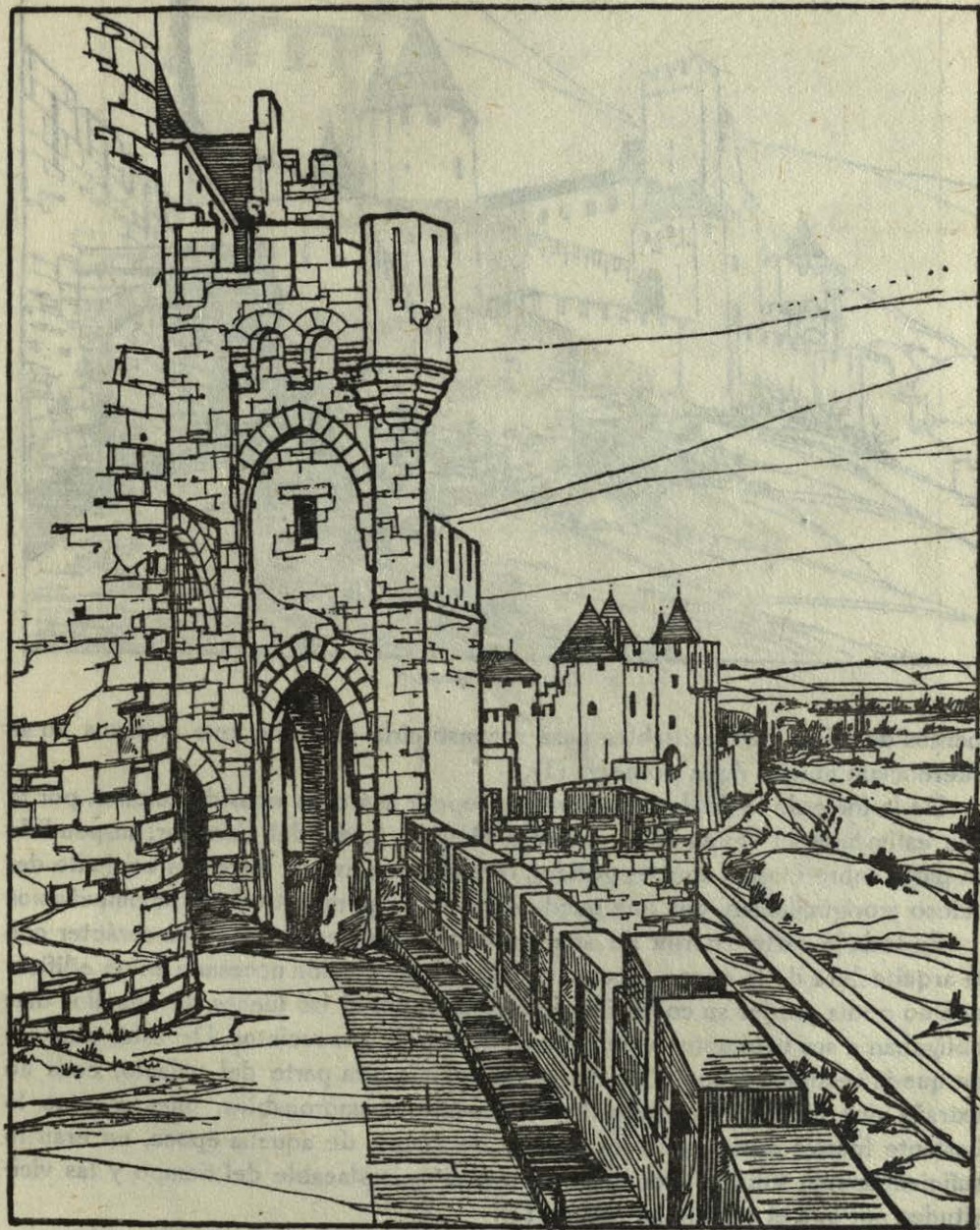
No obstante, esta torre tiene todavía elementos suficientes para definir lo que fué. De los cuatro miradores volados de que habla Cenac-Moncaut (2), se conservan los arranques de los arcos que formaban la arquería calada sustentada por finas columnas, que, a su vez, se apoyaban en los ángulos de la repisa. De sus cubiertas, que eran de plomo (3), existen aún en la sillería las ranuras donde se ajustaba este material para evitar filtraciones de agua, y por ellas se deduce la inclinación que aquéllas tenían. Su parte alta estaba almenada sobre matacanes simulados, de los que hoy quedan restos en la torre adosada que aloja la escalera, torre cuya cubierta debió ser también de plomo y muy rebajada.

Hay algunas fotografías en la Cámara de Comptos que la reproducen en mejor estado que el actual. Con ellas y algunos apuntes de Iturralde, que nos han servido para completar la parte de la escalinata posterior, creemos haber tenido los ele-

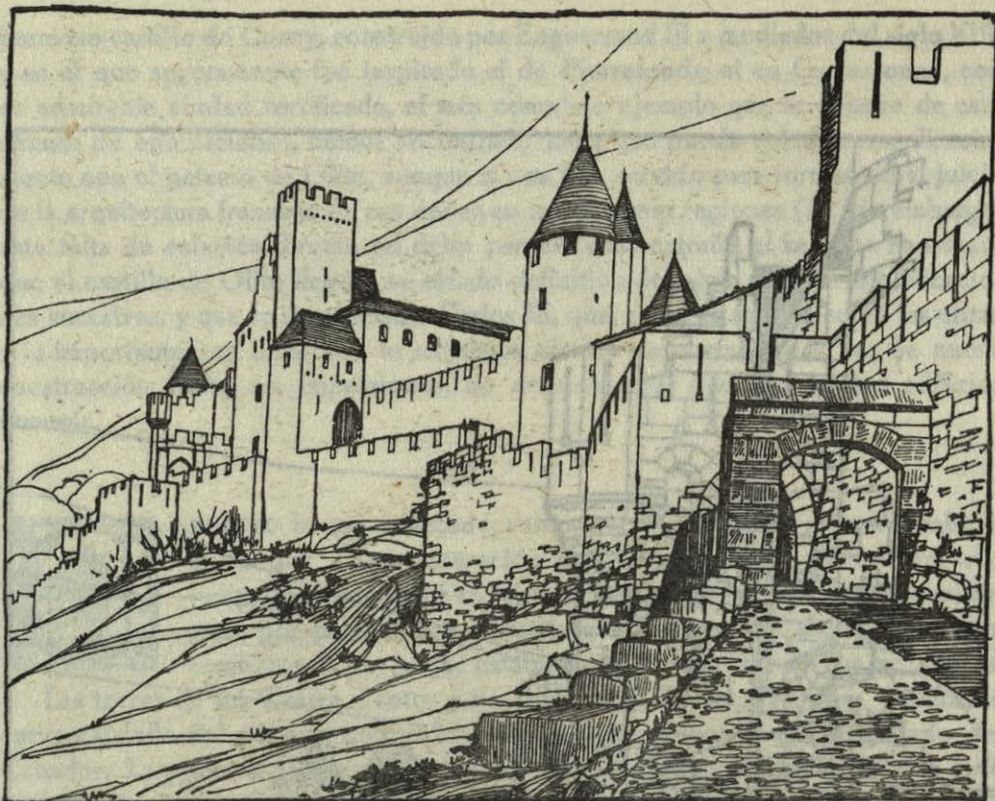
(1) Cherebourg, la importantísima plaza fortificada de la Normandía, que perteneció a Navarra, hasta que Carlos III la cedió con el condado de Evreux a cambio del ducado de Nemours, de seguro tendrá recuerdos y edificios de la época, pero nos fué imposible visitarla, por el escaso tiempo de que disponíamos para nuestra excursión.

(2) Aun existen vecinos de Olite, de edad avanzada, que los recuerdan.

(3) Entre las cuentas de reparos hechos en el siglo XVI, hay una que habla «del plomo que se quitó de los chapiteles de la torre de los Cuatro vientos».



Ciudad fortificada de Carcassonne (Francia).



Carcassonne (Francia).

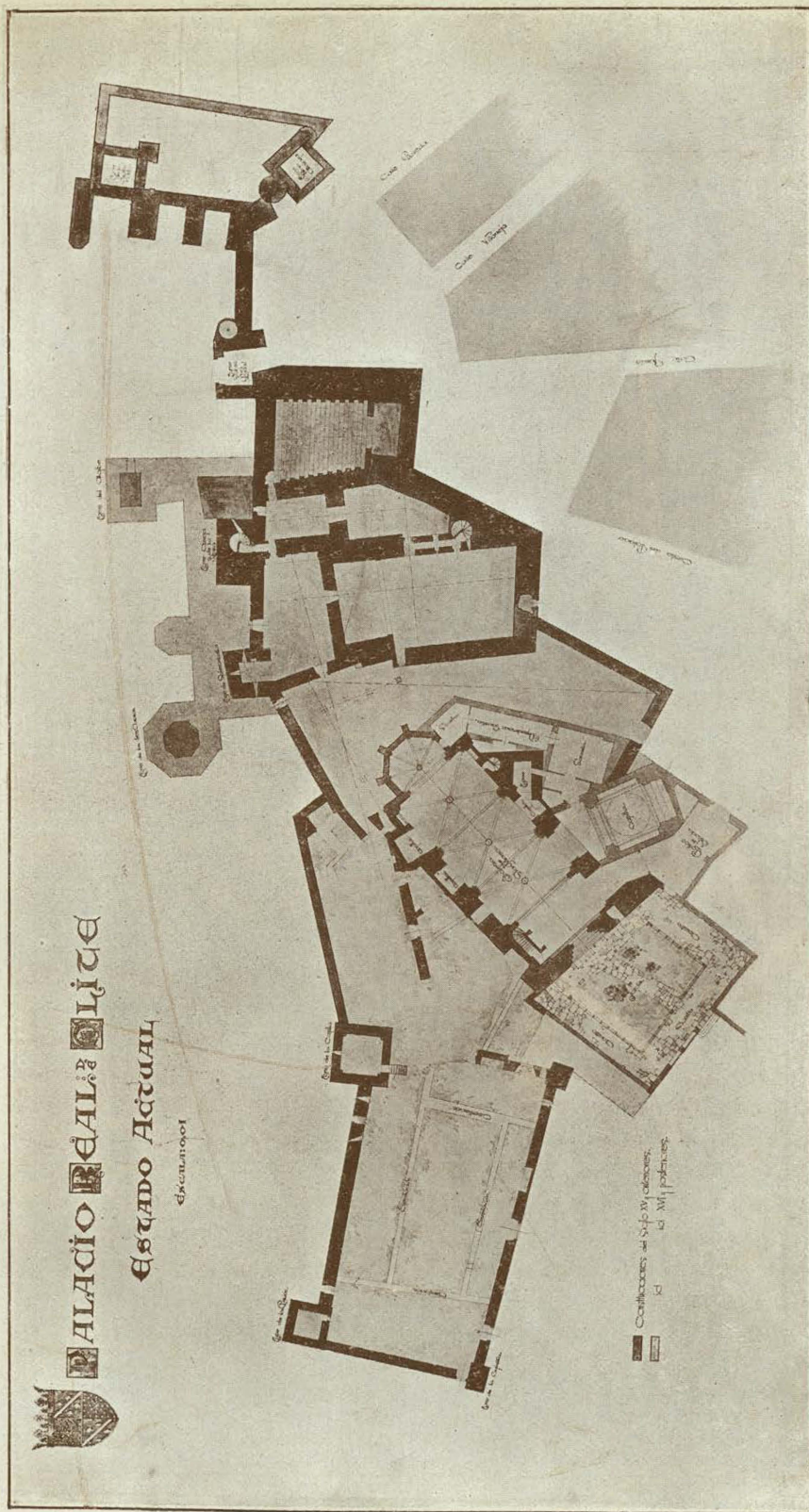
mentos de juicio indispensables para reconstituirla en forma que creemos no se diferenciará mucho de la primitiva (1).

De la torre de la Atalaya pudiéramos repetir análogas consideraciones, por lo que estimamos su restauración empresa fácil. El jardín del Cenador, suspendido en parte sobre fuertes arcadas góticas, formaba con ambas torres un conjunto delicioso y originalísimo, del que puede dar idea la perspectiva que acompañamos

En toda la parte exterior llevaría, sin duda, un almenado, muy en carácter con la arquitectura de la época, y como medida de precaución necesaria en un edificio que no podía perder su condición de fortaleza, por si las luchas de aquellos días obligaban a sus habitantes a defenderse dentro de sus recintos. De estas almenas no queda vestigio alguno ni en esa ni en ninguna otra parte del palacio, cosa no extraña por tratarse de elementos fácilmente desmoronables, pues aunque lo bastante fuertes para resistir los medios de ataque de aquella época, no eran lo suficientemente sólidos para aguantar la acción implacable del tiempo y las vicisitudes por que el castillo ha pasado (2).

(1) Madrazo, en su obra *Navarra y Logroño*, y el Rvdo. P. José Beltrán, en su *Historia completa y documentada de la ciudad de Tafalla*, al describir el palacio de dicha ciudad, hablan del mirador de la reina, y acompañan un dibujo de su estructura, que seguramente tendría mucha semejanza con el de Olite.

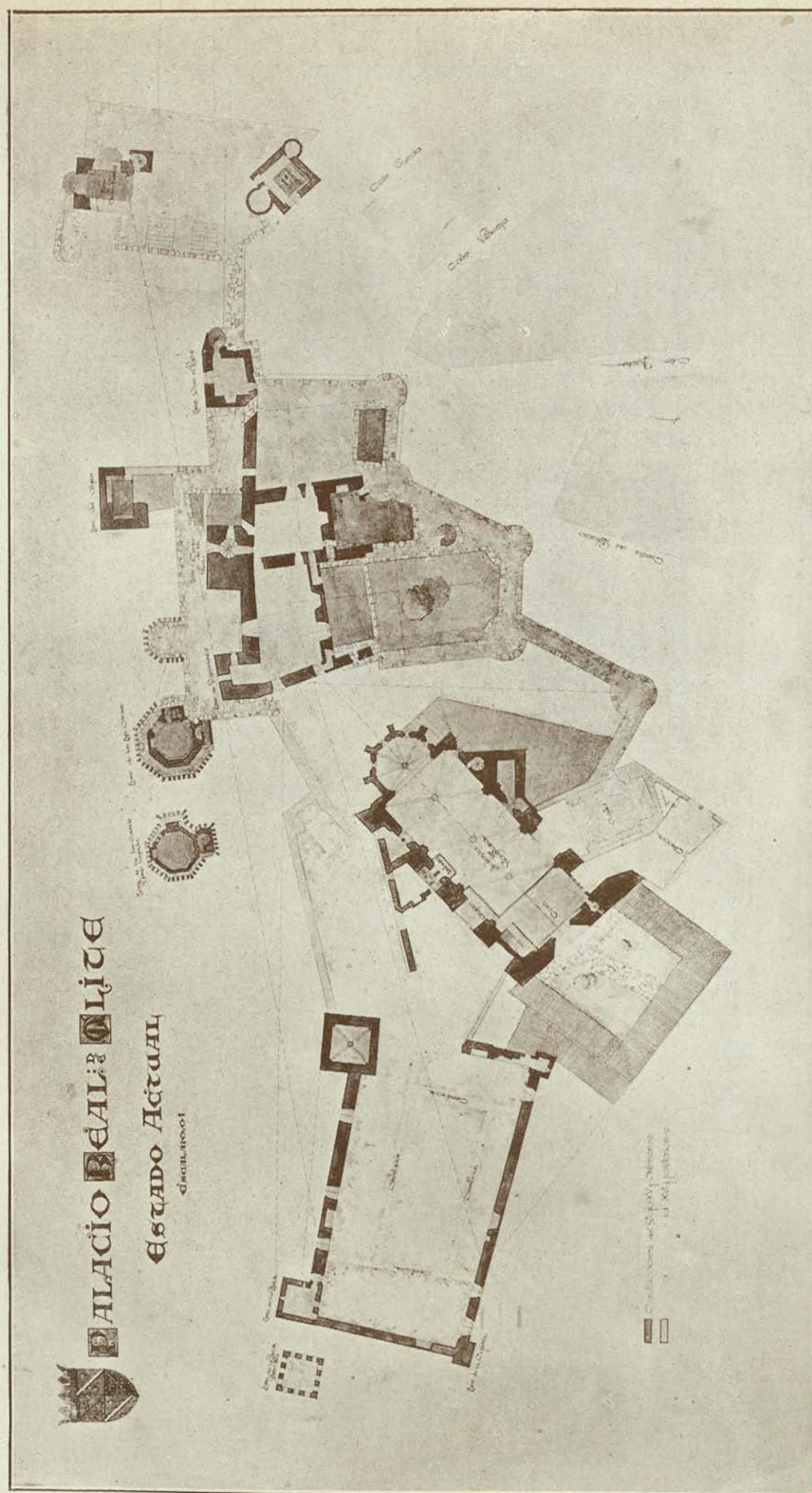
(2) De que, en general, existían, dan testimonio las descripciones de principios del siglo XIX, ya mencionadas, y también las de Iturralde, quien tal vez alcanzara a ver algunas.



PLANTA BAJA. — ESTADO ACTUAL.

Fot. Liadó.

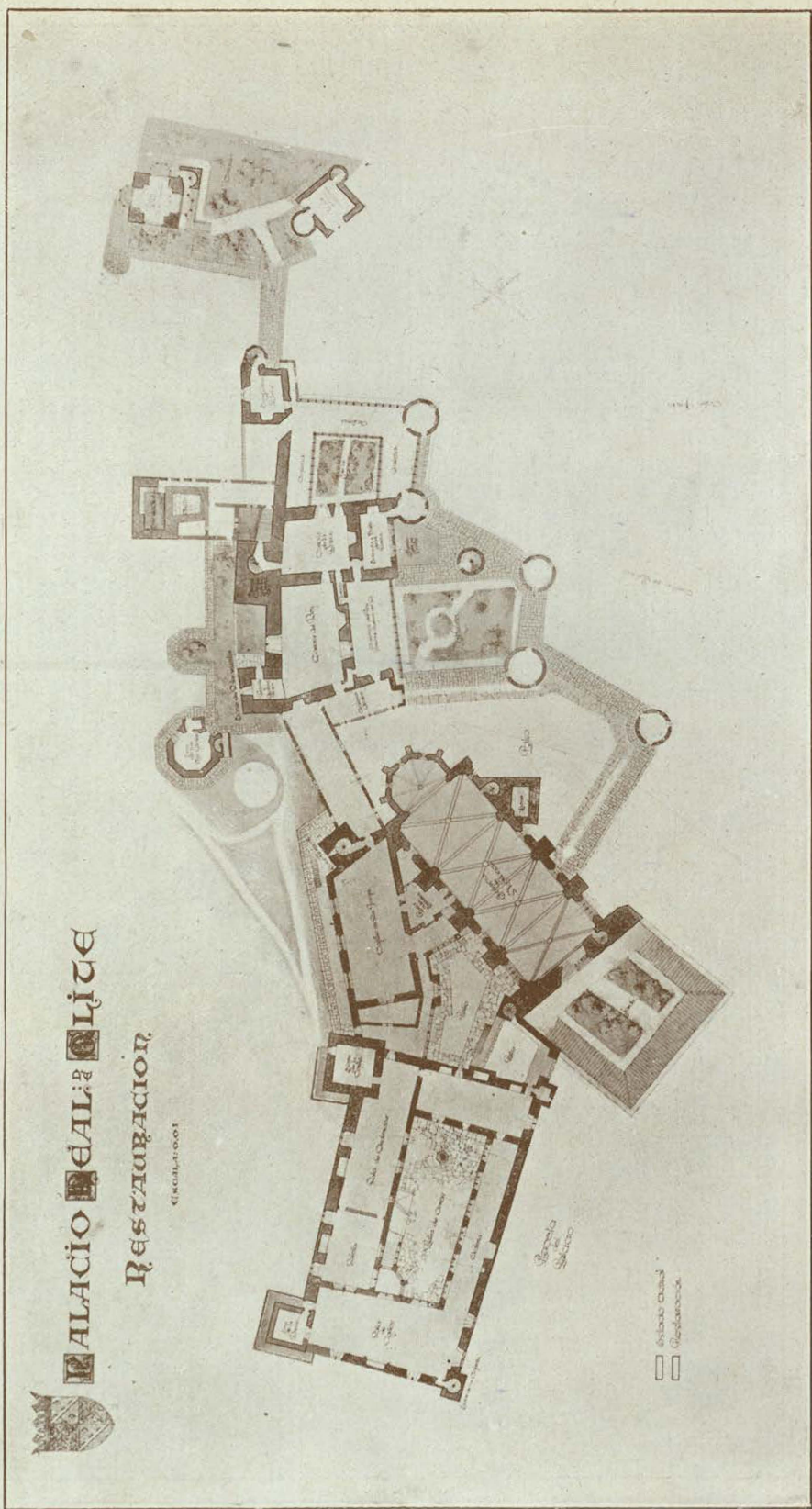




PLANTA PRINCIPAL. — ESTADO ACTUAL.

Fot. Lladó.

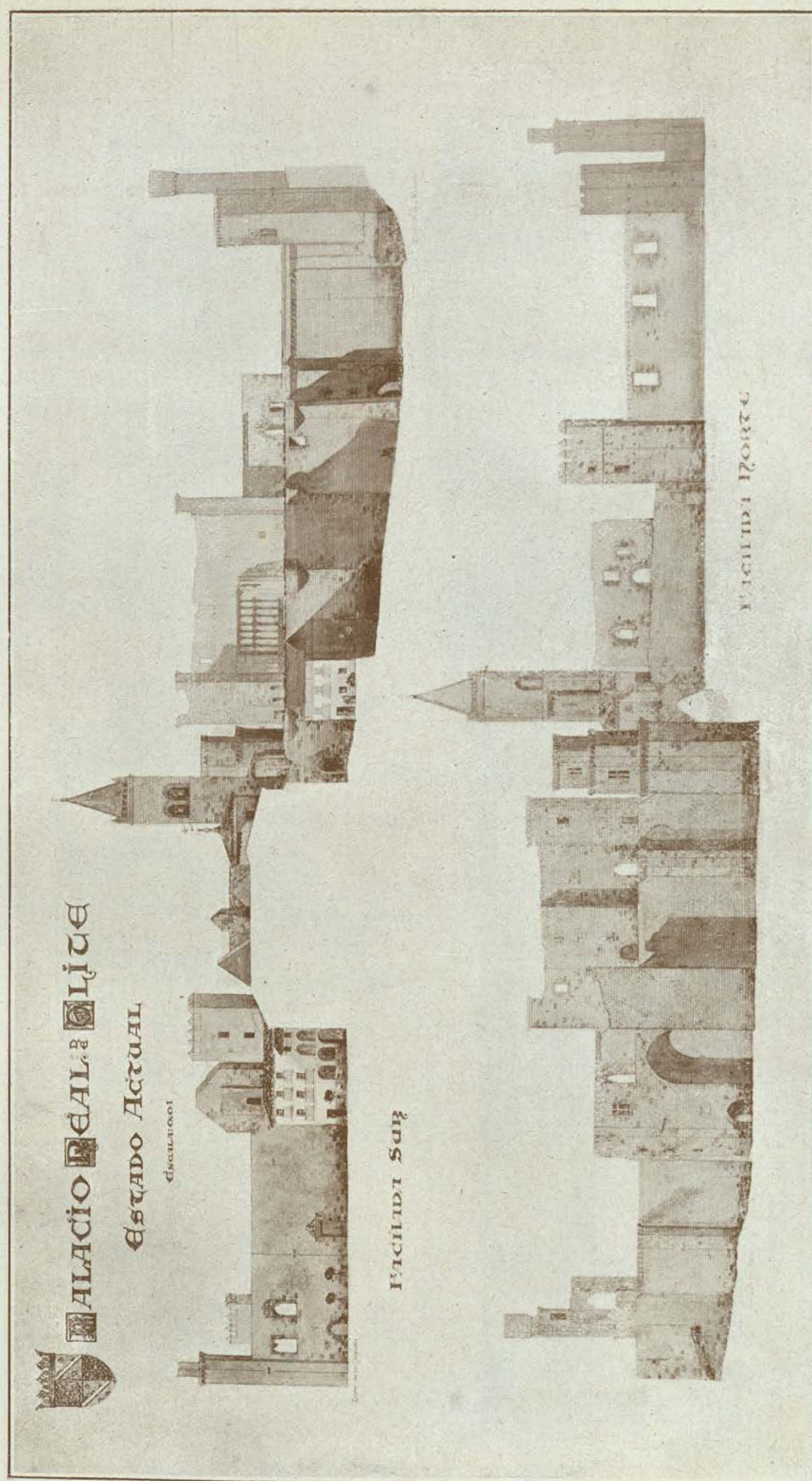




PLANTA PRINCIPAL. — RESTAURACIÓN.

Fot. Liadó.

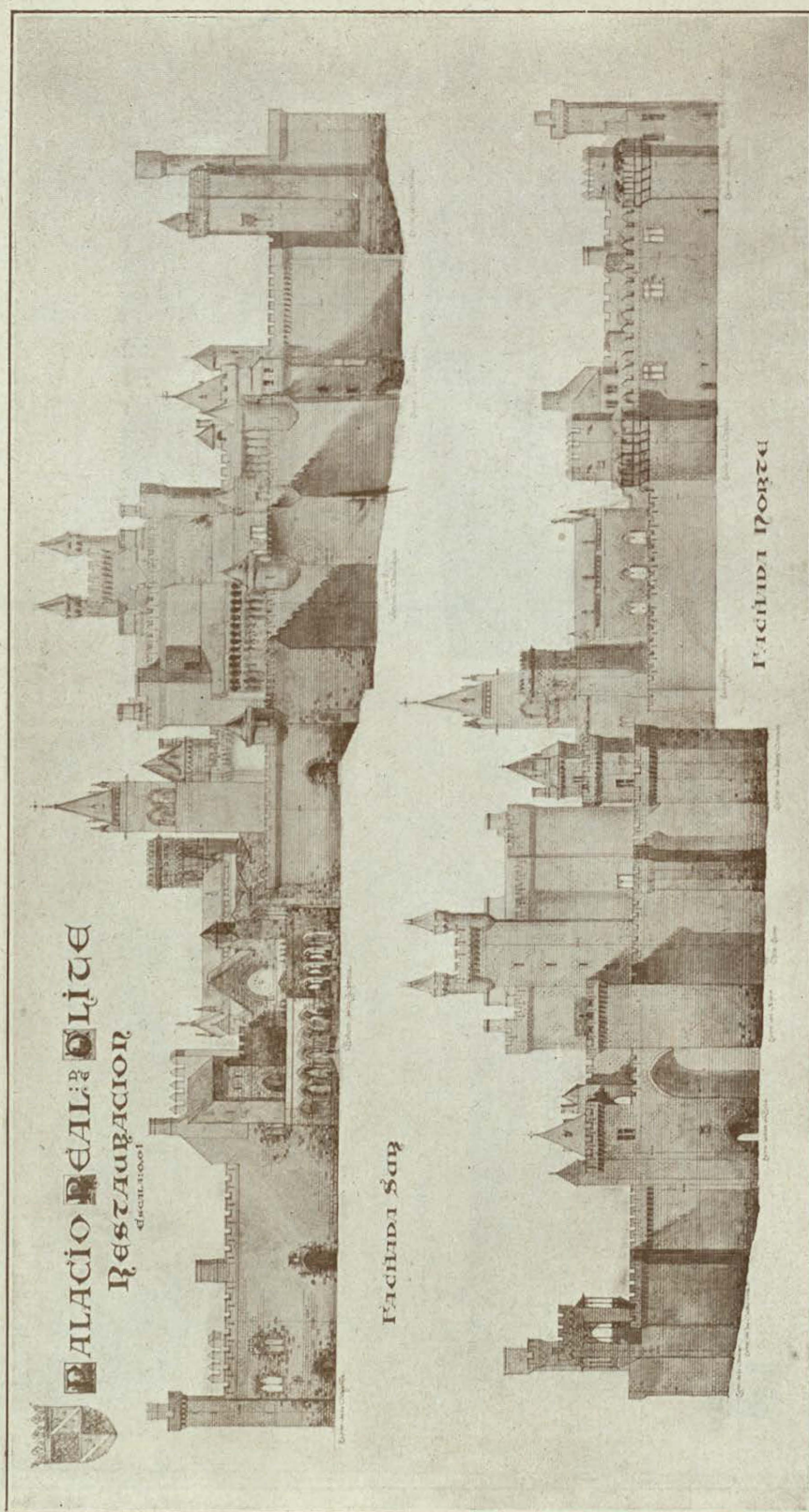




FACHADAS NORTE Y SUR. — ESTADO ACTUAL.

Fot. Lladó.



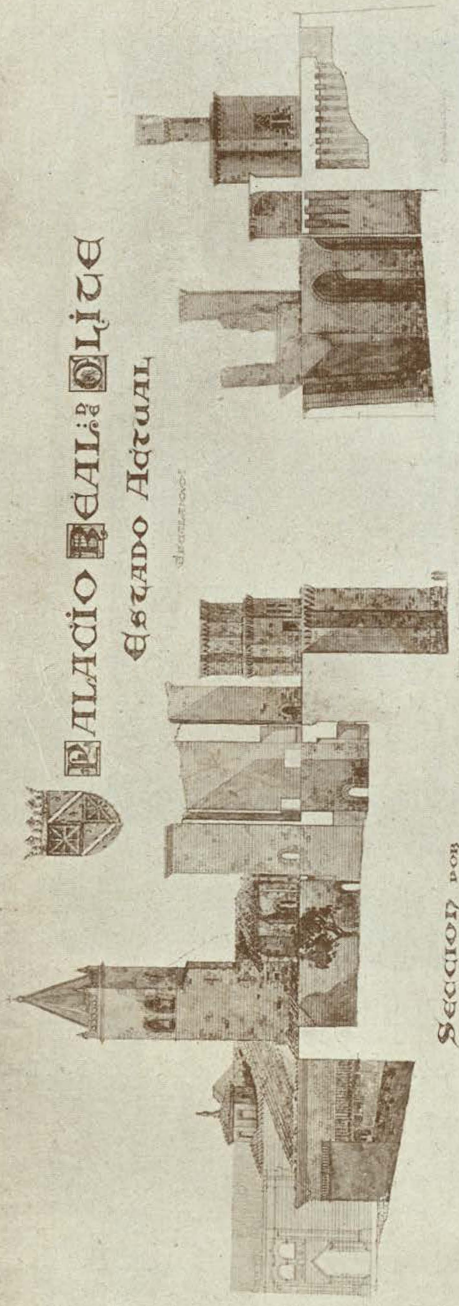


FACHADAS NORTE Y SUR. — RESTAURACIÓN.

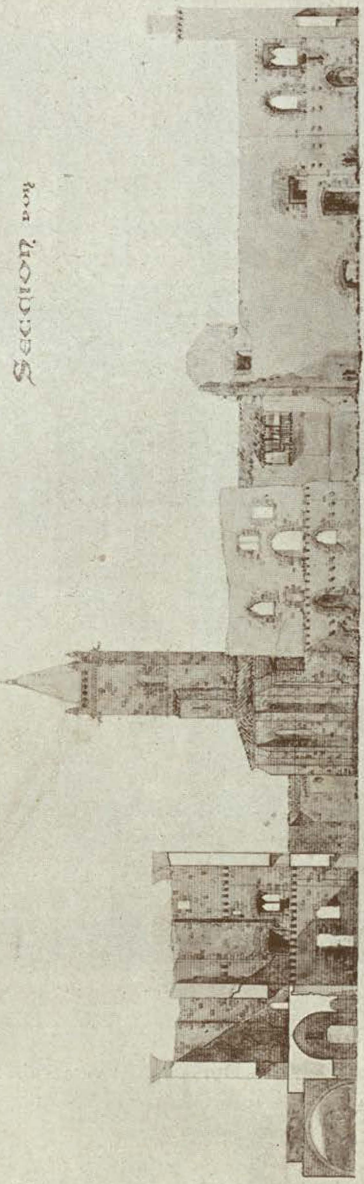
Fot. Lladó.




PALACIO REAL DE OLIVERA
ESTADO ACTUAL



SECCION por



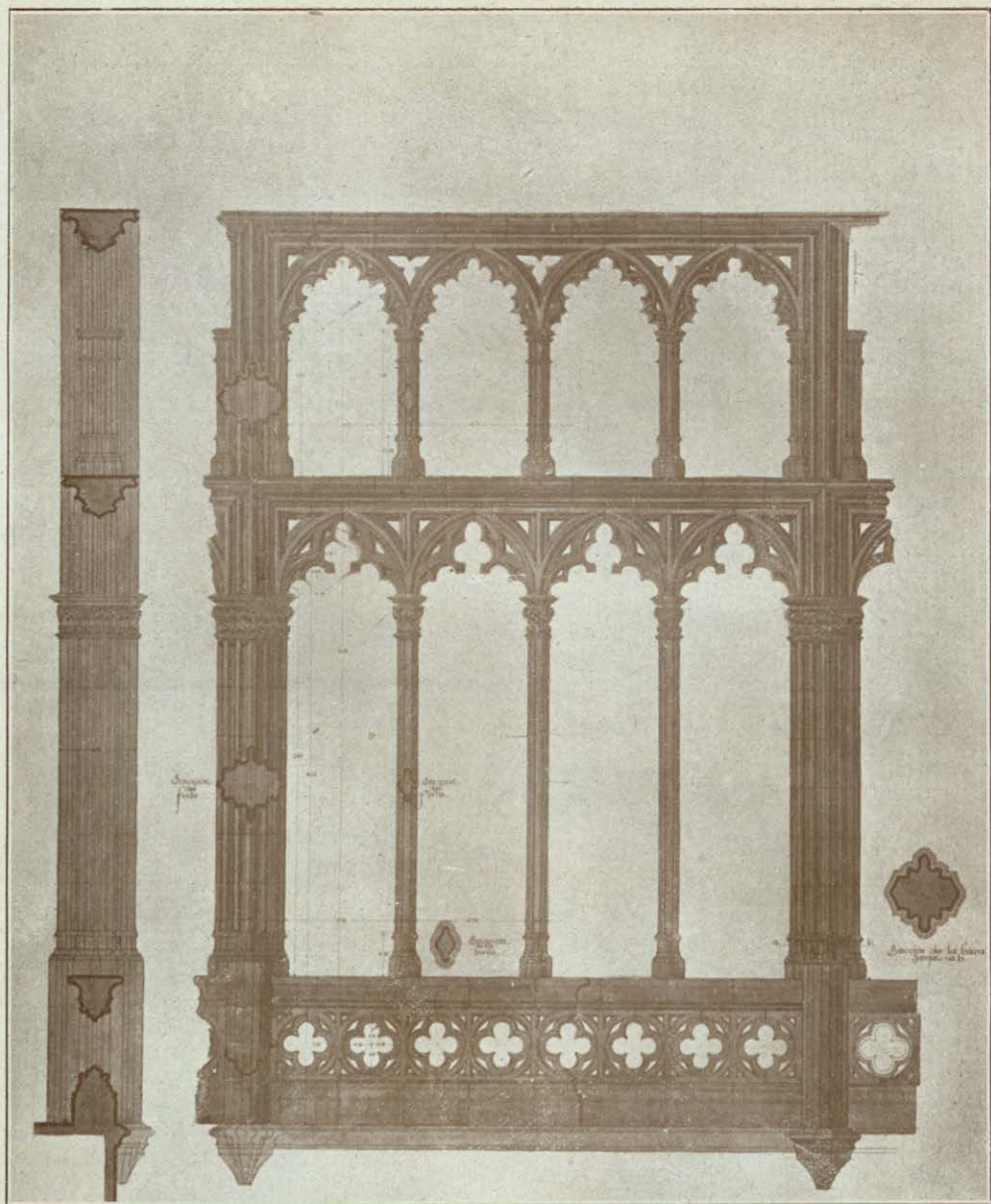
SECCION por

SECCION

SECCION por

SECCIONES. — ESTADO ACTUAL.

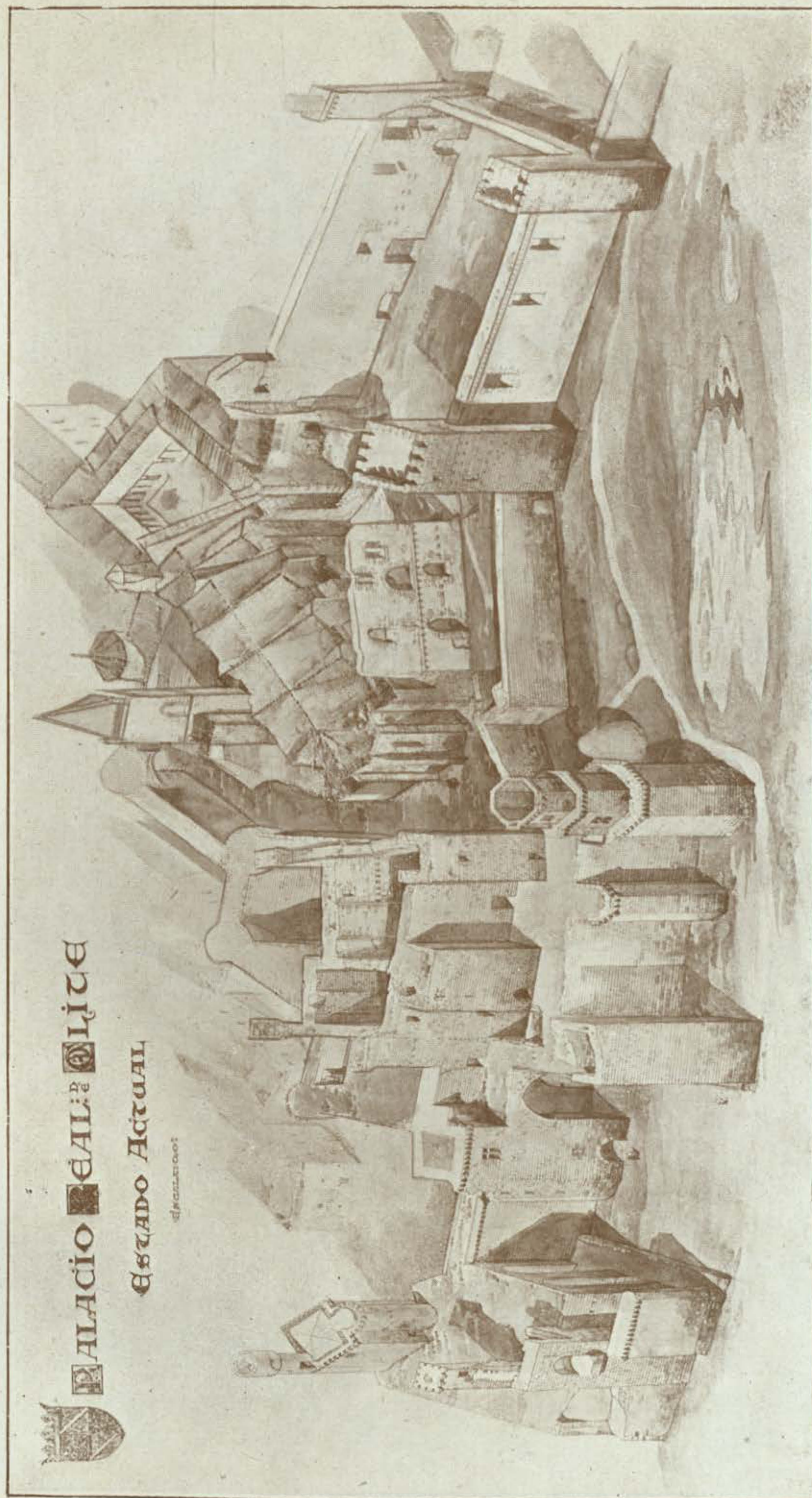
Fot. Liadó.



CASTILLO DE OLITE. — DETALLE DE LA GALERÍA DEL REY.

Fot. Lladó.





PERSPECTIVA NORTE-SUR. — ESTADO ACTUAL.

Fot. Lladó.





REAL ACADEMIA DE LA LINGÜA
RESTAURACION

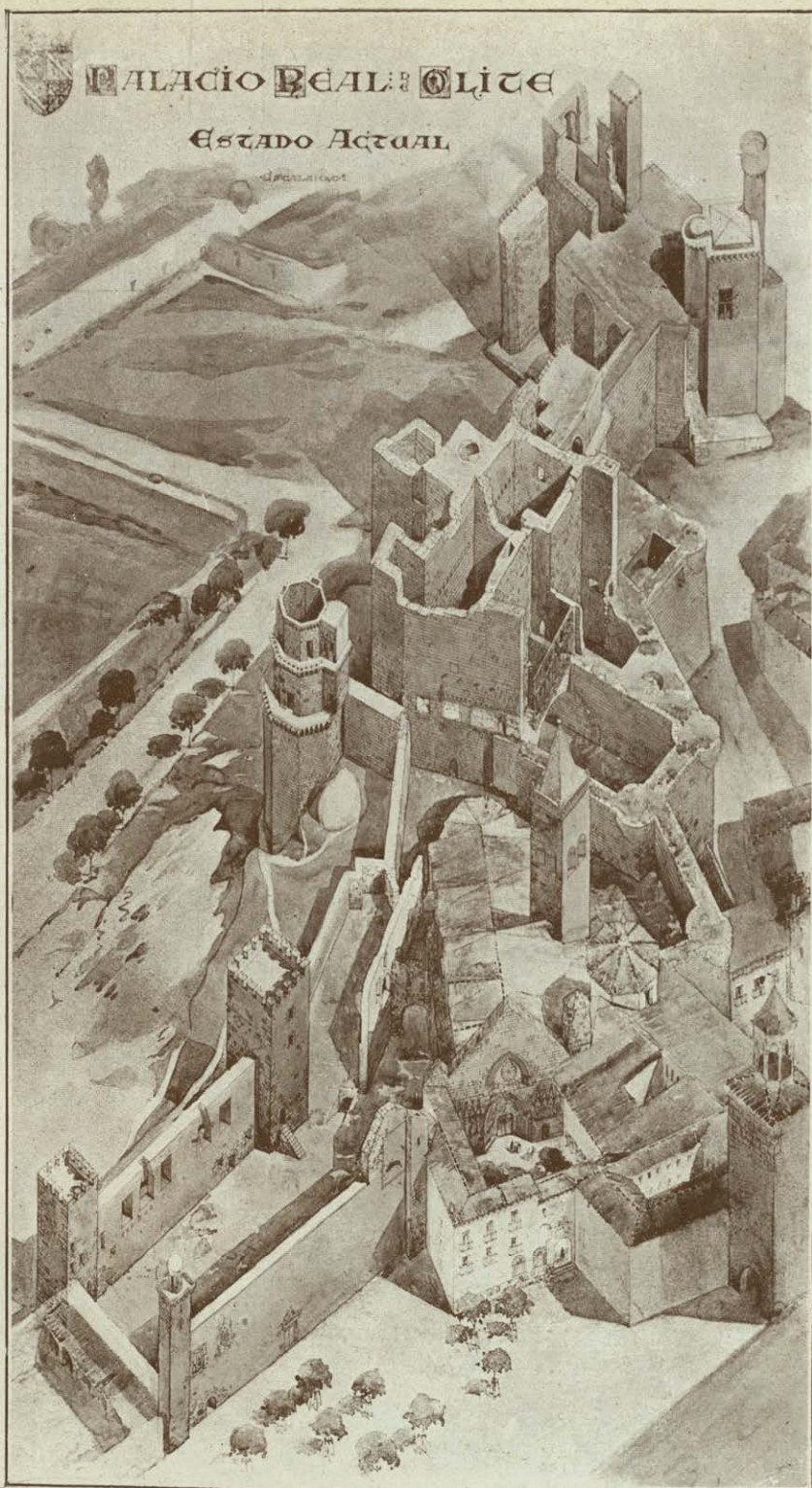
El arquitecto



PERSPECTIVA NORTE-SUR. — RESTAURACIÓN.

Fot. Liadó.

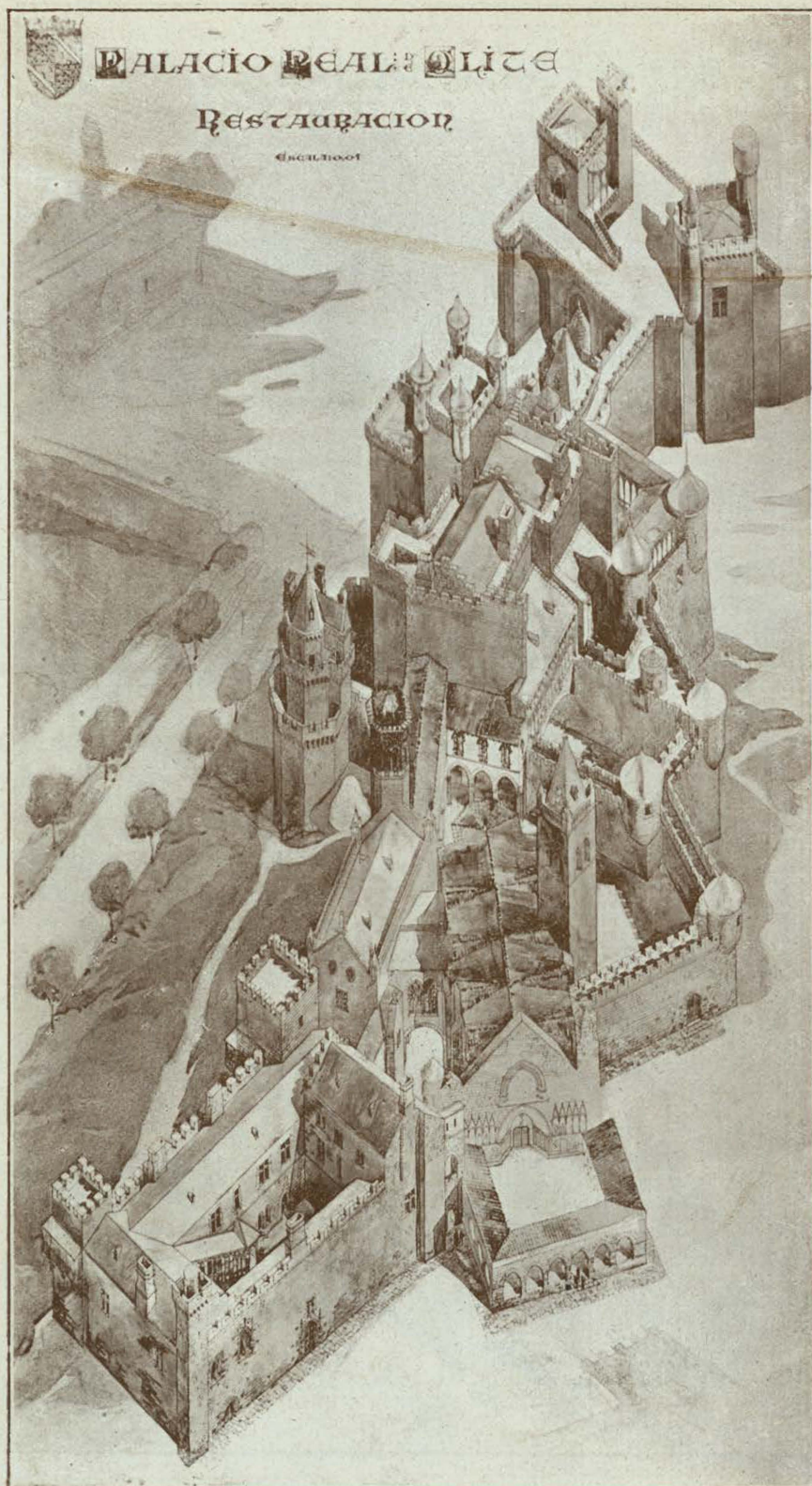




PERSPECTIVA ESTE-OESTE. — ESTADO ACTUAL.

Fot. Lladó.

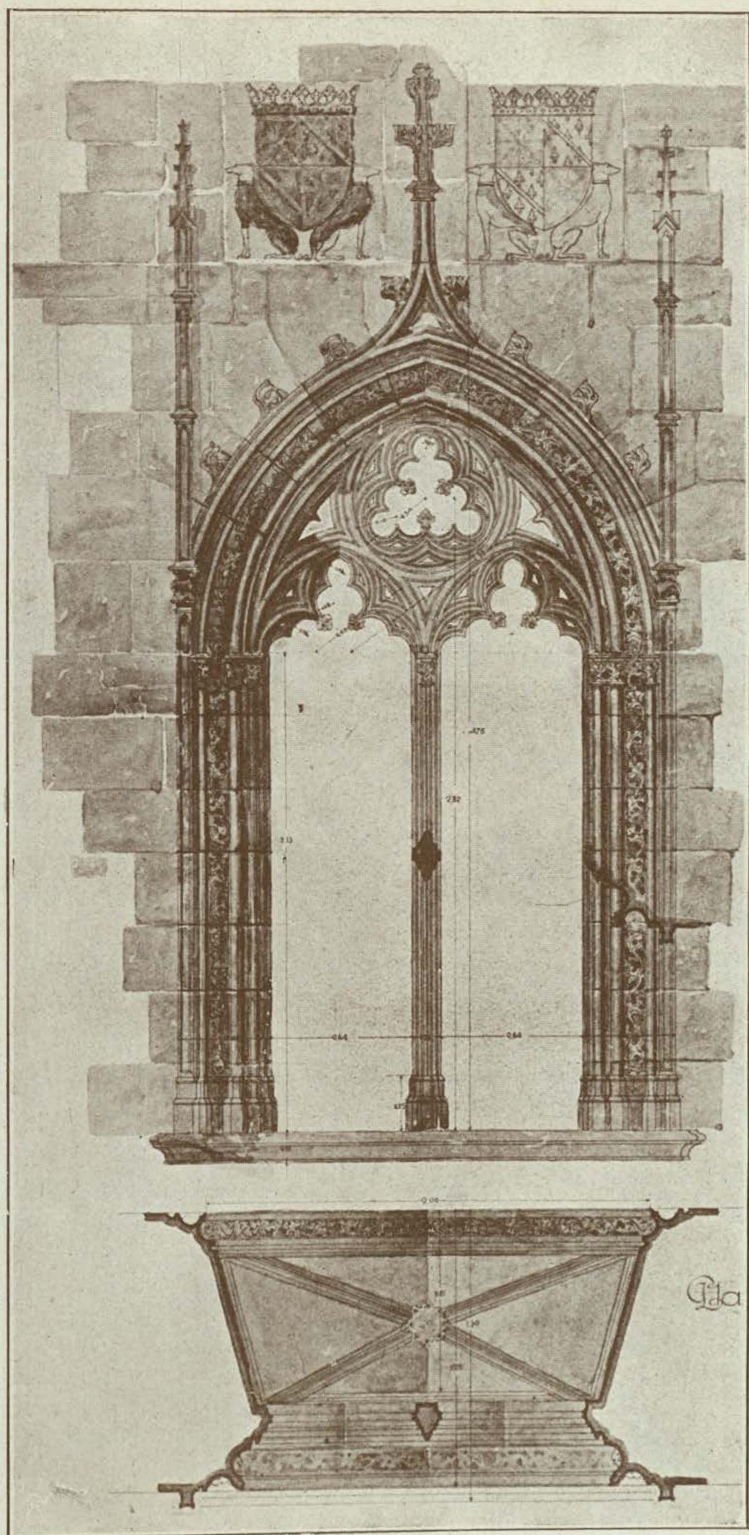




PERSPECTIVA ESTE-OESTE. — RESTAURACIÓN.

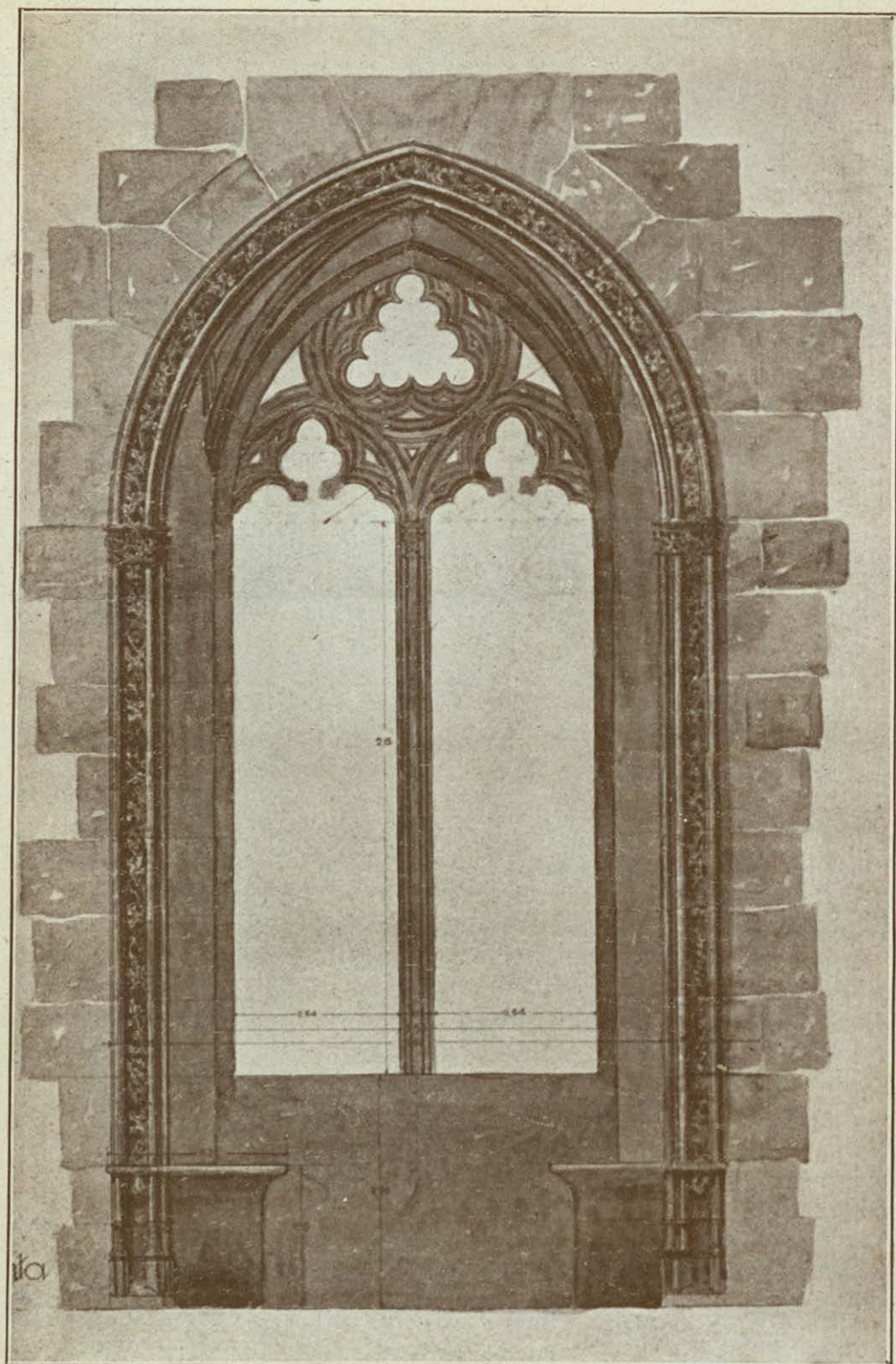
Fot. Lladó.





CASTILLO DE OLITE. — DETALLE DE LA VENTANA DE LA SALA DE CORTES,
PARTE EXTERIOR A LA PLACETA. — ESTADO ACTUAL Y RESTAURACIÓN.

Fot. Lladó.



CASTILLO DE OLITE. — DETALLE DE LA VENTANA DE LA SALA DE CORTES. PARTE INTERIOR.
ESTADO ACTUAL Y RESTAURACIÓN.

Fot. Lladó.



Esa parte se comunicaba con el resto del palacio por medio del «Estrecho y paso para las torres». Este paso, que de seguro no tenía cubierta, pues nada hemos visto que demuestre lo contrario, llevaba a ambos lados matacanes, que suponemos terminarían en almenado, porque de esto no queda nada que permita concretar nuestras deducciones.

La torre sobre el Portal, que recuerda a las torres de defensa de las cabezas de los puentes, y que así está colocada con respecto al paso antedicho, está bastante bien conservada para que su restauración sea relativamente sencilla. Hay resto de los matacanes de su coronación, y aunque la escalera a ella adosada está deshecha, se ve que continuaba hasta los adarves de la cubierta, dando lugar, al acusarla, a uno de esos típicos remates que forman un torreoncillo cilíndrico, con cubierta cónica de piedra.

De la parte alta de esta torre se pasaba a la del Aljibe, constituyendo así un sistema completo de vigilancia y defensa desde la misma puerta de entrada a la ciudad, hasta la torre de las Tres coronas, con acceso independiente de las cámaras reales, que podrían quedar aisladas por completo en un momento dado.

Dicha torre — a la que nosotros seguiremos llamando del Aljibe, por su proximidad al mismo, aunque en ella no estuviera — tampoco ofrece dificultades para su restauración. La escalera, de tramos rectos, ejecutada dentro del grueso mismo del muro, nos indica la altura máxima que tenía, y es de suponer también — y así lo hemos hecho en nuestro proyecto — que carecía de cubierta, teniendo en su terminación elementos defensivos y decorativos a la vez, como almenas y matacanes (1).

La torre de las Tres coronas es tal vez la que se conserva mejor de todas las que constituyen el palacio. Se ve que fué construída desde su base en tiempos de Carlos III *el Noble*, al mismo tiempo que la de los Cuatro vientos, Atalaya y sobre el Portal. Para convencerse no hay más que observar detenidamente la clase de piedra, aparejo y perfección en la obra, y los enlaces con todos los huecos, sean puertas, ventanas o chimeneas, como lo prueban asimismo los signos lapidarios que contienen. Tal vez fuera edificada esta torre en lugar en que existiera otra igual, aprovechándola solamente hasta una altura de 1,5 metros sobre la rasante natural del terreno. Decimos esto porque hemos observado que en esa parte la construcción es distinta, más tosca, ordinaria y fuerte. Sin embargo, esto pudo obedecer también a que su cimentación en el transcurso de los siglos, por corrimientos de tierras u otras causas, hubiera ido quedando al descubierto. Sea lo que fuere, se advierte en el conjunto una uniformidad que nos afirma en nuestra convicción de que fué edificada totalmente en una misma época. Comparándola en los planos del estado actual y restauración que acompañamos, se deduce lo bien conservada que está, lo que nos ha permitido poder reconstruir fielmente una de las torres más caprichosas y bellas del palacio. Actualmente carece de cubierta,

(1) Ya expusimos nuestra opinión, contra la sostenida por Iturralde, de que la puerta que existe en su parte más baja, justamente a nivel con el terreno natural, nos inducía a creer que hubiera sido destinada para encierro de las fieras, a que tan aficionados eran los monarcas de entonces, toda vez que en la torre de la Atalaya, a la que Iturralde atribuye tal menester, habría que descolgar a las fieras para encerrarlas, lo que si para hacerlo tenía riesgos evidentes, para sacarlas supondría ímprobos trabajos.

pero en el interior conserva los canecillos que la servían de apoyo, lo que indica que era de madera forrada de plomo, en forma de pirámide octogonal bastante peraltada, con arreglo a la arquitectura francesa de aquel tiempo.

Las dos chimeneas acusadas al exterior, y que corresponden a los dos aposentos o cámaras de la torre, más el cuerpo adosado de la escalera, que, sin duda, terminaría en un pequeño piñón, acusando la disposición más lógica de su cubierta, animan mucho su silueta, ya de por sí airosa, no obstante sus deterioros.

Próximo a esta torre había un pequeño jardín llamado de la torre ochavada, y que de seguro ocupaba el espacio próximo a la de las Tres coronas, y, juntamente con el cuerpo, también ochavado, que avanza del paramento general de la muralla y que se ve es construcción independiente de ésta, porque se halla completamente suelto. Es muy posible que ese cuerpo avanzado se construyera para dar más amplitud al adarve correspondiente a esta parte, o también como cuerpo de flanqueo para dominar mejor al enemigo en caso de asalto.

La Gran torre, destinada a alojamiento de los reyes, se reconstruyó o completó a base de una que ya existía en aquella época, como lo demuestran sus puertas, chimeneas y ventanas, tanto por sus características diversas como por lo deficiente de sus enlaces.

De esta Gran torre no tenemos tantos elementos como de la anterior para reconstituirla fácilmente a su primitivo estado. Sus cubiertas desaparecieron totalmente por la acción del fuego, cuando Espoz y Mina mandó incendiar el castillo, y sus muros, desamparados durante un siglo, han perdido ya hasta los menores restos de sus terminaciones. Es, por tanto, problema un poco más complejo el de su restauración, y con el fin de justificar lo proyectado, exponremos algunas razones de las que nos han servido de orientación.

Ya dijimos que formando parte de esta Gran torre, y como construcción parcial de ella, hay un cuerpo cuadrangular macizo, sin más que una escalera de caracol, que asciende (en lo que hoy queda) desde la parte más baja del palacio hasta la altura próximamente de la cubierta de la Gran torre. ¿Qué objeto podía tener torre tan fuerte y toda ella maciza? Por su situación, no parece edificada como elemento de defensa, y como auxiliar de servicio, no precisaba de una construcción tan sólida. Lógico es, por tanto, suponer que fuera edificada para *Torre del Homenaje*, en cuyo caso, el cuerpo macizo continuaría hasta destacar su silueta de todos los demás del conjunto. De ser así, como creemos, tendría en sus ángulos los torreoncillos que tan corrientes eran en aquella época, dándola un carácter que, si bien es español, cual lo vemos en los castillos de Belmonte, Peñafiel, Alcázar de Segovia, Oropesa y Guadamuz, por no citar más, no dejaba de ser francés, con sus cubiertas emplomadas, al igual que las de los castillos de Pierrefonds, Arques y Chauvigny (1). Sabemos también que Carlos III *el Noble*, mandó a persona competente que visitara el Alcázar de Segovia (2), sin duda como orientación

(1) Entre las notas sacadas de los libros de cuentas del Archivo de Navarra, existen algunas como las siguientes: «... clavos para enclavar el plomo de la cubierta de las torrellas»; «... de cuivre para las torretas de la gran torre». Lo que prueba que existían, aunque no se concrete en qué lugar.

(2) En aquel tiempo era la residencia habitual de los reyes castellanos.

para las reformas que en Olite se estaban efectuando (1). Por eso, no hemos dudado en proyectar la restauración de la llamada torre Ciega — por otro nombre, de la Reina —, como tal torre del Homenaje y en el estilo y proporciones que, a juicio nuestro, debió tener.

Por lo que a la cubierta de la Gran torre se refiere, creemos fuese de madera y plomo, aunque, por estar deshecha la parte alta de asiento de armadura, no queda ya vestigio alguno. Creemos asimismo que fueron independientes las que cubrían las cámaras del rey y la reina, porque de este modo facilitaba el paso entre sus gruesos muros y permitía establecer un buen lugar de defensa y vigilancia.

Sobre el corredor del Sol — llamado también del Rey — y sobre el tocador o departamento contiguo a la cámara de la reina, se elevan dos fuertes muros que, por su disposición saliente, constituyen puntos avanzados, muy a propósito para vigilar el interior y el exterior del palacio. Las chimeneas de dichas cámaras reales sobresalían de la altura de la cubierta, contribuyendo así a dar al conjunto de esa gran torre una silueta movida y con el carácter de las edificaciones francesas de entonces. La parte baja estaba, como se sabe, dedicada por completo a las gentes de armas, y sobre las habitaciones privadas de la reina había otro piso, que tal vez estuviera destinado a cámara de las damas (2).

En cuanto a los guardarropas, retretes y demás anexos que figuran en las cuentas, su emplazamiento sería muy difícil de concretar, toda vez que la distribución parcial de esos departamentos auxiliares se hacía en aquella época con tapices y paramentos de madera, que se cambiaban de sitio frecuentemente, razón por la cual existía en todas las grandes casas reales y nobles un cargo especial de «entapizador» o «repostero» de «estrados» (3). Tanto la galería del Sol, como la que había en el jardín de los Naranjos, no son difíciles de restaurar, pues aquélla, como dijimos, está bien conservada, y ésta tiene todavía un arranque, del cual hemos hablado ya, que es un bellissimo fragmento gótico de la época (4). En cuanto a la

(1) Carlos III conocía dicho palacio por haber sido huésped del rey de Castilla; porque, según afirma Oliver Copons, en su obra *El Alcázar de Segovia*, ambos apadrinaron a dos caballeros en un torneo que celebraron para dirimir sus cuestiones.

(2) No es necesario insistir en reseñar detalladamente la distribución del piso en que se hallaban las habitaciones de los reyes, por cuanto ya consignamos en otra ocasión cómo se comunicaban entre sí los aposentos de los soberanos, como describimos también la bellissima galería del Sol, inmediata a la cámara del monarca.

(3) Del *Libro de la Cámara del príncipe D. Juan e officios de su casa y servicio ordinario* (Fernández de Oviedo). Este mismo libro habla del retrete, y dice que era una dependencia contigua a la cámara de dormir, y que en él había un sillón o caja cuadrada que contenía el vacín — llamado también «necesario» —, a más de la ropa de noche, lavabo, etc. Esto está de acuerdo con la nota recogida por nosotros al hablar de la torre de los Soleramientos. También aparece en las cuentas del palacio el «apósito de la necesaria». Esa «torre de los soleramientos», donde estaba el retrete y tal vez el guardarropa del monarca, debió ser el cuerpo saliente (de que hemos hablado) inmediato al dormitorio del rey. Contiguo al de la reina, hubo sin duda otro retrete, guardarropa y tocador, por lo que se deduce de las siguientes notas: «por cerrajas para la puerta del retrayt a la cámara de la Reina»; «vidriero para la faizon de finiestras de vidrio, dos para la torre ochavada y dos para el retrayt de la Reina y oratorio de la capilla dorada». Hay también una declaración de Lázaro de Medina sobre el valor de la madera que se quitó de la torre de los Lebleyes y del «tocador de la Reina». Tal vez el retrayt de la Reina estuviera hueco, a modo de paso estrecho, que hoy aparece macizado, construido en el grueso del muro. Decimos esto, porque próximo a él hay otro paso, que se ve claramente era el que comunicaba con el tocador y galería del Rey.

(4) Esta galería, especie de claustro de soberbio efecto, permitía a la soberana pasar por el jardín a cubierto de las lluvias y de los rigores del sol. Su caso es singularísimo, porque no se encuentra en ninguno de los palacios de aquel tiempo una disposición semejante. Un estudio minucioso de su cimentación y las señales que quedan en sus muros de lo que fué la cubierta, nos han inducido a restaurarla en la forma que en los planos se proyecta.

cubierta de la primera, no hay duda de que era de plomo, según se ve en las cuentas de las reparaciones efectuadas en el siglo XVI (1).

La parte del palacio que, mirando desde la ciudad, avanza y defiende a la Gran torre, es propiamente la que más se asemeja a los castillos combatientes de la Edad Media. Sus gruesos muros, con torrecillas voladas sobre grandes repisas, flanquean sus murallas, dominan y defienden perfectamente todos los ángulos entrantes (2).

Todo lo que descrito queda era anterior a Carlos III *el Noble*, cuyo principal acierto, como ya hicimos constar, fué el de transformar los fosos y patios que en otros tiempos servían exclusivamente para fines defensivos, en huertos y jardines para solaz y recreo, dando así una nota de originalidad al palacio.

La galería que llamaremos mudéjar por los restos que quedan de su decorado, y que tiene acceso por la del Sol, tiene elementos sobrados para una restauración fidedigna. Sorprende que, a través de los siglos transcurridos, el yeso haya podido conservarse, resistiendo las lluvias, los fríos y los hielos, aunque este caso no es único y hay muchos ejemplos análogos. La disposición de esta galería está perfectamente definida, tanto por los vestigios que quedan como por el detenido examen que de su cimentación hemos hecho, encontrando los restos de los pilares que, con sus correspondientes arcadas, la sostenían. Al reconstituirla hemos procurado darle cierto sabor mudéjar al exterior; porque nos consta que en el palacio había algunas obras de ese estilo, entre ellas una que aparece citada como torre morisca; cosa no extraña dada la abundancia de obreros musulmanes que trabajaron en el castillo y la predilección que por todo lo morisco predominaba entonces, influencia a la que seguramente no se pudo sustraer Carlos III *el Noble*.

Hay otra galería contigua a la mudéjar cuya designación desconocemos porque los datos recogidos no han bastado a orientarnos, de la que se conservan las bases de las pilastras de la parte baja y hasta uno de los arranques de un arco que está empotrado en el muro de la Gran torre; con cuyos elementos, y las señales evidentes de la altura que la cubierta tuvo, que quedan en los muros mismos de esa gran torre, se puede, sin aventurarse mucho, reconstituirla con su primitivo carácter. Es probable que la cubierta fuese de teja o plomo, mejor de esto último, pues fué tal la cantidad empleada en las obras del palacio, que en 1605 se vendieron 440 arrobas arrancadas de sus techumbres.

Si en toda esa parte, como parece deducirse de la relación de Iturralde, hubo más aposentos, no es empresa fácil averiguarlo ni entra en nuestro criterio hacer una distribución caprichosa con arreglo al número de cámaras señalado por el docto historiador. Nuestro propósito es otro: es reconstruir aquello que no ofrece

(1) «... pago a los fundidores de plomo por arreglar el corredor del Sol»; «sogas para subir el plomo»; por plomo para el corredor del Sol y chapitel de la casa real de Olite».

(2) Aunque actualmente sólo se conservan las repisas de sustentación, no cabe dudar que las torrecillas existieron, por cuanto ya hemos visto que Cenac-Moncaut las describe en 1857 indicando su estructura. Lo extraño de que existiera esta parte defensiva tan fuerte es que la ciudad tenía un recinto amurallado, por lo cual no cabe buscar otra explicación sino la de que, siendo exteriormente infranqueable a causa de la gran altura de sus muros en relación con el terreno de la villa, quisieron también en el interior del castillo rodear a la Gran torre de las mayores seguridades agregándole ese cuerpo avanzado.

duda, designándolo con los nombres que aun hoy conservan, y limitarnos, en lo que aparezca poco definido, a buscarle relaciones de comunicación con lo anterior, pero sin aventurar denominaciones subjetivas.

* * *



XPUESTA ya nuestra orientación respecto a lo que es fácil restaurar, pasemos a lo que ofrece mayores dificultades.

Ya dijimos que de la capilla de San Jorge no queda más que un muro, muy desplomado y en pésimas condiciones de seguridad. No obstante, por el examen minucioso de las secciones y croquis ya mencionados, y por los datos que aporta Iturralde, el que sin duda la vió mejor conservada, hemos podido reconstituir el muro frente al altar, y comprobar asimismo, descubriendo la cimentación de sus otros muros, la forma y el tamaño exacto de tan importante dependencia. En el muro existente, como ya hicimos constar, hay una diversidad de huecos y ventanas irregulares, colocadas desordenadamente. Estudiados con detenimiento se ve que correspondían a los departamentos que se hicieron en el siglo XVI y posteriormente, los cuales se mencionan en las cuentas de reparaciones como «Aposentos sobre la capilla». Hemos, por tanto, prescindido de ellos, limitándonos a la conservación de aquellos que sin vacilaciones puede afirmarse que formaron parte de la capilla, que por cierto no dejan de ofrecer una extraña irregularidad en su colocación, sin que haya correspondencia entre sus ejes y los de la parte baja, faltando así a las reglas de composición más elementales. Insistimos en que lo más importante de la capilla debió ser su decorado interior — azulejería, pinturas, tapices, artesonados, etc. — que es lo que daba una riqueza suntuaria que no existía en su traza arquitectónica; lo contrario que en otros palacios de aquel tiempo, en los que la capilla alcanzaba la categoría de una verdadera iglesia, como en los castillos de Coucy, Pierrefonds y Palacio Real de París, y en Barcelona, el palacio «mayor» de los Reyes de Aragón. Tal vez obedeciera la menor importancia de la capilla de San Jorge a la proximidad de la iglesia de Santa María, con la que el palacio tenía comunicación, y en la que había tribuna para los reyes; lo que hacía que se considerase como parte integrante del castillo (1). No obstante, no cabe dudar que la capilla tuvo una suntuosidad regia digna de los moradores del palacio.

Tenía, como dijimos, dos plantas, al igual que la Santa Capilla de París. El piso bajo estaba destinado a la servidumbre y el superior a los soberanos y a los nobles. De la existencia de este piso quedan huellas bien manifiestas. Sus vigas eran de madera, reforzadas en sus extremos con tornapuntas del mismo material que descansaban en ménsulas o garfios de piedra. Ya dijimos también que no hay

(1) Del estudio que hemos hecho sobre esta iglesia sacamos la consecuencia que el primer tramo de su nave es posterior a los demás por su diferente altura y finura en el estilo, no siendo extraño que fuera de esta misma época a juzgar por sus detalles y perfiles,

En uno de los lados del coro pueden verse los restos de un ventanal gótico — hoy tabicado — que al igual del rosetón de la fachada principal, debían ser fragmentos muy interesantes.

señales de haber estado cubierta con bóveda, por falta de contrarrestos para su empuje, lo que nos hace pensar que tuviera un artesanado de innegable suntuosidad y riqueza. En las cuentas del siglo XVI y posteriores, se habla de la falsa cubierta de la capilla de San Jorge, que pudiera referirse al artesanado independiente de la cubierta, aunque, dadas las reformas y mutilaciones que entonces se hicieron, nadie podría asegurarlo (1).

Réstanos la parte contigua a la placeta del palacio, la cual, por el lastimoso estado de sus ruinas, es, sin duda, la más difícil de reconstruir con la fidelidad que nosotros deseáramos.

En su superficie, que es muy grande, y en la que no subsisten más que los cuatro muros que la circundan, con sus torres correspondientes, había aposentos tan importantes como la gran sala de Cortes. La disposición general, aparte de la que nos indican los planos del Sr. Lagarde, ya citados, demuestra, por el examen que de sus cimentaciones hemos hecho, que existía en el centro un patio y una crujía con dependencias a su alrededor. Ese patio de armas — característico de las edificaciones de la época, y que en algunos castillos tenía gran importancia, como puede comprobarse en los de Pierrefonds, Coucy y Avignon, en Francia; y en España, los de Frías, Escalona, Fuensaldaña, Cuéllar y Alcázar de Segovia, por no citar más — tenía en uno de sus lados un pórtico cubierto, inmediato a la puerta de entrada; en otro, y debajo de la sala de Cortes, la de Guardias — que por cierto no tiene vestigio de haber sido abovedada — y, contigua a ésta, la Prisión, disposición análoga a la que en Pierrefonds se ve. En otro de sus lados estaban las dependencias de cocina y de anejos, y el otro se destinaba a caballerizas (2) y anexos de guadarnés o cofraria (3).

El lugar de la cocina está, a nuestro juicio, perfectamente determinado, como expusimos ya; y por no tratarse de una dependencia de carácter monumental y ser de poca importancia su conservación, la hemos dedicado a vivienda para el conserje, sin que por ello deje de tener en su exterior el estilo del conjunto.

El salón de Cortes, tantas veces mentado, es un rectángulo irregular con dos hermosas ventanas, que dan a la Placeta, y techumbre de viguería horizontal, sobre zapatas talladas y vigas maestras molduradas y pintadas, que son propias del estilo gótico. Sobre ello estaría la cubierta de armadura de madera y tejas o plomo.

Como accesoria de este salón, hablan las crónicas de una tribuna para los músicos que amenizaban bailes y banquetes; y, en efecto, hemos podido ver, en el palacio de Pierrefonds, una tribuna independiente que se comunica por un gran hueco con el salón denominado de las Nueve princesas. En el de Olite es de suponer que esta tribuna, si la hubo, fuese desmontable.

(1) El decorado de azulejos de la capilla parece más propio de un artesanado que de bóvedas góticas, pues así lo recuerdan los decorados de aquella época en Toledo y Sevilla.

(2) En el libro de la Cámara ya citado se habla del «Mesón donde están las caballerizas», lo que indica que se alquilaban locales con este destino fuera de los palacios. También dice que las monturas más ricas no estaban en el guadarnés, sino siempre en la cámara. Estos datos, que son curiosos, porque revelan costumbres de entonces, sirven también para explicarnos, en muchos casos, lo reducido de los locales que tenían ese destino.

(3) «Carpenteros en las finiestras de la cofraria»; «por una puerta en el caramit (?) de la cofraria». «Carpenteros e breceiros que labran de yeso en el caramit de la cofraria...»

En la crujía de la derecha, entrando, y sobre la cocina, había dos pisos, como se deduce de su altura total y de los restos de ventanas y asientos de vigas que hoy quedan. El destino de estas dependencias es difícil saberlo, y es de creer que las que correspondían a la planta o piso general del salón de Cortes se destinarían a ampliación de éste en festivales y recepciones (1).

Tampoco hemos encontrado dato alguno referente a la escalera, que, forzosamente debió tener para su servicio esta parte del palacio. Las escaleras interiores en aquella época — y de ello tenemos ejemplos en el propio castillo de Olite — eran estrechas y de caracol, en su gran mayoría, y estaban metidas en los mismos muros o adosadas a ellos. De aquel tiempo es raro encontrar escaleras interiores abovedadas y amplias, como la que existe en el palacio de Avignon. En cambio, la escalera exterior, situada en los patios, que era cubierta o descubierta, tenía siempre carácter monumental, como lo prueban los edificios góticos catalanes de aquella época (2), y que, transformada en rampa, la había en el primitivo palacio de los reyes de Francia para ascender a la Santa Capilla. Convencidos, pues, luego de reiteradas investigaciones, de que no hubo escalera interior en esa parte del palacio, porque en la cimentación no hay huella alguna de su emplazamiento, nos decidimos por hacerla exterior, y en el patio, con acceso directo a la saleta que precede al salón de Cortes y sala de Audiencias. Y nada más lógico que fuera así, pues como en ese patio solían celebrarse fiestas y había formaciones de gentes de armas, la escalera serviría de tribuna para presenciarlas y para arengar el soberano a sus leales (3).

Ignoramos asimismo dónde estaba la primitiva entrada principal, pues la que hay debajo de las ventanas de la sala de Cortes la juzgamos pobre para tal destino, y más bien creemos que se trata de una poterna anterior al tiempo de Carlos III. Lo natural es que de la puerta se entrase directamente al patio de armas, por lo que suponemos que la entrada primitiva estuvo en el mismo sitio que la actual, y que se deshizo para construir la nueva. Su forma debió ser la propia del gótico de entonces: ligeramente abocinada y con el escudo sobre ella.

En cuanto a la restauración del decorado interior del palacio, no ofrece dificultad alguna, puesto que se conocen los diversos elementos que la constituían.

Los pavimentos eran, sin duda, de ladrillo combinado con olambrillas (pequeños azulejos), sistema muy usado en Andalucía (4).

En las ventanas se empleó la vidriera, habiéndose encontrado recientemente algunos restos en la Torre sobre el portal, los cuales demuestran que era labor

(1) A este propósito, creemos conveniente indicar que en aquel tiempo no había la independencia que hay ahora en la disposición de los aposentos, pues entonces se establecía la comunicación o paso entre unos y otros por los mismos salones y cámaras,

(2) Palacio Real de Poblet.

(3) En una cuenta del año 1599 se habla de que se ocuparon diez y ocho canteros en picar y labrar la piedra «para el pilar de la escalera principal». En otra de 1622 se habla de las bóvedas que la cubrían, y se añade que en «mitad della se puso un escudo grande de las armas reales». Esto nos demuestra que en la época de los virreyes, a fines del siglo XVI, se construyó una escalera que, por los datos que hemos podido recoger, era de estilo renacentista. La que existía del tiempo de Carlos III no reunía, sin duda, las debidas condiciones para satisfacer las necesidades impuestas por la evolución de los gustos y costumbres, y por eso se edificó esa otra que se menciona en las cuentas, como hicieron también la nueva puerta de entrada al palacio, la cual subsiste. Por lo que atañe a la puerta, es, en lo artístico, poco estimable.

(4) En 1405 D.^a Leonor mandaba pagar el gasto de poner esteras de junco, al uso de Aragón, en el cuarto del rey, y en el suyo, «por tirar los frios de los adriellos».

tosca, sencilla y de poco colorido. En ellos se lee la divisa del monarca navarro «Bonne Foi», que también figura en su mausoleo (1). Probablemente fueron ejecutadas esas vidrieras en el mismo Olite, con el vidrio que Iturralde suponía empleado en decorar la capilla de San Jorge (2).

Pudiéramos extendernos en prolijas consideraciones relacionadas con otros detalles secundarios de la restauración; pero la certidumbre de que nos dirigimos a hombres cultos, de comprensión fácil, entendidos en cuestiones artísticas y habituados al estudio de proyectos arquitectónicos, nos excusan de reseñar datos que pudieran parecer pueriles, y que de fijo imprimirían a nuestro trabajo un barroquismo engorroso.

* * *



SÓLO nos resta ocuparnos de la parte económica. No es preciso ser técnico para comprender que es casi imposible confeccionar un presupuesto exacto del coste de las obras a realizar en el palacio de Olite. La complejidad del edificio, los trabajos que es preciso efectuar para dejar en condiciones de estabilidad mucho de lo que hoy existe, los imprevistos a que hay que atender siempre en reconstrucciones de esta naturaleza, las modificaciones que fuera necesario hacer como consecuencia de estudios posteriores más minuciosos, dificultan sobremanera la concreción. No obstante, nos hacemos cargo de que hace falta un presupuesto base para formarse idea del coste aproximado de las obras (3). A nuestro juicio, no es desacertado el criterio de realizar la restauración por consignaciones anuales, porque si esto se hiciera con constancia, llegaría un día en que, insensiblemente, las obras se habrían realizado sin penosos sacrificios.

En cuanto al plan de ejecución de los trabajos, no hay que decir que lo primero a que debe atenderse es a la consolidación de lo que por su mal estado está en inminente peligro de desaparecer, salvando así restos tan hermosos como la bellísima galería gótica denominada del Rey y del Sol. También es inexcusable derruir aquello que por su mal estado no ofrece mejor solución que la de reconstruirlo aprovechando sus mismos materiales. Así ocurre con la torre de los Cuatro vientos, cuyo desplome supone un riesgo constante para las personas que frecuentan aquellos sitios, y aun para el mismo palacio, ya que si se da lugar a que se produzca el desprendimiento de la parte desplomada, es muy probable que arrastre con ella a la casi totalidad de la torre.

No obstante los trabajos ya ejecutados, falta todavía por desescombrar gran parte del palacio. Esto puede aportar nuevas luces y datos para posteriores estudios y en favor de la más fiel reconstrucción. Algo hemos hecho ya nosotros por

(1) El empleo de divisas en las vidrieras, como elemento decorativo, era común en aquella época, por cuanto las hemos visto en el castillo de Pierrefonds, en la cámara de trabajo del duque de Orleans y en la sala de los caballeros.

(2) En las cuentas figura un pago a «Juan Bares de Chiprano de una voa (arroba) de vidrio blanco, otra de vidrio cárdeno, otra de vidrio verde y otra de vermejo para el palacio del rey en Olite». Mas no todas las ventanas tenían vidrieras, pues aparecen pagos por «lona blanca encerada para las finiestras del palacio».

(3) Con tal objeto, dando cumplimiento a una de las cláusulas del concurso, hemos hecho un estudio de presupuesto todo lo detallado que nos fué posible.

nuestra cuenta, descubriendo cimentaciones que unas veces nos han orientado y otras nos han afirmado en nuestras deducciones artísticas o técnicas; pero ello es labor insignificante comparada con la que es preciso realizar.

Una vez atendida la consolidación de lo que amenaza derrumbarse, podría atenderse por partes — una torre o un cuerpo de edificio — a la restauración de cada uno de ellos, haciendo previamente la labor de desescombro y limpieza totales para dejar al descubierto todo lo existente, a fin de completar en unos casos, o rectificar en otros, el estudio que debe preceder a todo trabajo de reconstrucción.

Respecto a la parte interior, opinamos que las obras sólo debieran emprenderse cuando las exteriores estuvieran muy adelantadas, porque es preferible atender a todo el conjunto de una manera metódica y provechosa, que no simultanear parcialmente los trabajos interiores y exteriores. Creemos, además, que si se llegara algún día a la total restauración del aspecto externo del palacio, no sería preciso decorar completamente sus aposentos, sino que, al igual de lo hecho en otros edificios, bastaría con el exorno de algunas cámaras principales, como la de los Reyes, el salón de Cortes, etc., dejando lo demás en la forma indispensable para que pudiera ser visitado. No queremos decir con esto que seamos opuestos en absoluto a la restauración total; por el contrario, creemos que ello avaloraría extraordinariamente el mérito artístico del palacio, renovando su antiguo esplendor y su tradicional suntuosidad. Si nos pronunciamos por una solución intermedia es únicamente con el deseo de que no se malogre, por circunstancias fortuitas de orden económico, imposibles de prever, la plausible obra que la Diputación de Navarra inicia tan patrióticamente.

* * *



puesto que de amor a la región hablamos, séanos permitido exponer nuestro criterio acerca del destino que al castillo deba darse. Recordando algo de lo que en nuestros viajes hemos visto, somos partidarios de que el palacio se convierta en Museo de Arte antiguo de Navarra, dedicando una parte especial a todo lo que se refiera al propio castillo, y en la que podrían figurar, no sólo los fragmentos que fueran apareciendo durante la ejecución de las obras, sino también aquellos otros que por despojos censurables, se encuentran diseminados en Olite y sus alrededores, lo que no sería difícil de conseguir, tanto por lo sofisticado del derecho de propiedad que pudieran aducir sus actuales tenedores, como porque, para ese propósito, ningún navarro sabría sustraerse al estímulo patriótico. El resto del edificio debiera destinarse a coleccionar recuerdos de los muchos monumentos que existen en la región y los cuales no es posible conservar, completando tales recuerdos con fotografías, planos y cuantos datos y detalles se pudieran obtener, constituyendo así un museo interesantísimo, quizás único en España, que sería, de seguro, admirado de compatriotas y extranjeros (1).

Nuestro trabajo toca a su fin. Nos asalta el temor, sin embargo, de que parezca

(1) Algo de lo que indicamos hay en la Cámara de Comptos, pero en pequeño, pues se dispone de un local reducido; la misma Cámara no perdería nada con ello, porque pudiera dedicarse exclusivamente a lo referente a Pamplona.

ARQUITECTURA

incompleto, ya que el Palacio Real de Olite, por su excepcional importancia artística-histórica, más que una monografía, merece todo un grueso volumen redactado meditadamente, sin el apresuramiento a que la brevedad del plazo concedido nos ha obligado. Sólo a título de avance de lo que se podría hacer hemos escrito esta Memoria, siguiendo la coordinación lógica de esta clase de estudios: antecedentes arqueológicos e históricos; compulsación de datos; exposición del estado actual de sus ruinas; investigación de lo que debió ser en sus tiempos de esplendor; análisis de sus diversos estilos arquitectónicos y de la evolución de sus reformas, para fundamentar, por último, nuestras conclusiones en lo que a la restauración se refiere. Con todo esto no creemos difícil, aun para los menos iniciados en estas materias, una exacta interpretación de nuestras orientaciones. No nos ciega la vanidad ni nos juzgamos infalibles. Sobre todo prurito facultativo, nuestro gran amor a la tierra en que hubimos de nacer, nos mueve a desear que la restauración del palacio de Olite se haga con las necesarias garantías, para que las ruinas de la que fué suntuosa morada de los reyes navarros, renueven su antigua grandeza, ofreciéndose a la admiración de extraños y propios con el esplendor que tan alto habla de la cultura artística de aquella gloriosa dinastía que hubo de culminar en Carlos III, tan justamente llamado *el Noble*.

JOSÉ Y JAVIER YÁRNOZ LARROSA,

Arquitectos.

(Dibujos de los autores.)

